Vínculo de fuego y ceniza



CLARA ANN SIMONS

Vínculo de fuego y ceniza

Clara Ann Simons

Vínculo de fuego y ceniza
Clara Ann Simons

Copyright © 2025 por Clara Ann Simons.
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 03/10/2025

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.
La portada aparece a afectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.
Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Epílogo

Capítulo 1

Si la magia oliese a algo, sería a suelos de piedra sucios, flores marchitas y esos malditos pelos de gato que se meten en la nariz y te obligan a estornudar varias veces antes del desayuno.

Y ahora mismo, la gran sala de las ceremonias apesta a las tres cosas.

No hay nada de sagrado en esto: solo las secuelas de otro "milagroso" vínculo con una criatura mágica que ni siquiera tiene por qué ser poderosa. Ah, sí, y las cenizas de otra generación de antorchas que tendré que limpiar con un cepillo que, seguramente, ya estaba aquí desde los tiempos en que los dragones aún surcaban los cielos.

Casi puedo escuchar las voces de cada uno de los profesores de la Academia. "Bravo, Aeris. Quizás si no fueses la aprendiz fracasada más vieja en la historia de este lugar, no estarías ahora de rodillas, limpiando mientras estudiantes mucho más jóvenes consiguen vincularse".

Como si pudiesen escuchar mis pensamientos, alguien pasa a mi lado y tira al suelo un envoltorio sin siquiera mirar.

Nunca lo hacen.

En el centro de la sala, directamente bajo la gran cúpula de cristal, se desarrolla un pequeño drama que ya conozco de memoria.

Una chica, no puede tener más de quince años, permanece inmóvil, vestida con una túnica blanca recién planchada. Se nota de lejos su linaje noble. Junta las manos formando un cuenco como si estuviese esperando a que una paloma cagase oro y diamantes en ellas. A su alrededor, tres Magisters con capas bordadas en plata. Todos simulan un gran espectáculo con gestos rituales y dramáticos, moviendo los brazos como si estuviesen espantando un enjambre de avispas.

Esa es la imagen del éxito, supongo.

Una noble de quince años a punto de completar su "histórico" vínculo con una criatura mágica frente a toda la Academia. El público observa sin moverse, sin ni siquiera pestañear, como si corriesen el riesgo de arder en llamas si parpadean en el momento equivocado.

A un lado, uno de los Magisters, el de mayor rango; el Canciller Voren, ese bastardo fosilizado, hace un pequeño gesto con la cabeza hacia la chica. Ella respira hondo y una mota luminosa eclosiona de la nada. Circula alrededor de su cabeza, seguramente buscando una razón para no huir.

La chica parpadea varias veces, conteniendo las lágrimas de alegría. El público suspira. La mota toca su frente, el público aplaude y ya está. Se acabó. Eso es todo. Por un momento, puedes creer en el destino, o al menos en el nepotismo.

—Limpia bien esa mancha, Aeris Velmara —escucho junto a mí.

Levanto la mirada y me encuentro con los perezosos ojos azules de uno de los supervisores. Me dedica esa sonrisa falsa de los que se creen que son mejores que tú.

—Sí, señor —respondo mientras me imagino arrojando un cubo de agua por encima de su cabeza.

A veces pienso que me mantienen en la academia solo para esto, para exhibirme como una advertencia frente a los otros aprendices. "Cuidado, no vayáis a terminar como Aeris Velmara: demasiado terca como para renunciar, a pesar de tener ya 23 años y no haber conseguido vincularse ni siquiera con una criatura insignificante. Demasiado rota como para importarle a nadie".

Intento no desviar la mirada hacia ese punto cerca del altar principal, donde varios alumnos, un par de ellos de primer año, esperan para ser elegidos por alguna criatura mágica para crear un vínculo. Ese punto donde hace doce años, yo fracasé por primera vez delante de trescientas personas. Mi brazo se entumece hasta el codo. Cambio de mano.

La chica recién vinculada recibe elogios y felicitaciones. Me mira, solo por un segundo, y quizá son imaginaciones mías, pero veo en sus ojos un fugaz destello de asco. Vale, quizá no asco, pero sí lástima. Aparto la mirada tan rápido que mi cuello duele.

Bien. El dolor es real. El dolor prueba que todavía estoy aquí.

Los ecos del salón se desvanecen, dejan ahora tan solo el sonido de voces distantes en el atrio de entrada. Doy una última limpieza a la piedra y, a continuación, me levanto, con cuidado de no resbalar al pisar el suelo húmedo.

Me apoyo en la pared y cierro los ojos. Me pregunto cómo se sentiría, solo por un segundo, caminar hacia el centro del salón ceremonial y tener toda la atención puesta en mí por la razón correcta. No como una advertencia, sino como alguien que logró vincularse.

Abro los ojos y sacudo la cabeza para sacar esa imagen de mi mente. Todo está limpio y vacío. Ni rastro de los sueños y los fracasos. Solo la piedra perfecta, lista para la próxima ceremonia de vinculación.

Escucho una risita desde el extremo del pasillo. Dos niños vinculados, gemelos idénticos, los mocosos Kestrel. Se esconden detrás de un pilar, susurrando y seguramente riéndose de mí. Les ignoro. Pronto tendrán sus propios problemas.

Me pregunto si, cuando por fin me expulsen de aquí, alguien se acordará de mí. Posiblemente no. Soy una nota al pie de página. Una advertencia. La aprendiz no vinculada más vieja en la historia de la Academia.

Pero al menos, el suelo está limpio, y eso ya es algo.

Capítulo 2

La zona donde conservan los archivos huele diferente al resto de la Academia. Es ese aroma extraño de los pergaminos encerrados durante siglos tras puertas selladas. El olor a tinta, a los hechizos de conservación que mantienen esta sala más fría que una morgue. Me gusta estar aquí. Es el único lugar del edificio donde me dejan tranquila.

"Entrada Autorizada Nivel Uno" dice la insignia que llevo alrededor del cuello como si fuese el collar de un perro. No es que nadie vaya a confundirme con una invitada. Los invitados no empujan un carro de pergaminos, ni se pasan horas limpiando kilómetros de estanterías.

Estoy aquí porque la mayor parte del tiempo no quieren verme. Nadie quiere a una aprendiz fracasada cerca de las zonas comunes. Una vez, me dijeron que pongo nerviosos a los estudiantes de primer año. Soy el ejemplo de que tu futuro no está asegurado tan solo porque te han admitido en la Academia. También podrías acabar como yo.

El archivista es tan viejo que parece que alguien le puso unas gafas a una uva pasa. Pero tiene una memoria excelente. Muchas veces, me pregunto si se jubilará algún día. Hace siempre la misma rutina, da tres vueltas alrededor de la sala de lectura, donde casi nunca hay nadie, y se encierra en un cuarto en el que cuelga un cartel que pone "tareas administrativas, no molestar". Por supuesto, es un eufemismo para lo que en verdad significa: "voy a dormir una siesta de dos horas porque ya estoy un poco viejo, ni se te ocurra despertarme".

Esa es mi oportunidad.

Los archivos son un laberinto. Nunca fueron diseñados de un modo consciente. Simplemente, crecieron, poco a poco, siglo tras siglo, como un tumor que aprendió a clasificarse por temas. Cada ala de estanterías está marcada por símbolos descoloridos,

algunos más viejos que la propia ciudad, muchos imposibles de leer. Ya nadie recuerda los idiomas de las antiguas razas.

Respiro hondo, reúno todo el valor del que soy capaz, y avanzo por el área de genealogía, donde cada familia tiene su pergamino correspondiente. Mientras busco, siento algo parecido a la esperanza. Pero la esperanza es inútil después de tantos años en esta Academia.

Por fin lo encuentro: "Velmara, Aeris". Ahí está, acumulando polvo en un espacio que nadie se ha molestado en limpiar.

Mi partida de nacimiento consta de una sola hoja, doblada y sellada. La cera del sello se desmorona al tocarla y lo primero que observo es el escudo de mi familia, si se puede llamar así. Ni siquiera sabía que tenía uno. Dos halcones, entrelazados, con las alas extendidas como si estuviesen a punto de alzar el vuelo.

Ironía en su máxima expresión.

No dice mucho. Fecha de nacimiento, las personas que firmaron mi entrada en la Academia, y el resto del texto… simplemente desapareció. No ha sido redactado de nuevo, como hacen a veces, ni siquiera quemado. Solo no está. En la parte de arriba, el nombre de mi madre ha sido borrado. El de mi padre está tachado con una tinta tan gruesa que atraviesa el pergamino y deja una sombra que duele mirar.

Compruebo la parte de atrás del pergamino, por si los nombres pudiesen haberse filtrado, pero no hay nada. Solo el escudo de los dos halcones, estampado con una autoridad que no me sirve para nada.

No estoy segura de lo que esperaba sentir al abrir mi pergamino; quizá rabia o decepción al saber más sobre mis orígenes, pero es mucho peor que eso. Es como si el mundo se hubiese cerrado y yo fuese la única que se quedó fuera.

Busco referencias cruzadas, cualquier mención a un hermano o a un primo lejano. No hay nada. Es como si mi familia hubiese sido borrada de la historia.

Aprieto la mano en un puño y golpeo con rabia el suelo. Quiero gritar, pero no serviría de nada. Gritar aquí es como gritarle al mar; te absorbe la voz y solo devuelve el eco.

En un gesto desesperado, me dirijo a las estanterías prohibidas, a esas que nadie puede ni siquiera tocar sin una autorización de máximo nivel. Me quedan veinte minutos hasta que el archivista despierte de su siesta. Están rodeadas de frases de advertencia. Prometen una muerte cruel a quien ose leer uno de esos archivos sin permiso.

—Posiblemente, sea otra mentira más, como tantas otras en la Academia —mascullo entre dientes mientras trato de recordar la frase de acceso. Esa que aprendes si pasas demasiados años con los alumnos equivocados en los dormitorios. Los que siempre acaban expulsados o un día, tan solo desaparecen sin más.

El hechizo brilla con una tenue luz azul y mi corazón se salta varios latidos al encontrar un pergamino con mi nombre. Tiemblo al abrirlo, pero no hay nada escrito. Literalmente nada. El pergamino está en blanco, a excepción del sello oficial en la parte inferior. La marca del Canciller Voren.

Así que eso es todo. Mi legado en la gran biblioteca es una única página en blanco, sellada por el hombre que nunca se molestó en aprender mi nombre.

Capítulo 3

Al caer la noche, mis músculos duelen, pero estoy acostumbrada a ello. Es así desde el primer día que entré en la Academia. Los primeros años era por el entrenamiento. Las familias de mis compañeros les habían preparado para lo que se encontrarían en este lugar. Yo nunca tuve ese lujo. Crecí en el sistema de casas de acogida y un día vinieron a buscarme. Nunca supe por qué.

Tras fracasar tres veces seguidas a la hora de vincularme con una criatura mágica, dejaron de entrenarme. Pero, por algún motivo que desconozco, no me expulsaron, como es lo que suele ocurrir. Teóricamente, sigo siendo una aprendiz de la Academia, solo que, en vez de entrenar con el resto, limpio.

Al menos ya no voy a clase.

Los pasillos se vacían rápido. Tras la cena, la mayor parte de los estudiantes están muy cansados y regresan a sus habitaciones. Me gusta la soledad de la noche. Nadie me observa. Nadie hace comentarios que pretenden herirme, aunque ya rara vez lo consiguen. Se han vuelto repetitivos. Les falta imaginación.

Solo estoy yo.

Y el silencio.

De pronto, me doy cuenta de que hay un chico joven en el pasillo. No es un estudiante. Le reconocería. Un administrativo, seguramente, a juzgar por el modo en que sostiene un sobre en su mano derecha y no aparta la mirada del suelo. Al verme, respira hondo y avanza hacia mí.

—¿Aeris Velmara?

—Depende de quién lo pregunte —gruño.

—Esto... esto es para ti —anuncia, extendiendo el sobre a una distancia prudencial, como si le hubiesen dicho que muerdo o escupo.

Es un pergamino grueso, de los que tan solo envía la gente importante. Está sellado con el círculo rojo del Consejo de Acero y, justo debajo, los halcones de mi familia.

Parpadeo. No tiene sentido. La gente como yo nunca recibe correo, ni siquiera para expulsarte de la Academia. A menos que de algún modo sepan que he estado en la sección prohibida de la biblioteca. Mierda.

El chico permanece ahí parado, cambia el peso de su cuerpo de un pie a otro. Quiere irse, pero juraría que la curiosidad le mantiene pegado al sitio.

—Gracias. ¿Eso es todo?

—Se supone que debes abrirlo —murmura.

—Lo abriré cuando me dé la gana —mascullo, clavándole la mirada. No pienso darle el gusto de saber lo que pone el dichoso manuscrito.

El chico simplemente se encoge de hombros y luego desaparece, bajando las escaleras y saliendo por la puerta lateral.

Rompo el sello con la uña y saco el pergamino. Leo el encabezado tres veces, porque mi cerebro se niega a procesarlo:

CONSEJO DE ACERO. Oficina del Canciller Voren. Comunicación Directa. Se requiere cumplimiento inmediato.

Cierro los ojos y dejo escapar un largo suspiro. Esto no es una invitación. Ni siquiera una petición. Este es el tipo de carta que viene con una amenaza de muerte si no haces lo que te dicen. "Se requiere cumplimiento inmediato" significa que, o les haces caso, o el día siguiente ya no estás vivo. Eso todo el mundo lo sabe.

"Aeris Velmara, aprendiz de la Academia. Por la presente es convocada al despacho del Canciller al amanecer. La asistencia debe ser discreta. Todas las asignaciones actuales quedan suspendidas hasta la finalización de dicha reunión."

Hay algo más, un párrafo entero sobre "un asunto de la máxima importancia" y una advertencia sobre las terribles consecuencias que tendría no presentarse. Ahora estoy segura

de que saben que estuve en la sección de los manuscritos prohibidos. Y todo para encontrar una hoja en blanco.

Me apoyo contra la pared y aprieto el pergamino hasta que se queda arrugado. Comienzo a hacer una bola con él, pero me detengo. Es mejor no hacerlo. Tendré que enseñarlo mañana para entrar en el edificio y, si el Consejo de Acero quiere una reunión, no es para invitarme a desayunar. Es una orden, e ignorarla es una vía rápida para no ser vista nunca más. Esa gente no se anda con juegos.

A medianoche, estoy demasiado tensa para dormir. Me siento sobre el colchón, pego la espalda a la pared y leo y releo el pergamino hasta que las palabras pierden su significado.

El amanecer llega antes de lo que me gustaría y siento una opresión en el pecho que prácticamente me impide respirar. No soy capaz de desayunar. Remuevo la comida con el tenedor y se la entrego a la compañera de al lado. Me doy una ducha rápida y trato de domar mi melena hasta convertirla en algo presentable. Meto la carta en el bolsillo, enderezo los hombros, y me enfrento a lo desconocido.

Capítulo 4

El despacho del Canciller Voren es exactamente lo que se podría esperar de un hombre cuya alma es un sesenta por ciento odio y rencor y el resto posiblemente posos de café mezclados con algún tipo de veneno.

Las paredes son de una piedra gris lisa, sin tapices ni arte, ni siquiera los típicos retratos de héroes que cuelgan los otros Magister para recordarte que cualquier paso en falso es una traición a tus antepasados. El único lujo es una ventana que deja entrar un poco de luz. Poco, porque las contraventanas están prácticamente cerradas. El aire está más frío que en el pasillo, más frío que en los archivos. No huele a nada. Cero absoluto.

Voren permanece sentado tras una enorme mesa de madera maciza, estoy completamente segura de que ha sido diseñada para impresionar a cualquiera que entre en el despacho, porque está vacía, pero es lo suficientemente grande como para planificar una guerra.

Cuando entro, está leyendo con el rostro escondido tras un pergamino, aunque levanta la mirada cuando me acerco. Aun así, no es más que un vistazo rápido, casi hecho con desdén. Ni siquiera me pide que me siente.

—Velmara —gruñe mi apellido como si le diese asco.

—¿Quería verme, Canciller?

Creo que ni siquiera me escucha. Seguramente, podría haberle llamado Supremo Lagarto Overlord y me habría dedicado la misma atención.

—Siéntate —ordena, señalando con la barbilla hacia una silla vacía que tiene pinta de ser más vieja que el propio edificio.

Dejo escapar un largo suspiro al sentarme, juntando las manos sobre mi regazo y fingiendo que no estoy contando los segundos que tardará en asignarme un terrible castigo.

Voren parece revisar algo en sus notas, pero no se mueve ni dice nada. Empiezo a pensar que quizá se ha quedado dormido con los ojos abiertos.

—¿Sabes por qué estás aquí? —pregunta al fin.

Abro la boca para responder, pero a continuación, me quedo callada. Supongo que el archivo de los pergaminos prohibidos tenía algún hechizo de protección con el que no conté y por eso me pillaron. Aun así, lo más seguro para mí es fingir que no sé nada. Tengo mucha experiencia en hacerme la tonta.

—No. Pero supongo que no es porque alguna criatura mágica súper poderosa ha decidido vincularse conmigo, ¿verdad?

El canciller Voren chasquea la lengua y hace un gesto de desprecio al escucharme.

—Tienes una reputación, Aeris Velmara. No es buena en ningún sentido, pero una reputación, sin duda. No eres nada impresionante si te juzgamos con cualquiera de nuestras métricas. Ninguna criatura mágica ha querido vincularse a ti, ni siquiera las que apenas pueden hacer algo útil. Y, aun así, eres notablemente persistente y difícil de eliminar del sistema.

Asiento, como si esto fuese una novedad que nunca me han dicho antes.

—Culpo al propio sistema educativo de todo eso, Canciller —ironizo, aunque creo que no le ha hecho ninguna gracia.

Apoya los codos en el escritorio, entrelazando sus gruesos dedos.

—¿Por qué crees que sigues en la Academia a pesar de tener 23 años y de que las criaturas mágicas huyen de ti?

—¿Porque alguien me odia? O quizá es un experimento a largo plazo. Quieren ver cuánto tiempo tarda una persona en volverse loca en ese lugar.

—Vienes de un linaje con una historia inusual —admite con un soplido—. Los registros están incompletos. De manera intencionada. Las criaturas mágicas no te quieren cerca.

Fracasas en todo lo que haces, pero tu resistencia a la frustración es... estadísticamente interesante. Suficiente para hacerte útil, aunque sea en una capacidad desechable.

—Lo siento, pero no entiendo ni una palabra de lo que quiere decirme, Canciller —protesto.

—Tengo un trabajo para ti, una especie de misión.

—Creo que estoy mucho más tranquila limpiando los suelos de la Academia. Renuncio. No hace falta que me la explique, seguro que está muy ocupado con cosas de alta importancia —me apresuro a aclarar.

—No estás en condiciones de elegir —gruñe, alzando sus pobladas cejas.

—Ya, no sé por qué me lo suponía —suspiro.

—Debes infiltrarte en la fortaleza de Kalrith —anuncia y a mí se me detiene el corazón—. Hay un activo allí. Una cierta prisionera. Tendrás las claves para sacarla de su celda y la acompañarás a las Montañas del Norte. No hay recursos oficiales asignados. Te daremos las claves y te facilitaré una coartada para entrar. A partir de ahí, tendrás que improvisar. Eso se te da bien. Si te descubren… no te conocemos de nada.

A continuación, desliza a lo largo de la mesa un pergamino con un sello negro.

Parpadeo. La fortaleza es el sitio más seguro de la capital. Está diseñada para mantener a los peores criminales dentro, y a todos los demás fuera.

—¿Y quién es ese activo? —pregunto con un hilo de voz.

Señala el manuscrito para que lo lea, pero allí tan solo hay un retrato de una mujer con aspecto aterrador y un nombre. Drakena de Virelmar.

—Joder, ¿esa mujer es...?

—Una reliquia —interrumpe Voren—. Un vestigio de los antiguos Guardianes. La única sobreviviente de un linaje fracasado. Tiene... conocimiento. Genético, quizás. No lo sé. El Consejo preferiría que nunca saliese de esa prisión con vida, pero, como digo, es posible que sepa ciertas cosas que nos serían de mucha utilidad si se confirman ciertas.

Mi cabeza da vueltas a tanta velocidad que me mareo. Y no es tan solo el riesgo, sino la falta de lógica.

—Vale, a ver si lo entiendo. ¿Me envían a mí, una aprendiz fracasada de la Academia, para sacar a una legendaria asesina de una prisión de alta seguridad?

—Sí.

—¿Y por qué? ¿Por qué no un Magister? ¿O un escuadrón entero de tus mejores matones?

—Porque eres irrelevante, Aeris. Porque nadie notará que te has ido, o si fracasas, que alguna vez has existido. Y porque seguramente, en cuanto Drakena de Virelmar saliese de la prisión, les mataría sin más —agrega, encogiéndose de hombros.

—Así que esto es… ¿Qué? ¿Una misión suicida? Pues menuda mierda —bufo.

—No. Al menos, no si tienes éxito.

Clavo las uñas en la palma de mi mano tan solo para evitar escupirle a la cara.

—¿Y si me niego?

Voren simplemente sonríe, mostrando un diente de oro que destaca sobre los demás como una antorcha.

—¿Yo gano algo con esto? —insisto sin comprender nada de lo que me está pidiendo.

El canciller parece complacido por la pregunta.

—Si tienes éxito, tu expediente queda limpio. Te graduarás en la Academia a pesar de no haberte vinculado nunca. No sé, incluso puede que te ganes el respeto de alguna criatura mágica con poco poder y logres vincularte de una vez por todas.

—Pues no parece mucho incentivo, la verdad —me quejo, dejando escapar un soplido.

—Entonces considera la alternativa. —abre un cajón y saca un pequeño vial de cristal. Dentro hay un solo hilo de oro, flotando en un azul viscoso—. Esta es la última huella preservada de tu familia. Ten éxito, y podrás tenerla. Fracasa, y será destruida. Aunque estarás muerta, así que no te importará.

El oro en el vial se mueve, solo por un brevísimo instante, como si me reconociese. Mierda. Odio sentirme tan vulnerable.

Empujo la silla hacia atrás, me levanto y le fulmino con la mirada una última vez.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

—Estoy cumpliendo con mi deber, Velmara. Harías bien en hacer lo mismo —añade, asintiendo muy lentamente con la cabeza.

Doy un último vistazo al pergamino, aunque la imagen de Drakena de Virelmar está ya grabada en mi mente. Al salir, escucho el eco de mis pasos en el pasillo. La carta en mi mano está húmeda de sudor. No miro atrás.

En algún lugar del edificio, escucho el tic tac lejano de un reloj. Tengo hasta el anochecer para pensar en cómo convencer a esa psicópata peligrosa de que me acompañe hasta las Montañas malditas del Norte y que, de paso, no me mate.

Suponiendo que consiga llegar hasta ella y sacarla de su celda.

Perfecto. Todo perfecto.

Capítulo 5

Al final del ala administrativa, hay una escalera que nadie usa, excepto los condenados y el personal de limpieza.

Me escabullo, cuento hasta veinte y pego un manotazo en la pared justo por encima de la barandilla. No lo bastante fuerte como para romperme ningún hueso, pero sí como para sentir el dolor.

Una jodida misión suicida. Eso es lo que el Canciller me está pidiendo. Entrar en Kalrith ya pondría los pelos de punta a la mayor parte de la gente. Allí solo tienen a lo peor de lo peor de nuestra sociedad. Incluso suponiendo que la coartada que el Consejo prepare pueda funcionar y me dejen pasar, encontrar al "activo" como la llamó será un reto. No entiendo para qué el Consejo de Acero quiere liberar a una asesina con más muertos a sus espaldas que la mayoría de las plagas.

Luego, sacarla de allí, pasando tres puestos de control con guardias armados, entra dentro de lo imposible Y para ponerle la guinda al pastel, suponiendo que la psicópata esa no me mate nada más salir de la prisión, me piden que la convenza para ir a las Montañas del Norte. Caminar a lo largo de kilómetros de tierra salvaje para llegar al único lugar al que incluso los perros del Consejo tienen miedo de ir.

Calculo mentalmente mis opciones. Cero por ciento de posibilidades de supervivencia. Más bien, posibilidades negativas para alguien como yo.

Por un momento tan solo quiero correr. Fuera del edificio del Consejo de Acero, fuera de la ciudad, simplemente correr.

Y desaparecer.

Quizá podría vivir con alguna tribu de renegados en las montañas. Ellos odian a la autoridad tanto como yo.

Aunque supongo que justamente eso es lo que Voren espera que haga. Les daría la razón, y si hay algo que no

soporto, es darle la razón al Consejo de Acero.

—Velmara —escucho detrás de mí—. Te has dejado el pergamino sobre la mesa.

Me giro y le dedico la mirada más fría de la que soy capaz. No puedo decirle con palabras lo que pienso de él porque acabaría en la cárcel.

—No creo que sea necesario —gruño—. Conozco su nombre. Todo el mundo conoce su nombre. Además, ya sé cómo termina esto.

Voren ignora mis palabras y extiende el brazo para entregarme el manuscrito de todos modos.

—¿Qué quieres exactamente? —pregunto, poniendo los brazos en jarra.

El Canciller sonríe. Esa sonrisa de depredador que le borraría de la cara de un tortazo si a continuación no me matasen sus guardias. Se coloca un escalón por encima de mí, como si pretendiese intimidarme.

—Si tienes preguntas, hazlas.

Resoplo y pongo los ojos en blanco.

—¿Preguntas? Joder, no terminaríamos nunca. Tengo millones de preguntas.

—En todos mis años nunca me encontré a nadie como tú. Cualquier otra persona habría huido a las montañas o viviría en las cloacas de la ciudad con los delincuentes callejeros. Pero tú no. Es como si quisieses provocar al Consejo tan solo con tu existencia. Resistes. No importa lo que ocurra, de algún modo u otro, siempre resistes.

—Crees que me conoces.

—Te conozco —corrige. Es tan presuntuoso que me gustaría escupirle en la cara y a continuación estrangularle.

—Al menos háblame de mi familia. Dime algo. Si me estás enviando a una misión suicida, quiero saber por qué no hay ni rastro de su historia —exijo.

—Completa la misión y te lo contaré todo. Te diré por qué se borró tu linaje… qué estabas destinada a ser. Todo. Hasta entonces, no obtienes nada.

Empiezo a escuchar un ligero zumbido en los oídos y todo mi cuerpo tiembla. Por un instante, me pregunto a mí misma si esto es lo que se siente en un ataque de ansiedad, o si es solo mi cerebro teniendo un cortocircuito tras veintitrés años de autodestrucción a cámara lenta. Quizá algo así le pasó a esa tal Drakena a la que tienen encerrada. La empujaron tanto a la desesperación que acabó matando a un montón de guardias del Consejo de Acero.

—Eres un puto cabrón —gruño, mirándole a los ojos.

—Puedo hacer que te condenen a muerte por lo que acabas de decir —me recuerda, alzando sus pobladas cejas.

—Ya, bueno, entonces buena suerte convenciendo al siguiente gilipollas para que entre en esa prisión y se acerque a la psicópata asesina a la que queréis liberar.

—Buen punto —admite.

—Te juro que si Drakena me mata, volveré para perseguirte en tus sueños. No pienso dejar este mundo. Ni siquiera muerta. Me quedaré para hacerte la vida imposible —amenazo.

Voren simplemente sonríe, pero no creo que le haya impresionado lo más mínimo.

—Representas todo lo que desprecio, Aeris Velmara, pero en el fondo, siempre me has caído bien. A pesar de ser una inútil, a pesar de no haber conseguido vincularte a ningún tipo de criatura, conservas esa dignidad extraña que te hace diferente.

En ese instante, saca algo de su bolsillo, una pequeña bolsa de terciopelo, y me la lanza.

—Era de tu familia —dice.

Vuelco el contenido en la palma de mi mano y lo miro confusa. Es un colgante, una especie de disco de plata oxidada, estampado con los mismos halcones gemelos que encontré en mi partida de nacimiento. Alrededor del borde, palabras en un idioma que no hablo, pero que de algún modo reconozco.

—Dijiste que mi linaje fue borrado.

—Nunca borramos todos los rastros —asegura Voren—. No lo pierdas.

Cierro el puño alrededor del colgante, de algún modo esperando que sea una trampa y me queme la mano, pero no lo hace. Solo está frío.

—Sigues siendo un puto cabrón, Canciller.

Sonríe de nuevo, como si fuese un cumplido.

—En mi despacho te pregunté si sabías por qué seguías en la Academia a pesar de tu edad y de tus más que evidentes fracasos. La respuesta correcta es porque queríamos tenerte vigilada —agrega, antes de darse la vuelta para irse.

—Vigilada, ¿por qué? —grito.

—Por si acaso —responde sin ni siquiera darse la vuelta para mirarme.

Capítulo 6

Nadie te dice que la prisión de máxima seguridad Kalrith es fría hasta que hasta tus huesos duelen.

Pero no es un frío natural como el de las montañas. Es una clase de frío que viene de saber que cada piedra de ese muro está empapada con gritos de dolor y desesperación. La fortaleza surge de la niebla en el borde de la ciudad como si fuese un espectro: muros, torres, alambres de espino y quién sabe cuántos hechizos de protección para mantener dentro a los prisioneros más peligrosos.

Somos seis. Tres parecen no haber comido desde los años de la plaga. Otro tiene quizás catorce años, sus ojos llenos de lágrimas. Joder, odio que el Consejo de Acero utilice mano de obra infantil. Los otros dos son gilipollas. Piensan que vienen a una fiesta o algo así. Hacen comentarios sobre que en este lugar pagan mucho más. No saben que la esperanza de vida para los trabajadores de limpieza de esta prisión es de cinco meses.

Me coloco al final de la fila. Trato de que nadie se fije en mí, algo que normalmente se me da bien. Son muchos años de práctica en la Academia. Los guardias de la puerta nos observan con curiosidad y, a continuación, intercambian apuestas sobre quién de nosotros morirá antes.

El primero en pasar por el punto de control es el chico de catorce años. Intenta parecer fuerte, pero tiembla de la cabeza a los pies. Los guardias le desnudan, pasan una varita detectora por cada centímetro de su cuerpo y luego le despachan con una patada en el trasero hacia el interior de la prisión. Está aliviado. No debería estarlo.

Cuando llega mi turno, me muevo con lentitud, manteniendo la mirada baja para no tener problemas.

—Nombre —pregunta un hombre con el pelo rapado que parece una montaña de músculos y tatuajes.

—Aeris Velmara.

De pronto, levanta la mirada y se le escapa una sonrisa extraña.

—Joder, alguien en el Consejo debe odiarte mucho. Te han asignado a limpiar el ala de máxima seguridad —anuncia mientras varios soldados silban y dos de ellos hacen gestos de alegría, como si ya hubiesen ganado la apuesta sobre quién sería el primero en morir. Parece que Voren ha hecho bien los deberes. No esperaba menos de él.

—Quítate la ropa —grita el hombre tatuado.

Tiemblo de frío, completamente desnuda delante de unos treinta soldados. Uno de ellos se acerca a mí para inspeccionarme. Es minucioso. Mucho más minucioso de lo que sería necesario. Su aliento huele a vino barato. Tira de mi pelo para echar mi cabeza hacia atrás y examinarme la boca en busca de algún tipo de arma y, a continuación, dedica demasiado tiempo a la zona entre mis piernas mientras el resto ríe.

Cierro los ojos e intento no pensar en la humillación. No soy la primera. Tampoco seré la última. Aun así, me gustaría arrancarle la cabeza.

—¿Qué es esto? —pregunta al ver el colgante que llevo al cuello.

—Es una reliquia familiar —explico, tratando de mantener un tono de voz neutro, aunque solo la idea de que me puedan quitar lo único que conservo de mi familia me hace temblar.

—Me lo quedo, seguramente es contrabando —gruñe.

—Déjaselo —ordena el que parece ser el jefe.

Un nuevo gruñido, pero obedece.

A continuación, me colocan una pulsera roja alrededor de la muñeca, el color para los sirvientes que han asignado a zonas de alto riesgo, y me entrega la ropa que llevaba puesta.

—¡Sígueme, saco de mierda! —chilla un hombre al que le faltan varios dientes—. No hables con los presos, se ponen

nerviosos cuando ven a una mujer —advierte antes de que entremos en la zona de máxima seguridad.

El pasillo es más estrecho de lo que esperaba, demasiado estrecho para el tipo de gente que contiene estas celdas. Es un lugar oscuro, huele a orina y desesperación.

—Buena suerte, princesa. Déjalo todo muy limpio —ironiza el guardia de seguridad, quedándose a la entrada y dejándome sola.

No avanzo ni tres metros cuando comienza.

—¡Eh, pelirroja! ¡Ven aquí, te enseñaré dónde puedes limpiar, pero con la lengua! —grita una voz ronca desde la oscuridad de una celda.

Otro hombre emerge de las sombras y se pega a los barrotes. Tiene la mitad de la cara quemada, la piel fundida como si fuese cera derretida. Los ojos son desiguales y amarillentos, y me desnuda con la mirada mientras se pasa la lengua por los labios.

—Nos han enviado carne fresca, chicos —anuncia, provocando un coro de silbidos y gruñidos que recorre el pasillo como una ola.

Trato de mantener la calma, pero, en la celda de enfrente, un tipo delgado con tatuajes tribales por todo su cuerpo se masturba mientras me mira.

—Te voy a arrancar esa cara bonita a mordiscos, pequeña zorra —jadea.

Mantengo la mirada al frente, apretando el trapo entre mis manos hasta que los nudillos se me quedan blancos. "No muestres miedo. No reacciones", me repito como un mantra mientras avanzo.

Un brazo cubierto de cicatrices sale de entre los barrotes y casi roza mi hombro. Me aparto de un salto y veo a un gigante con el pelo rapado y los dientes afilados de manera artificial. Tiene el iris de los ojos completamente negro, probablemente modificado con alguna droga ilegal.

—No durarás mucho aquí —sisea—. Yo puedo protegerte a cambio de ciertos favores.

Trato de no escuchar sus comentarios mientras sigo avanzando en busca de la celda de Drakena, pero se me hace demasiado difícil. No puedo evitar temblar de miedo y frustración. Los reclusos golpean los barrotes, me hacen todo tipo de comentarios, se masturban. Un coro de risas enfermas resuena por todos los lados.

—Apuesto cinco raciones a que no dura ni una semana —murmura uno.

—Yo apuesto tres a que hoy mismo la violan los guardias. Pedazos de hijos de puta.

—Podrían dejarla un tiempo por aquí —responde otro, lanzándome una mirada que me hiela la sangre.

Siento decenas de ojos clavados en mi espalda, cada uno imaginando formas diferentes de desgarrarme por dentro.

Aquí abajo no hay reglas. Solo depredadores. Y yo acabo de entrar voluntariamente en la jaula.

Capítulo 7

Las voces cesan en cuanto llego al final del pasillo, donde se abre una cuadrícula con algunas celdas reforzadas. No hace falta ser muy listo para saber dónde está mi objetivo, solo hay que seguir la multitud de runas de protección incrustadas en la piedra, zumbando con una frecuencia que consigue que me duela la cabeza. Bloque G, celda 9.

Todos y cada uno de los prisioneros se movió, golpeó los barrotes, o hizo algún comentario obsceno al verme pasar. Pero la celda 9 es diferente. No hay ruido, no hay movimiento. Solo una sombra en la esquina más alejada. Su espalda apoyada contra la pared, las rodillas flexionadas, las manos descansando sobre ellas.

Drakena de Virelmar, la villana favorita de las historias que nos contaban en la Academia, no se parece en nada a cómo se la describe normalmente. Esperaba algún tipo de monstruo de tres metros de altura, su cara cosida a cicatrices. Algo grotesco. En su lugar, tan solo me encuentro a una mujer. Sí, es algo más alta que la media y la musculatura de sus brazos deja ver que es mejor no meterse con ella, pero no parece ni la mitad de peligrosa que los tipos con los que comparte el ala de máxima seguridad.

Y esos ojos… grises, como de color ceniza, pero hermosos a pesar de su tristeza. Lo único terrible en ella es el modo en el que se sienta, como si hubiese perdido toda esperanza, como si se hubiese olvidado de que existe un mundo más allá de su celda.

Respiro hondo y abro la puerta que da al perímetro de seguridad en un intento por acercarme más a ella. Levanta la cabeza y me mira con curiosidad. En el protocolo que nos han entregado, se puede leer que nadie debe entrar en su celda bajo ninguna circunstancia, incluso si están presentes varios

guardias de seguridad. Ella ni siquiera se inmuta, da la sensación de que, si quiere matar a alguien, podría hacerlo antes de que pudiese gritar.

Me acerco un poco más y sigue sin reaccionar. Más allá de levantar la vista un momento, Drakena ni siquiera se ha movido. Ahora puedo verla mejor, una pequeña cicatriz en forma de media luna corta su ceja derecha y su pelo es muy negro, corto por los lados. Me fijo en las manos. Son fuertes, con los nudillos grandes, seguramente rotos en multitud de peleas.

Por fin levanta la mirada. Sus ojos me recorren, no son hostiles en ningún modo, pero sí intensos. En la Academia he sufrido humillación, vigilancia, vacío. Pero ahora mismo, me siento observada en el sentido más estricto de la palabra.

En vista de que mi corazón se acelera demasiado, opto por romper el contacto visual y me concentro en limpiar la mugre frente a su celda. Drakena no ha apartado la mirada, aunque permanece en calma. Esa quietud no es normal. Es depredadora, la misma de la que hablan las crónicas de los antiguos dragones.

Se mueve. Tan solo una fracción de segundo y el modo en que me observa me recuerda a un halcón, quizá decidiendo si el pequeño esfuerzo de matar al ratón merece la pena. Hay rumores que dicen que una vez mató a tres Magisters de un solo golpe. Y ahora mismo me lo creo.

Me concentro en seguir limpiando, consciente de que cada movimiento me acerca unos centímetros más a la mujer a la que debo rescatar. O a la que ayudaré a ser asesinada en nombre del Consejo de Acero. No estoy del todo segura. Posiblemente, esto último.

—No eres del Consejo —dice de pronto, su tono de voz bajo, pero tranquilo.

—No me jodas, no hace falta ser muy lista para deducir eso —resoplo.

Me estudia de nuevo, entrecerrando ligeramente los ojos.

—No encajas en un sitio como este —murmura.

—Ya, es la jodida historia de mi vida.

Inclina la cabeza y una ligerísima sonrisa se dibuja en sus labios.

—¿No tienes miedo? —inquiere, clavándome la mirada.

—En realidad, sí, pero estoy muy cansada para que se note —respondo, apartando los ojos para que no perciba que mi corazón se vuelve a acelerar.

Trabajo en silencio, tratando de ignorar su mirada, el tatuaje de un dragón que se asoma por su cuello, los músculos definidos de los brazos o esas manos que nunca se relajan del todo. Y esos ojos. Mierda, ¿empiezo a estar fascinada por una asesina en una celda de máxima seguridad? Llevo demasiado tiempo sin sexo.

—¿Por qué te envía el Consejo de Acero? —gruñe de pronto y todo mi cuerpo tiembla.

—¿Quién ha dicho que me envían a algo que no sea limpiar?

Drakena simplemente gruñe, como si mi respuesta la hubiese decepcionado mucho.

Supongo que podría mentir, pero no veo la necesidad.

—Vengo a proponerte un trato.

—Pero, ¿por qué tú? —insiste.

—Imagino que molesté a la persona equivocada. El Canciller Voren dijo que si me matas, nadie se acordará de mí de todos modos. Palabras textuales.

—Algún día le cortaré los huevos a ese Voren y se los haré comer antes de abrirle las tripas —anuncia, pero dice la frase sin violencia, sin alterarse, como si fuese simplemente, algo que sucederá sin que nadie pueda evitarlo.

—Ya, bueno, yo no trataría de impedírtelo, te lo aseguro. No entiendo cómo alguien no se te ha adelantado ya.

Drakena asiente lentamente con la cabeza. Como si estuviese ponderando mi comentario.

—¿Y bien? ¿Qué es eso que quieres proponerme? —pregunta sin cambiar de postura.

Justo cuando estoy a punto de hablar, uno de los guardias de seguridad grita mi nombre, puede que simplemente asegurándose de que no estoy muerta.

—Debo irme. Tendremos que continuar nuestra conversación mañana. ¿Podrás esperar un día? —bromeo.

—El tiempo no tiene mucho significado en esta prisión —masculla entre dientes—. Ten cuidado con los guardias, son mucho peores que cualquiera de los que estamos encerrados en este lugar. Y más con alguien como tú.

Se me forma un nudo en la garganta al escuchar sus palabras y salgo de manera apresurada del perímetro de la celda. Drakena de Virelmar, la persona con la que asustan a los niños, me guiña un ojo y mi corazón se salta varios latidos.

—Te veo mañana —susurra a modo de saludo.

Capítulo 8

—Has sobrevivido a tu primera noche con los guardias. Me alegro por ti —escucho en cuanto llego a la celda de Drakena.

Continúa sentada en el mismo lugar en el que la dejé ayer. En la misma postura, pero algo en ella me dice que me estaba esperando. Quizá tan solo por aburrimiento.

—Supongo que la sombra del Canciller Voren es muy larga y llega incluso aquí. Alguien dio la orden para que no me ocurriese nada, aunque no he podido cerrar los ojos ni un minuto esta noche —confieso, arrastrando el cubo de agua y la fregona un poco más cerca de su celda.

—Si te pasa algo en tu primera noche, su plan se va a la mierda, sea lo que sea eso que tienes que proponerme.

—Tus compañeros han estado muy tranquilos esta mañana. Nadie me ha hecho comentarios obscenos ni se ha masturbado cuando pasaba. ¿Os han dado tranquilizantes en el desayuno? —ironizo.

—He corrido la voz de que eres para mí —responde, como si fuese lo más natural del mundo.

—¿Y lo soy? —pregunto temblando, bajando la voz hasta convertirla en apenas un susurro.

—Solo si tú quieres —murmura.

Me clava la mirada y dibuja una minúscula sonrisa. Es apenas una ligera curvatura en sus labios, pero que me pone demasiado nerviosa.

—Hoy no has venido a limpiar, ¿verdad?

—No —admito—. Hoy no.

Sonríe de nuevo. Ahora un poco más. Y, joder, debería sonreír a menudo.

—No tenemos mucho tiempo —me recuerda.

Respiro hondo y dejo escapar el aire lentamente en un larguísimo soplido, armándome de valor para lo que viene a continuación.

—Muy bien, vamos allá. El caso es que el Consejo de Acero, o al menos el Canciller Voren, te quiere fuera de aquí. O muerta. O muertas tú y yo, no estoy segura de qué opción prefieren.

—¿Vas a intentar sacarme? Eres consciente de que nunca, nadie, en varios siglos de historia, se ha escapado de esta prisión, ¿verdad? —inquiere, alzando las cejas sorprendida.

—Soy alumna de la Academia. Algo de historia estudiamos, aunque no presto mucha atención.

—¿Todavía? ¿Qué años tienes? —pregunta extrañada.

—Eso no es relevante. Más que ningún otro alumno. El caso es que tengo el hechizo para anular todas esas runas de protección y puedo sacarte de aquí siempre que…

—¿De aquí te refieres a la celda? Porque luego debemos pasar por varios niveles de seguridad donde nos esperarán al menos doscientos guardias armados, cada uno de ellos tan asesino como cualquiera de los que estamos aquí encerrados —me recuerda, consiguiendo que se me revuelva el estómago.

—Sí, bueno, vamos por partes. Primero te saco de la celda y luego ya vemos qué podemos hacer.

—Bien, vamos a suponer que tu hechizo consigue anular las runas de protección y salgo de aquí. ¿Te han dado algún plan a partir de ese punto? ¿Algún tipo de contacto que nos permita saltarnos los puestos de control y salir al exterior? ¿Traes algún tipo de arma, al menos? —insiste, ahora mucho más interesada.

—No a todo. Cuando salgas de la celda, corremos —explico en voz baja, y algo avergonzada al darme cuenta de que llamar a esto misión suicida se le queda muy corto. Seguramente lo que Voren quiere es que nos maten a las dos.

—¿Corremos? —repite, incrédula.

—Sí, hacia el norte. Fuera de la ciudad, hacia las montañas prohibidas —insisto, aunque ni yo misma creo que

esa mierda de plan pueda tener algún tipo de posibilidad de éxito.

—Ah, las Montañas del Norte —suspira.

—¿Qué pasa con ellas?

—¿Te dijeron que me llevases allí en concreto?

—Sí.

—Me lo suponía —murmura casi con un gruñido.

—No me vas a decir por qué, ¿verdad?

—No —es la única respuesta que recibo.

—Mira, sé que es un plan de mierda, pero es el único que tengo. Siento no poderte ofrecer nada más —me disculpo.

—Es mejor que quedarme aquí sentada.

—Nos van a matar —suspiro, apoyando la frente contra la pared, siendo cada vez más consciente de que no tenemos ninguna oportunidad.

Supongo que ese ha sido el plan de Voren desde el principio. Por algún motivo, le molesta que haya nacido y tiene que librarse de mí de una forma digna para el Consejo. No seré más que una traidora que intentó liberar a una asesina. La vergüenza final para borrar por completo cualquier rastro de mi familia.

—¿Sabes al menos usar el hechizo? —su pregunta me devuelve a la realidad.

—Te he dicho que estudio en la Academia.

—Y nunca has formado un vínculo. A tu edad. Interesante.

Chasqueo la lengua y prefiero no responder. Lo último que necesito es que la psicópata empiece a burlarse de mí solo porque ninguna criatura mágica no haya querido vincularse conmigo.

—En la intersección de la sangre y la runa, libera las protecciones —recito, pero no ocurre nada.

A Drakena debe parecerle muy divertido, porque ahora se ríe de verdad, llevando una mano a la frente y negando con la cabeza.

—No sé qué coño te hace tanta gracia. Ahora te vas a quedar ahí encerrada para siempre —gruño.

—La primera frase significa que debes hacerte un corte y untar tu sangre sobre la runa de protección principal. Esa de ahí —indica, señalando con el dedo índice a una de ellas—. Luego, cuando brille, recitas la frase.

—Mierda. ¿Por qué lo tienen que hacer sonar como un puto acertijo? —protesto.

Ella, simplemente, se encoge de hombros.

—Solo una condición —interrumpo.

—Tú dirás.

—No quiero que me mates —me apresuro a explicar—. Bueno, lógicamente, me gustaría seguir con vida. Tienes que prometerme que, si te saco de la celda, no me harás nada. Llegamos a las Montañas del Norte, yo vuelvo a casa y tú haces lo que te dé la gana, lo que sea que el Consejo espera que hagas por allí. ¿Lo prometes?

—No pensaba hacerte ningún daño —anuncia, levantándose lentamente y acercándose a mí—. Aunque eso no significa que deba protegerte. Si no me sigues el ritmo, estás por tu cuenta. No me quedaré a esperarte. ¿Tienes experiencia luchando?

—Define experiencia.

—¿Has matado a alguien?

—A propósito, no —reconozco—. Una vez, hice mal un hechizo y hubo una pequeña explosión, pero creo que al chico que estaba a mi lado sobrevivió, simplemente se asustó y no quiso volver a la Academia.

—Vale, esto va a ser interesante —dice, poniendo los ojos en blanco.

Prefiero no responderle y hago un pequeño corte en mi dedo pulgar. La sangre brota al instante, doy un paso adelante y a continuación coloco el dedo sobre la runa principal.

Escucho un zumbido, como si fuese el de un diapasón, que me aturde.

—Concéntrate —me recuerda Drakena.

Al recitar las palabras, se forma una extraña luz blanquecina dentro de las runas y, al apagarse, la cerradura de la puerta se abre con un suave clic, mientras las sirenas de emergencia comienzan a chillar.

—Sígueme —masculla entre dientes, empezando a correr.

Capítulo 9

Las alarmas se ponen en funcionamiento de inmediato. Primero, un pulso rojo y sordo, a continuación, una sirena tan fuerte que hace retumbar el edificio entero.

Corro tras Drakena, maldiciendo el momento en que acepté la misión, porque ahora soy plenamente consciente de que vamos a morir con toda seguridad.

El primer punto de control ya está repleto de personal cuando llegamos. Tres guardias con armadura negra, los visores bajados y las ballestas apuntando hacia nosotras. Se acabó.

Para mi sorpresa, Drakena no disminuye la velocidad, se tira al suelo y se deja resbalar, impactando directamente contra la rodilla del guardia más cercano. Con un movimiento felino, coge la ballesta y dispara a quemarropa al segundo guardia en el pecho y casi al mismo tiempo golpea la garganta del tercero, que cae inconsciente.

La observo parcialmente escondida tras una columna mientras llegan nuevas tropas. Lucha con una velocidad que no parece humana, sin dudar un segundo en sus golpes, sin importarle en absoluto si mueren o siguen con vida. Al ver a sus compañeros desparramados por el suelo y a la asesina más sanguinaria frente a ellos, cada nuevo escuadrón se pone más nervioso que el anterior. Algunos llevan collares anti vínculo. Mala noticia para cualquiera que dependa de la magia vinculada, pero algo que no parece detener a Drakena.

Tira de mi muñeca y me arrastra a través del caos. Al pasar por unas escaleras, lanza la ballesta descargada a dos de los guardias que nos persiguen, le da a uno en los dientes y ambos caen hacia abajo por los escalones. A continuación, gira hacia un pasillo que ni siquiera recuerdo haber visto en el mapa que estudié anoche.

—¿Qué es esto? ¿Un atajo? —pregunto entre jadeos.

No responde. En su lugar, me empuja contra una pared y me tapa la boca con la palma de su mano. Escucho pasos cerca de nosotras. Susurran algo, pero no logro distinguir las palabras. Estoy demasiado ocupada intentando no respirar. O no morir de un infarto.

En cuanto los guardias pasan frente a nosotras y se pierden por el pasillo, Drakena trepa por lo que parecen los restos de una vieja escalera incrustada en el propio muro. Intento seguirla, pero tiemblo de pánico. Ella, simplemente, me coge por la muñeca y tira de mí hacia arriba, como si no pesase nada.

—No lo lograremos —protesto entre susurros—. No saldremos vivas de aquí.

Me mira de reojo y juraría que esos ojos gris ceniza casi brillan en la oscuridad.

—Puedes entregarte, si quieres.

Niego con la cabeza. En estos momentos, ya no tengo nada que perder. El resultado será el mismo si me pillan o si me entrego.

Entramos en una enorme lavandería y los trabajadores se quedan parados cuando Drakena se lleva un dedo a los labios, señalando que no hagan ruido. Ninguno de ellos tiene más de dieciséis años, y seguramente están aquí para pagar las deudas de sus familias al Consejo de Acero. No ayudarán a los guardias a no ser que sea absolutamente necesario.

Nos detenemos ante una escotilla, pero Drakena la abre fácilmente con una ganzúa que ha encontrado en la lavandería. Como si hubiese nacido para ello.

—Buah, si un día te cansas de matar a la gente del Consejo de Acero, podrías dedicarte a robar. Te ganarías bien la vida —bromeo, más como un intento de aliviar el miedo que siento que cualquier otra cosa, aunque a ella no parece hacerle ninguna gracia.

—A los conductos —gruñe, señalando hacia un agujero en el suelo que huele horrible.

—Ah, no, ni loca me tiro por ahí —protesto.

—Tú sabrás, es nuestra única oportunidad de salir de aquí.

—Mira, llevas mucho tiempo encerrada en una celda y quizá no lo sepas, pero por ahí baja toda la mierda de la prisión. Y cuando digo mierda, lo digo de manera literal, no solo los desperdicios de la comida, también todo lo que sale de los baños. Yo paso.

El olor que se cuela desde abajo es lo peor que he visto en mi vida, y eso que, en estos últimos años, mi cometido en la Academia era principalmente limpiar.

El sonido de multitud de botas entrando en la lavandería me saca de mis pensamientos. Solo hay una puerta y ya está controlada por los guardias, la única salida es hacia abajo.

—Espabila —gruñe Drakena, lanzándome por el hueco del conducto.

Mi corazón se detiene, cierro los ojos en mi caída, pero, aunque los mantuviese abiertos, sería igual. No se ve absolutamente nada, es como si me hubiese tragado el vacío.

—Me cago en la puta, joder —chillo cuando aterrizo en algo que definitivamente no es agua.

A continuación, Drakena cae a mi lado y suelta una carcajada al ver que sigo viva. Coge mi mano y me arrastra a través de una especie de lodo que me llega casi por la cintura. Prefiero no mirar, porque las cosas que flotan en ese lodo me dan demasiadas ganas de vomitar.

Continuamos un buen rato por un túnel oscuro mientras un grupo de unas siete ratas nos miran curiosas. Pronto, me doy cuenta de que hemos salido de la prisión y nos adentramos hacia las entrañas de la ciudad. Doblamos una curva y el túnel se abre a una cisterna enorme. Drakena comprueba el perímetro y, a continuación, me lleva hasta una zona que no está cubierta de residuos.

—Nos quedamos aquí —dice en voz baja—. Por ahora.

—Tarde o temprano seguirán este camino y nos encontrarán —le recuerdo.

Ella simplemente se encoge de hombros.

—Nadie sale por la parte alta de la ciudad. Nuestra única opción es hacia abajo.

—Estás sangrando.

Ella mira el corte y sonríe.

—No es nada.

—Al menos, cúbrelo. La sangre deja un rastro —susurro, buscando algún trozo de tela de mi uniforme de limpieza que no esté cubierto de residuos.

—Lo has hecho bien en la prisión —murmura, clavándome la mirada.

—Bueno, no me rindo fácilmente, pero recuerda que tenemos un trato. Yo he cumplido mi parte, ahora tú no puedes matarme ni hacerme nada.

Drakena sonríe. Una sonrisa de verdad. Y a pesar de que estamos las dos cubiertas de mugre, en estos momentos me parece la sonrisa más bonita que he visto jamás.

—En media hora, en cuanto hagan el cambio de guardia en las puertas de la ciudad, nos movemos —indica, señalando hacia el norte con la barbilla.

Asiento lentamente con la cabeza y cierro los ojos. Soy consciente de que quizá lo peor venga ahora.

—Drakena —suspiro.

—¿Umm?

—Eres consciente de que el Consejo de Acero espera que te lleve al norte, ¿verdad?

—Me lo has dicho en la prisión.

—También eres consciente de que es una trampa. No sé exactamente qué es lo que pretenden, pero estoy segura de que una trampa es —insisto.

—Entonces, tendremos que descubrirlo juntas, Aeris Velmara —responde con un guiño de ojo y una nueva sonrisa.

Capítulo 10

Las cloacas de la ciudad desembocan en un río que huele a libertad. Bueno, al menos hasta que te das cuenta del tipo de cosas que flotan en él. Junto a nosotras, hay un enorme pájaro muerto con las alas extendidas y los ojos abiertos. Un poco más allá, un par de ratas y prefiero no preguntar qué envía burbujas desde debajo de la superficie. En cualquier caso, comparado con el olor de las alcantarillas, esto es casi un paraíso.

—Sigue caminando, no te detengas —me recuerda Drakena casi de continuo.

Poco más tarde del amanecer, alcanzamos una orilla llena de vegetación a las afueras de la ciudad, y me dejo caer tras unos arbustos, agotada. Ella no muestra ningún signo de cansancio, como si hubiese pasado los últimos años entrenando en vez de en una prisión de máxima seguridad. Permanece en pie, escaneando los alrededores con esos ojos pálidos que consiguen hacerte temblar cada vez que te clava la mirada.

—Te han mordido otra vez —anuncia, señalando hacia mi pierna con el dedo índice.

Miro hacia abajo y la zona de mis gemelos está pintada en una mezcla de sangre, sudor y todo tipo de porquería.

—Por algún motivo, les gusto a las sanguijuelas. ¿Por qué a ti no te muerden?

Drakena simplemente sonríe y comienza a quitarse la ropa con lentitud para lavarse en una parte del río en la que al menos corre el agua.

Y lo peor es que parezco tonta sin poder apartar la vista de su cuerpo desnudo. Toda ella es un conjunto de músculos bien definidos, pero sin ser de un tamaño exagerado. Simplemente, perfectos. Las viejas cicatrices que decoran su piel hablan de una vida de luchas continuas.

—¿Ves algo que te guste? —bromea, dándose la vuelta de pronto.

Abro la boca para decir algo y la cierro de nuevo. Creo que se me pone roja hasta la punta de las orejas y de pronto lo recuerdo.

—Tengo algo de jabón en el bolsillo derecho. Es industrial, para la limpieza de la prisión, pero creo que podría servirnos —anuncio para disimular.

—¿Hablas en serio?

—Completamente en serio.

Le lanzo el jabón y lo coge en el aire, a pesar de estar mojado y resbaladizo. Aun así, preferiría que se separase un poco de mí para limpiarse. Me quito la ropa yo también y me meto en el agua junto a ella, avanzando lentamente con los brazos cruzados sobre el pecho. Drakena se sumerge bajo la superficie, aparece de pronto junto a mí y sonríe, echando el pelo hacia atrás.

Yo, por mi parte, me froto brazos y piernas mientras el jabón se lleva la suciedad de mi cuerpo en hileras marrones. Me tiemblan las manos. Podría ser por el frío, por la adrenalina, o por la forma en que Drakena me mira. No estoy muy segura.

—¿Sabes? Supongo que debería darte las gracias —anuncio en un intento de romper el silencio.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros mientras me sigo enjabonando y trato de no fijarme en sus pezones.

—Por cumplir tu promesa y no matarme. Ahora ya no me necesitas y sabes que vamos hacia una trampa. Lo lógico sería deshacerte de mí y huir en la dirección opuesta a la que el Consejo de Acero espera que vayas.

Hace una pausa, como si estuviese considerando lo que acabo de decir.

—Oye, espero que no cambies de opinión, con eso de no matarme, quiero decir —me apresuro a explicar.

—Si te quisiera muerta, estarías muerta.

Se forma un silencio entre nosotras. No incómodo, solo el sonido del agua del río moviéndose o el piar de los pájaros en la distancia dentro del bosque.

Drakena se acerca más a mí, camina lento, como si quisiera saber si voy a salir corriendo, y se detiene justo delante, casi pegada a mi cuerpo.

—¿Qué pasa? —pregunto, tratando de que no se note demasiado que mi respiración se ha vuelto errática.

—Me estás mirando fijamente.

Dejo escapar un soplido y pongo los ojos en blanco, pero no puedo negarlo. Ella es... perfecta no sería la palabra correcta, pero se acerca lo suficiente.

—No me tienes miedo —murmura, borrando por completo la distancia que nos separa.

—¿Debería tenerlo?

—La mayoría lo tiene —responde, inclinando ligeramente la cabeza, como si le divirtiese nuestra conversación.

—Yo no soy como la mayoría.

De pronto, coloca las manos en mis caderas y se acerca tanto que siento sus pechos sobre mi piel. Me quedo sin respiración. Demasiado consciente de lo que me excita sentir el tacto de sus duros pezones mientras suelta una mano y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

Quiero decir algo, lo que sea, pero mi cerebro se niega a cooperar y mis rodillas amenazan con derretirse en cualquier instante.

—Estás temblando —susurra.

—Es por el frío.

Sonríe. Otra vez esa sonrisa tan perfecta. Joder, debería sonreír más a menudo, su rostro cambia por completo y odio cuánto me hace querer tirarme a ella para devorar su boca.

Mierda. Estoy perdida.

Me inclino hacia ella. No se mueve, solo espera. Mis labios rozan los suyos, suaves, más suaves de lo que creía posible, y por una fracción de segundo, el mundo deja de ser una mierda y simplemente... es.

De pronto, mi cabeza me recuerda que estoy frente a una asesina psicópata que acaba de salir de una prisión de máxima seguridad y me separo de inmediato, rompiendo el hechizo.

—No voy a ser tu polvo rápido tras pasar un montón de años en una celda —protesto, con una voz más firme de lo que en realidad siento—. Si quieres eso, búscate a alguien que no sea yo.

La expresión de Drakena no cambia. Tan solo inclina la cabeza y se encoge de hombros.

—En ningún momento te consideré un polvo rápido solo porque llevo mucho tiempo sin sexo —confiesa.

Trato de poner los ojos en blanco, pero ni siquiera lo consigo.

Nos quedamos así, frente a frente, goteando, sintiendo cómo el agua del río se desliza a la altura de nuestra cintura.

—Es mejor que nos movamos. Todavía no estamos al seguro —anuncia, haciendo una seña con la cabeza para que salgamos del agua.

Capítulo 11

El antiguo templo de Nurh'Ael no se parece en nada a las historias que nos contaban en la Academia. No hay grandes torres ni salas interminables. Es tan solo un montón de columnas a punto de caerse y suficientes estatuas destrozadas como para montar un cementerio de dioses extintos.

Bajo la luz de la luna, las grietas y la vegetación que se asoma por las paredes parecen viejas cicatrices. Quizá por eso lo eligió Drakena. O tal vez no había otro plan, solo el instinto de supervivencia de esconderse para pasar la noche.

Llegamos al borde de las ruinas justo cuando la primera de las patrullas despliega sus antorchas por el valle. Son guardias del Consejo de Acero, profesionales, no guardias locales. Sabían que pasaríamos por aquí tarde o temprano.

—¿Sabes? Si te digo que el Consejo de Acero espera que te lleve a las Montañas del Norte, no tienes que hacerme caso. Habría sido mejor caminar en cualquier otra dirección.

—Debo ir al norte —es la única respuesta que recibo.

—Pues entonces estamos jodidas —protesto.

Ni siquiera responde. Simplemente, analiza el interior del templo hasta que me coge por la muñeca y tira de mí para arrastrarme hasta una zona oscura bajo unos arcos a medio caer.

—¿Crees que entrarán aquí? —susurro.

—¿En el templo? Sí.

—No, joder, aquí, donde estamos —insisto.

—Lo dudo. Esto es la cripta de Kharis-Mûr, es un lugar maldito. Cuenta la leyenda que quien ose adentrarse en ella sufrirá la más dolorosa de las muertes —responde, encogiéndose de hombros, como si fuese la cosa más natural del mundo.

—Pues no me das muchas esperanzas.

—Silencio —ordena, colocando dos dedos sobre mis labios.

Escucho los pasos de los guardias a la entrada del templo. Sus voces. Y mi corazón late tan fuerte que estoy casi segura de que pueden oírlo desde su posición. Estoy aterrorizada.

Drakena tira de mí y me coloca sentada entre sus piernas, con la espalda pegada a su torso, tapando mi boca mientras me recuerda que no haga ningún ruido.

Las pisadas están cada vez más cerca.

Como si quisiera asegurarse de que no haga ningún movimiento, me sujeta con fuerza, pegando su mejilla a la mía.

—Estaremos bien —susurra a mi oído.

La luz de una de las antorchas pasa tan cerca de nosotras que mi corazón se detiene.

—Mira en esa zona —ordena el que parece estar al mando.

—¿Ahí? Ni loco. Sabes lo que es eso, ¿verdad? Nadie en su sano juicio se metería en esa cripta. Está maldita —protesta el guardia.

—Hablamos de Drakena de Virelmar. Nada en ella es normal. ¡Entra! —insiste.

—Pues deja que los antiguos espíritus o los demonios o lo que sea que hay ahí se encarguen de ella, si es tan imbécil como para entrar.

No me muevo. No respiro.

Puedo sentir cada centímetro de Drakena pegada a mí: el calor de su cuerpo en mi espalda, la presión de sus muslos en mis piernas, el ritmo de su respiración, tan constante que casi me calma.

—Ya no hay peligro —murmura con sus labios pegados al lóbulo de mi oreja.

No respondo.

—Estás temblando —sisea, acariciando mi cuello mientras desliza su nariz por mi mejilla como si pretendiese oler mi miedo. O mi excitación.

Se me escapa un suspiro ahogado cuando siento su mano derecha enroscarse en mi garganta, aunque sin apretar.

—No me vas a matar, ¿verdad? —jadeo.

—No seas idiota. Matarte no es justamente lo que pretendo —admite entre susurros mientras acaricia mi cuello, haciéndome temblar.

Sube ligeramente la mano hasta colocarla en mi mandíbula y me hace girar. Me clava esos ojos grises, sonríe y a continuación, me besa.

Sin preámbulos, sin dudas, solo un beso posesivo, dominante, como si hubiese estado esperando toda su vida para hacerlo. Es un beso casi desesperado, como si esperase que fuésemos a perecer en cualquier instante por profanar una cripta maldita.

—¡Joder! No vamos a morir por la maldición esa, ¿no? —inquiero, separándome de ella de manera brusca.

—No digas gilipolleces, Aeris Velmara —es la única respuesta que recibo antes de que me coloque en el suelo con suavidad y se recueste sobre mí.

Lo siguiente que sé es que mis dedos están enredados en su pelo mientras ella acaricia mis pezones.

—Quiero que estés totalmente segura —masculla, separándose ligeramente para mirarme a los ojos.

—No se te ocurra parar —jadeo al sentir la presión de su muslo en mi sexo.

Me besa de nuevo y respondo tirando de su camisa, dejando al descubierto unos pechos absolutamente perfectos. Coloco las manos en su cintura, empujándola ligeramente hacia arriba para besarlos. Drakena gime, un gemido suave, sensual, mientras cuela su mano entre mis piernas y acaricia el interior de mis muslos, pasando peligrosamente cerca de mi sexo, pero sin llegar a tocarlo.

—Eres demasiado peligrosa —murmuro, endureciendo su pezón entre mis labios.

Antes de que me quiera dar cuenta, ambas estamos completamente desnudas, las piernas abiertas, la humedad de

su sexo sobre el mío, creando una fricción maravillosa que me hace gemir con cada uno de sus movimientos.

Muerde mi barbilla con suavidad antes de introducir dos de sus dedos dentro de mí, curvándolos a la perfección mientras acaricia mi clítoris con su pulgar.

Gimo, olvidándome por un momento de que hace poco estábamos rodeadas de los guardias del Consejo de Acero, sin importarme nada más que el placer que Drakena me está regalando. Me lleva al límite de manera implacable, como si fuese capaz de sentir el ritmo o la presión justa que necesito en cada momento, hasta que debo doblar los dedos y morderlos para no gritar, pronunciando su nombre entre jadeos mientras tengo un orgasmo maravilloso.

—Joder, no me lo puedo creer —suspiro, llevándome las manos a la cabeza.

Drakena sonríe, pero continúa con sus dedos dentro de mí, como si quisiese sentir en ellos cada espasmo de placer antes de llevarlos a la boca y chuparlos cuando mi cuerpo se relaja.

—¿Te gustó?

—¿Tú qué crees? —pregunto mientras beso sus labios—. Ahora, hay algo que quiero hacer desde que te vi desnuda en el río esta mañana —confieso, haciéndola girar y deslizándome hacia abajo entre sus piernas.

No puedo evitar que se me escape un suspiro al ver la humedad brillando en su sexo. Lo lamo con suavidad, consiguiendo que su espalda se tense al sentir mi lengua. Miro hacia arriba mientras beso su clítoris, observando cómo cierra los ojos y muerde su labio inferior de placer. Enreda los dedos en mi pelo, frotándose contra mi boca, rápido, fuerte, buscando un orgasmo como si fuese lo último que hará en su vida.

Clavo las uñas en sus nalgas mientras lamo su sexo y ella grita como si quisiera despertar a los antiguos espíritus de la cripta. Su cuerpo tiembla bajo mis labios. Es algo salvaje, urgente, pero cada segundo me parece maravilloso.

Sus piernas se tensan y, de pronto, se queda muy quieta, relajada, con ligeros espasmos de placer cada vez que le doy un pequeño beso en el clítoris.

—Estamos jodidas —suspira, tirando de mi cuerpo para que me coloque sobre ella.

Capítulo 12

Lo primero que siento es el frío. No es el tipo de frío que te hace tiritar como si te metes en un río en invierno, es diferente, como si se me hubiese metido dentro de los huesos.

Estoy todavía desnuda, tumbada sobre el mármol del suelo, la espalda ligeramente arqueada y los músculos tan contraídos que no consigo moverme durante un buen rato. Mi brazo izquierdo arde de dolor, como si el fuego corriese por dentro.

Lo siguiente que noto es a Drakena. Está sentada a mi lado, con las piernas cruzadas, completamente vestida de nuevo, sus ojos fijos en un nuevo tatuaje en carne viva que se extiende en espiral por su antebrazo. Lo recorre con la punta del dedo, la cabeza ladeada casi con fascinación, como si fuese uno de los sabios del Consejo que acaba de encontrar una nueva criatura mágica que nadie conocía.

Me mira y pone los ojos en blanco. Algo parece divertirle mucho.

—Bienvenida de nuevo al mundo de los vivos —bromea —. Al menos, por el momento.

Tengo la lengua tan seca como el papel de lija. Trato de hablar, pero necesito varios intentos.

—¿Qué coño ha pasado? —balbuceo.

Se encoge de hombros.

—Dímelo tú. Tú eres la experta de la Academia en cagadas mágicas, ¿no?

Me incorporo, quiero decirle que se vaya a la mierda, pero la cabeza me da vueltas. Y, de todos modos, no sé si sería muy seguro por mi parte hacerla enfadar, incluso tras lo que ha ocurrido anoche entre nosotras. Prefiero seguir viva.

—Puedo sentir tu enfado —anuncia y algo me dice que sus palabras no son para provocarme, sino algo diferente.

—¿Sentir mi enfado? ¿Quién ha dicho que estoy enfadada? —protesto, apoyándome en una columna y cubriendo mi cuerpo desnudo con algo de ropa.

—Sentirlo de verdad. Y ahora tu miedo —añade—. Ya sabes lo que ha ocurrido, ¿verdad?

—Vete a la mierda, joder —mascullo entre dientes—. No funciona así. Los vínculos no…

—Ya...no se forman entre humanos —termina la frase por mí—. Lo sé.

Durante un segundo, solo se escucha una respiración: la suya, constante y lenta; la mía se detiene por completo y a continuación se vuelve entrecortada y frenética. Abrazo mis rodillas, temblando, tapando la marca que se extiende en mi antebrazo. Como si eso pudiese ayudar.

Drakena suelta una larga carcajada. Auténtica, casi infantil.

—Todos esos años en la Academia para nada y tuviste que follar para conseguir un vínculo. Eso es un récord, incluso para ellos. Algún día se escribirán libros sobre ti, Aeris Velmara. Verás cuando se entere de esto el Consejo de Acero.

—¡Cállate, joder! —chillo sin poder controlar el temblor en mi voz—. ¿Qué coño me has hecho?

—¿Qué te he hecho? Lo mismo que me has hecho tú a mí —responde, señalando con el dedo índice la marca en carne viva de su antebrazo—. Sea lo que sea esto, es tanto culpa tuya como mía.

—Eso es una gilipollez —protesto, cerrando los puños, sintiendo una necesidad imperiosa de darle un puñetazo y romperle la nariz.

Drakena se acerca más a mí, sonriendo.

—¿Quieres pegarme? Hazlo. Quizás te haga sentir mejor.

Y lo hago. Lanzo un golpe salvaje, un puñetazo desesperado que habría hecho morir de vergüenza a mi antiguo instructor de combate en la Academia. Ella atrapa mi puño con facilidad, suave como una madre que sujeta a su hija para que

no se acerque demasiado a un acantilado. Me retuerzo, intento liberarme, pero su fuerza no parece humana.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco sabía que se podía formar un vínculo de este modo —agrega con tranquilidad, encogiéndose de hombros.

—Yo no soy como tú —escupo, poniéndome a toda prisa mis pantalones—. No, no soy... no soy un monstruo. No eres humana. No puedes serlo. Lo de ayer… joder, nunca debió ocurrir.

Me levanto, dispuesta a salir del templo. Drakena me deja ir, solo me observa con los brazos cruzados.

—No tienes que marcharte. Lo sabes, ¿verdad?

—¡Vete a la mierda, gilipollas! Espero que los cazadores del Consejo de Acero te encuentren pronto y te encierren de nuevo —murmuro con rabia, parpadeando varias veces para no darle la satisfacción de verme llorar.

Salgo del templo con pasos torpes, temblando. Siento miedo, una rabia que jamás había sentido, como si estuviese dispuesta a enfrentarme yo sola a todos los ejércitos del mundo. Apenas recorro cincuenta metros y rompo a llorar.

Corro. Corro todo lo rápido que puedo. Sin dirección alguna, sin rumbo, sin plan. Solo corro. Todo mi brazo arde ahora, la marca es tan fuerte que puedo verla si cierro los ojos. Una minúscula parte de mí, confía en que Drakena me detenga.

Pero Drakena no me sigue. Juraría haber visto de reojo una sonrisa triste antes de salir del templo.

No sé dónde voy, no sé qué me espera al final de la colina, cuando me adentre en el bosque. Solo corro, corro más rápido de lo que debería, hasta que no puedo más, hasta que siento que mis pulmones arden.

La marca en mi brazo duele. Y ahora, con cada latido de mi corazón, empiezo a sentirla. Está en el templo, sentada en una esquina, sola, llena de ira y tan confusa como yo. Y de tristeza.

Sigo corriendo, aunque sé que es inútil.

No puedo huir de un vínculo.

No puedo huir de mí misma.
Pero lo intento de todos modos.
Porque eso es lo que mejor se me da. Huir.

Capítulo 13

Tras el amanecer, las primeras cuatro horas las paso agazapada entre la maleza, como si fuese un animal acorralado.

El río y el jabón hicieron lo que pudieron con el olor, pero el tufo a alcantarilla es algo infernal. Se pega a la piel, al pelo, a las uñas. En el río, nos frotamos hasta acabar con el jabón, pero sigo oliendo. O quizá es solo la impresión que me da. Quizá no huelo.

Y ni siquiera sé por qué me preocupo por eso, porque es el menor de mis problemas.

Estoy muerta de frío. He pasado toda la noche entre las sombras, sin atreverme a encender un fuego, sin atreverme ni siquiera a toser. Las patrullas del Consejo de Acero están por todas partes, recorriendo el borde del río en escuadrones de diez. Llevan perros adiestrados para detectar la magia, aunque no es algo de lo que deba preocuparme. A no ser que el extraño vínculo que he creado con Drakena tenga alguna propiedad mágica que no percibo.

Cuanto más lo miro, peor me siento.

No hay forma de que el Consejo lo sepa, o eso espero, porque la magia siempre encuentra una manera de delatarnos. Quizá la próxima vez que estornude, enviará una señal a la patrulla más cercana. Quizá me despierte y descubra que un Magister demasiado entusiasta me ha arrancado el brazo izquierdo con su daga. Quizá Drakena venga a por mí y termine el trabajo ella misma, al fin y al cabo, soy tan solo un lastre para ella.

Ese pensamiento debería asustarme, pero no lo hace.

Me acomodo en un pequeño hueco bajo un arbusto de enebro, con las rodillas pegadas al pecho. El frío de la mañana se cuela por todas partes, pero prefiero no moverme. Mi cerebro da vueltas sin parar. ¿Qué coño ha pasado? ¿Qué coño es ella?

¿Qué pasará a partir de ahora con ese vínculo? Mi estómago ruge de hambre, aunque pensar en comida me da ganas de vomitar.

Alrededor del mediodía, una patrulla pasa demasiado cerca de mí. Puedo escuchar el sonido de sus botas al pisar sobre el barro. Uno de los perros olfatea, levanta la cabeza en mi dirección, pero decide seguir adelante.

Necesito un plan. Algo que no implique morir aquí. El Canciller me aseguró que si llevaba a Drakena a las Montañas del Norte no solo no me pasaría nada, sino que conocería los secretos que han borrado de mi familia.

Pero son ellos los que no han cumplido su parte del trato. Han comenzado la caza nada más salir de la prisión, ni siquiera nos han dado tiempo a alejarnos de la ciudad.

No saldré de aquí yo sola, no sin la ayuda de Drakena.

Y ese pensamiento me enfurece. Clavo las uñas con fuerza en la palma de la mano mientras miro fijamente el estúpido símbolo en mi antebrazo. ¿Cómo explicarlo a partir de ahora? Esa mierda arruinará mi vida.

Cuando me tranquilizo, desde mi posición observo la ciudad a lo lejos. Es tan fea como siempre. A su alrededor, un mosaico de terrenos con cultivos moribundos hasta donde alcanza la vista. Más allá, en algún lugar, están las Montañas del Norte. Malditas, prohibidas. Quizá la última esperanza para un bicho raro como yo.

—Sé que estás ahí —gruño, bajando la voz hasta convertirla nada más que en un susurro—. No me preguntes cómo, pero puedo sentirte.

El silencio es lo único que escucho.

A continuación, como por arte de magia, una sombra se desprende desde un árbol y cae a un metro escaso de donde estoy. Es tan silenciosa que no escuché ni un solo paso, ni siquiera cuando tomó tierra.

—No eres muy buena escondiéndote, lo sabes, ¿no? —comenta Drakena, como si yo no lo supiese.

—¿A qué has venido? ¿Qué quieres?

—Sobrevivir. Y alejarme lo más posible de esta mierda de ciudad antes de que las patrullas del Consejo de Acero nos encuentren —responde con calma.

Me enderezo y limpio con la palma de las manos las hojas que se han quedado pegadas a mis pantalones.

—No eres humana, ¿verdad?

—Define humana.

Ni siquiera tengo una respuesta para eso. Los Magister son humanos y pueden hacer cosas casi imposibles. Pero, claro, ellos están vinculados con criaturas poderosas.

—Vale. Larguémonos de aquí cuanto antes —accedo—. Pero no quiero más trucos. No más rituales extraños de vinculación o lo que fuese eso que has hecho.

Drakena simplemente se encoge de hombros.

—Tu gente dice que no podía suceder. Pero entonces apareciste, y... —hace un gesto hacia la marca en su antebrazo —. Algo no estuvo de acuerdo con las teorías del Consejo de Acero, ¿verdad?

Quiero gritar. Es más, si no estuviese casi segura de que después me mataría, le daría ahora mismo una bofetada. En su defecto, aprieto los puños y clavo más las uñas en la palma de mi mano.

—Que conste que solo voy contigo porque eres mi mejor oportunidad de seguir con vida. En cuanto lleguemos a las Montañas del Norte, me largo.

—Lo que tú digas, Velmara.

Odio cómo sonríe cuando pronuncia mi apellido, como si fuese una broma que solo ella entiende.

A continuación, sin decir nada más, se gira, comienza a caminar.

—¿Vienes, o necesitas un minuto? —inquiere sin ni siquiera mirar atrás.

Frunzo el ceño, dejo escapar un bufido de frustración, pero la sigo. La alternativa es mucho peor.

Caminamos quizá durante tres horas y en algún momento, me doy cuenta de que no nos dirigimos al norte.

—¿Dónde coño vamos?

—Hay suministros a dos kilómetros al este. Ropa, comida, tal vez armas —responde como si conocer esos datos fuese lo más natural del mundo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

Cuando ya estoy a punto de caer al suelo de puro agotamiento, descendemos al lecho de un arroyo seco, cubierto de ortigas y zarzas. Drakena se detiene, agachándose, buscando algo en la oscuridad.

—Ahí —indica, señalando con el dedo.

En la base de un tronco caído, hay una vieja caja de madera medio enterrada entre el barro. Drakena la limpia con sus propias manos y abre la tapa con cuidado. Dentro de ella, algún tipo de comida con muy mala pinta, un pequeño vial de cristal con un líquido azul brillante y una espada.

—Come —ordena, partiendo la comida en dos raciones.

—¿Qué es esto?

—Mezcla de carne seca, grasa y frutos secos. Sabe a mierda, pero es muy nutritivo y se puede almacenar durante muchos años —explica.

—¿Es tuyo? —pregunto, al ver que blande la enorme espada de un lado a otro como si se acabase de encontrar con una vieja amiga.

—Sí. Bebe —insiste, entregándome el vial con el líquido azul sin dar más explicaciones.

—¿Por qué me ayudas? El trato era no matarme si te sacaba de la prisión —inquiero en cuanto como la ración que me ha dado.

Drakena se apoya contra el tronco de un viejo árbol y cruza los brazos sobre el pecho.

—Porque estamos atrapadas la una con la otra. Por ahora.

—¿Por el vínculo?

Asiente lentamente con la cabeza, pero evita mi mirada.

—Te necesito viva.

—Me deja más tranquila, supongo. ¿Qué es eso que acabo de beber? —pregunto al ver que ella finaliza de un solo trago lo que queda del vial.

—Medicina. O veneno, depende.

—¿Depende de qué?

—Depende de lo que pase después.

—¿Siempre hablas con acertijos? —protesto.

—Si caminas lento, será veneno. Si mantienes el ritmo, quizá las dos logremos sobrevivir —masculla, sin dar más explicaciones antes de moverse de nuevo hacia un bosque lejano.

Resoplo y me levanto yo también. Quiero odiarla, pero ni siquiera tengo fuerzas para hacerlo.

Mañana, tal vez.

Esta noche, tan solo la sigo.

Capítulo 14

El vínculo, o lo que sea que he establecido con Drakena, es como una migraña imposible de localizar. No hay un solo dolor, sino mil pequeños tirones y pinchazos, todos a la vez, por todas partes, como si te clavasen de continuo un montón de agujas diminutas.

El día después de mi patético intento de huida del templo, me despierto con el sabor de la sangre en la boca. Escupo, pero no es mía, es de otra persona, y el regusto metálico no se va hasta que bebo casi una cantimplora entera de agua y me limpio la lengua con el dorso de la mano.

Drakena no dice ni una palabra. Prefiero no preguntar si esa sangre que siento es suya, o de quién es. Supongo que es mejor no saberlo.

Se sienta frente a mí, posada sobre una gran roca en el borde de nuestro campamento improvisado, masticando un puñado de hojas secas de alguna planta que nunca he estudiado en la Academia. Su expresión es indescifrable: no aburrida, no alerta, simplemente... parece esperar algo.

Estoy convencida de que realmente nunca duerme. Solo cierra los ojos. Cuando se mueve, lo hace con una extraña eficiencia, sin desperdiciar energía, sin hacer ruido. A mí me duele todo. Ella, si siente algún dolor, lo disimula muy bien.

Levantamos el campamento en cuanto sale el sol. No es que la luz haga las cosas más fáciles. La tierra por aquí, ya lejos de la ciudad, da lástima. Parece casi una especie de cementerio de cultivos fracasados y vallas rotas que nadie se molesta en arreglar. Imagino que la mayor parte de este terreno está abandonado del todo, sus dueños se habrán mudado a la ciudad, asfixiados por los impuestos del Consejo de Acero.

O quizá hayan muerto.

Han dejado un buen número de trampas escondidas en el suelo, eso sí. No sé si para los guardias del Consejo o para los extraños. Quizá para ambos.

Drakena parece tener un mapa en la cabeza. O es idiota. Nunca se guía por el sol o las estrellas. Cada vez que llegamos a una bifurcación, gira a la izquierda. Siempre a la izquierda.

Cuanto más nos alejamos de la Fortaleza, peor se pone el vínculo. Ya no es solo la marca en mi brazo o las imaginarias agujas que me atraviesan. Ahora también es un hambre atroz que no es mía. Otras veces, de la nada, siento un dolor muy agudo en el hombro o la cadera. Miro a Drakena, pero no hace ningún gesto. Es posible que sean viejas heridas de alguna batalla. Su cuerpo está repleto de cicatrices, pero supongo que aquellos que lucharon con ella están mucho peor. La mayoría no creo que siga en este mundo.

Cuando el sol llega a lo más alto en el cielo, prácticamente me dan ganas de morderle una pierna para que se detenga a descansar.

—¿Sientes esto? —gruño, rompiendo una rama seca sin otra razón que escuchar algo quebrarse.

Drakena me mira de reojo y sopla un mechón de pelo que cae sobre su ojo izquierdo.

—¿Sentir qué?

—Cada vez que te mueves, todo mi brazo se llena de pequeños pinchazos. Siento un sabor a sangre en la boca que no sé de dónde viene. Un dolor que tampoco es mío. Es como compartir un cuerpo con una extraña que me odia —protesto, pegando una fuerte patada a una piedra que rueda colina abajo.

No reduce el ritmo.

—Te adaptarás —dice sin más.

Quiero lanzarle algo a la cabeza.

—¿Esto es normal? Pensaba que los vínculos hacían a la gente más fuerte. Más inteligente. Al menos eso es lo que decían en la Academia. En los libros te enseñan que los vínculos te dan poderes de algún tipo, depende de la criatura mágica con la que te vincules. Tú debes ser una mierda de criatura

mágica, porque solo me quitas fuerza, me duele todo y me dan ganas de vomitar.

Me lanza una mirada de reojo y sonríe.

—Quizá lo que necesitas es repetir lo que hicimos en el templo —bromea, guiñando un ojo.

—Eres gilipollas —mascullo entre dientes.

Mientras caminamos, trato de recordar lo que he estudiado sobre los vínculos. Nunca fui buena estudiante y ni siquiera sé qué tipo de criatura es Drakena. Supongo que la información sobre ella es altamente confidencial. En cualquier caso, decido ponerla a prueba.

Durante la siguiente media hora, me concentro en ella. Pienso los pensamientos más estúpidos que puedo. La imagino desnuda, tocándose, gimiendo.

De pronto, se detiene. Menea la cabeza y pone los ojos en blanco.

Funciona. O eso creo.

Casi me atraganto.

—¿Puedes escuchar mis pensamientos? —pregunto con miedo.

—No en palabras. Tampoco son imágenes completas. Pero sí, sobre todo si son pensamientos fuertes como miedo o excitación —explica, encogiéndose de hombros—. Y los que acabas de tener…

—Era solo una prueba. No te hagas ilusiones. Ni en un millón de años se va a repetir lo que ocurrió entre nosotras. Ni aunque fueses la última mujer en el mundo… o lo que seas. Y mantente fuera de mi cabeza —me quejo, sintiendo que se me pone roja hasta la punta de las orejas.

Se ríe y vuelve a poner los ojos en blanco. Mierda, hay algo en su sonrisa que consigue que mis piernas tiemblen. Esta mujer debería sonreír más.

—Si pudiese, lo haría. Y, por cierto, para ser una prueba, creo que lo has sentido de un modo bastante real en cierta parte de tu cuerpo —añade, señalando a la zona entre mis piernas.

Prefiero no responder y sigo caminando tras ella. Ya ni siquiera me molesto en protestar.

De pronto, Drakena hace una señal con la mano. Se detiene, se agacha, tirando de mi cuerpo hacia abajo.

Entonces los veo. A lo lejos, un escuadrón de rastreadores del Consejo de Acero establece un perímetro.

—Son Sigrulks —murmura, señalando los enormes animales que comen en una esquina.

—¿Eso son lobos huargos? —pregunto temblando.

—Te acabo de decir que son Sigrulks, guardias vinculados a lobos huargos. Nueve hombres, nueve bestias. Preparan un barrido —explica.

Antes de que pueda decir nada. Antes de que incluso pueda vomitar por el miedo o escapar corriendo hacia mi muerte, uno de los enormes lobos levanta la cabeza y bufa.

—Ha captado nuestro olor —anuncia Drakena.

—Vale, y eso… ¿no te preocupa? Porque no sé tú, pero yo no quiero morir.

Drakena, me observa casi divertida y se encoge de hombros.

Me dan ganas de partirle una piedra en la cabeza, quizá si la ataco, ella me mate más rápido que esos lobos.

—No lo hagas —susurra, negando con el dedo índice frente a mi cara.

—No quiero convertirme en comida de lobos huargos.

—No lo harás. Hay cosas mucho peores ahí fuera. Cosas que pueden matarme. Esos bichos, no —responde sin más.

A través de nuestro vínculo puedo sentirlo. No es arrogancia. Es, simplemente, la verdad.

La primera bestia sigue el rastro, cabeza baja, moviéndose con un andar sigiloso, depredador. El guarda aprieta el agarre de la correa, pero es inútil; es el animal quien está al mando, no él.

Se mueven como uno solo, trotando a través de la hierba en nuestra dirección. Los otros les siguen, cada bestia tirando de la correa, arrastrando a su guardia, los dientes al

descubierto, babeando, sus ojos fijos en un objetivo que solo ellos pueden ver.

—Están muy cerca —susurro.

Solamente asiente lentamente con la cabeza. Sin inmutarse.

—Si te digo que corras, corre lo más rápido que puedas. No mires atrás. Pase lo que pase, no mires atrás y sigue corriendo.

Quiero protestar, pero es solamente un pequeño instinto. Lo que de verdad quiero es correr. Salir de aquí lo más rápido posible.

El lobo huargo está ahora a quince metros, luego a diez, luego a tres. En el último segundo, Drakena salta y aterriza sobre la bestia. No es una pelea. Es una ejecución. Clava la espada en la garganta del animal y la gira. La enorme bestia cae al suelo, su sangre oscura, casi negra, cubriendo la hierba.

El guarda grita, pero es demasiado lento. Antes de que quiera darse cuenta, su cabeza rueda por el barro. A partir de ahí todo es un caos. Gritos, aullidos, sangre por todas partes. Drakena se mueve entre ellos como un espectro letal. Sin dudar. No solo está matando; parece algo personal.

—Enviarán más —anuncia cuando regresa al lugar en el que sigo escondida.

Siento el vínculo en mi brazo, pero ahora no duele. Es un calor casi reconfortante.

Supongo que hay cosas peores que estar vinculada a un monstruo.

Capítulo 15

Apenas me deja descansar.

Al parecer, para Drakena, es mucho más interesante adentrarnos en una zona que en los mapas de la Academia estaba marcada como "incompatible con la vida humana".

A veces, estoy convencida de que sabe bien a dónde nos dirigimos. Otras veces, me parece más que actúa como los burros cuando se escapan, simplemente caminan sin un rumbo fijo y rara vez en línea recta.

Quizá, solo tiene curiosidad por saber cuánto tardo en morirme de miedo. De manera literal.

A medida que nos adentramos, el bosque se hace cada vez más extraño. Los árboles son enormes, sus cortezas ennegrecidas y cubiertas de musgo. Es como si algo o alguien te observase de continuo y tengo la sensación de que antes de que acabe el día, pasaré a ser la comida de algún animal.

Drakena no habla, solo camina en silencio. Recolecta frutos extraños de vez en cuando, metiéndolos en la boca sin ni siquiera detenerse. Otras veces, me ofrece un puñado, encogiéndose de hombros, como diciendo: "come esto o muere, tú eliges". Tras negarme durante un buen rato, lo acabo comiendo, después de todo, quizá morir envenenada sea mejor que devorada por algún depredador.

A media tarde, ya no hay ni sendero ni nada.

—Estamos perdidas, ¿verdad? —protesto.

—No —gruñe.

—¿Cómo sabes que es por aquí? —insisto.

—Lo sé.

—Joder, ¿quieres parar de una vez? Simplemente, caminas, no te estás guiando por nada. Ya no hay sendero, esos árboles no dejan ver el sol. No hay modo de orientarse. Y tú sigues caminando como si nada.

—Lo primero, tenemos mucha prisa si no queremos morir —suelta sin más.

—Prefiero no saber si hay una segunda parte —suspiro.

—Yo crecí en estos bosques. Hace mucho tiempo.

—Según el Consejo de Acero, en esta zona los humanos no pueden sobrevivir —le recuerdo.

Drakena simplemente se encoge de hombros y me ofrece una raíz.

—Es buena para purificar la sangre —explica—. Nos vendrá bien.

Sabe a tierra, pero le hago caso y la mastico, luchando contra el impulso de simplemente tumbarme en el suelo y dejar que el musgo o alguna bestia me devore.

—¿Has escuchado eso? —inquiero, sintiendo que se me pone la piel de gallina.

—Magia antigua. Hay muchos muertos aquí. A veces los fantasmas se aburren —murmura sin detener el ritmo.

—¿Tú crees en fantasmas?

Me mira por encima del hombro.

—No te harán nada. No atacan a los suyos. ¿Quieres parar a descansar o prefieres seguir? Este lugar es seguro, el Consejo no nos seguirá aquí.

Hago la primera guardia porque sé que no dormiré. Al menos, esa es la mentira que me digo a mí misma. En realidad, es porque no soporto la idea de que Drakena me vigile mientras estoy durmiendo.

Ella se sienta con la espalda pegada contra un árbol, los brazos cruzados, ojos entrecerrados, pero nunca cerrados del todo. Su respiración es tan superficial que es difícil saber si está despierta o dormida. Podría estar muerta, pero no me lo creo.

Tras una hora, los ojos se me cierran durante unos segundos.

Sueño que estoy volando.

No es un vuelo del tipo suave, como si flotase. Es violento. Sobre una cordillera que sangra fuego naranja. Abajo, una gran batalla, gritos, muerte, destrucción.

Proyecto una sombra tan grande que borro el sol. Siento la pérdida, la rabia, la soledad.

Me despierto, mis manos presionando el pecho como si esperase encontrar un agujero en él. Drakena está frente a mí, en cuclillas, acariciando mi mejilla con una suavidad que me desarma.

—Tuve una pesadilla —le explico.

—Tuviste un recuerdo —corrige.

—¿Tú también lo viste? Había montañas. Fuego. Una gran batalla. Destrucción. Algo grande en el cielo. Se sentía… muy viejo y…

—Sí. Ese es el recuerdo —confirma.

—¿Recuerdo de qué? ¿Tuyo?

—No.

La miro fijamente, sujetando su muñeca con fuerza.

—¿Entonces de quién?

—Es mejor que no lo sepas. Al menos, no todavía —responde de modo críptico.

Capítulo 16

El sonido de los pájaros sobre los árboles cercanos me arranca de un sueño hermoso. Mi cabeza descansa sobre algo suave, aunque firme, que sube y baja con un ritmo constante.

No quiero abrir los ojos. Por primera vez desde que escapamos de la prisión, el dolor ha cedido lo suficiente como para permitirme existir sin querer arrancarme la piel.

Y entonces me doy cuenta de que mi mano derecha reposa sobre una parte de Drakena que definitivamente no debería estar tocando.

Abro los ojos de golpe y me encuentro con la cabeza reposando en el hueco de su cuello y mi mano… joder, mi mano se extiende sobre uno de sus pechos como si tuviese todo el derecho del mundo a estar ahí.

—Mierda, lo siento —me disculpo, apartándome tan rápido que casi me caigo de espaldas—. No pretendía… de verdad… estaba dormida... yo no…

A Drakena debe parecerle muy divertido y hace un comentario sobre que puedo seguir con la mano ahí o meterla por debajo de sus pantalones si lo prefiero, aunque decido ignorarla. Creo que se me ha puesto roja hasta la punta de las orejas.

—Estoy muy cansada y eso que he dormido bien —confieso con un largo bostezo.

Ella tan solo mira fijamente las brasas de la hoguera que hicimos para pasar la noche, como si le pudiesen dar una respuesta.

—El vínculo está fallando —murmura.

—No estamos vinculadas. No de verdad, al menos. Eso no funciona así, no me has dado poderes ni nada de eso. Solo cansancio. Normal que esté fallando. No te ofendas, pero como

criatura mágica, sea lo que seas, no eres gran cosa —replico, chasqueando la lengua.

—Da igual, está fallando, eso es lo que debería preocuparte.

—¿Quieres decir que vamos a morir?

—Quizá.

—Joder, pues no me estás ayudando nada, ¿lo sabes? —protesto, alzando los ojos al cielo mientras dejo escapar un largo soplido.

—¿En la Academia nunca te enseñaron nada sobre los vínculos triples? —inquiere, tirando algunas ramas a las brasas que aún siguen vivas.

Niego con la cabeza.

—Los vínculos triples no existen. Te lo acabas de inventar. Menuda patraña —me quejo, abrazándome a mí misma al sentir de pronto un escalofrío.

—Eso es porque el Consejo de Acero está jodidamente aterrado de lo que podría ocurrir si se produce uno —gruñe, encogiéndose de hombros.

Dejo escapar un nuevo bufido y la miro fijamente.

—¿Qué eres tú, Drakena? ¿Me lo vas a contar de una vez?

—No soy lo que quieres que sea. Y eso debería preocuparte —es la única respuesta que recibo.

Me recuesto contra el tronco, empezando a estar cansada de no entender nada de lo que ocurre.

—Muy bien. Si no quieres contarme nada, por mí, puedes irte a la mierda. Seas lo que seas, no eres humana. Esa parte la tengo muy clara. No completamente, al menos. Puede que tu cuerpo. Vale, tu cuerpo es definitivamente humano, no lo voy a discutir, pero nada más. Mira, nunca fui buena estudiante, pero no había ninguna criatura mágica con forma humana y no has conseguido ni siquiera crear un vínculo que funcione, así que es normal que no aparezcas en los libros de texto.

A Drakena no parecen molestarle mis palabras. Se encoge de hombros de nuevo.

—¿Qué es humano, de todos modos?

Intento reírme, pero me sale como un ataque de tos.

—Suenas como una filósofa fracasada.

—No importa. Nos estamos muriendo.

—¿Tenemos alguna opción? —pregunto, demasiado débil como para preocuparme por sus palabras.

—No hay tiempo para llegar a las Montañas del Norte que era mi primera opción. La verdad, no esperaba que te fueses a vincular por tener un orgasmo —ironiza con un guiño de ojo.

—Sí, vale, no me lo recuerdes, joder —resoplo—. ¿Hay más opciones? Y no me digas que repetir lo que hicimos porque no estoy dispuesta a hacerlo.

—Hay un lugar, quizá a medio día de caminata desde aquí. Solía ser un puesto comercial antes de que el Consejo de Acero se hiciese con el poder. Si alguien puede ayudarnos, está allí. Los Vënakar, el pueblo de la niebla.

Frunzo el ceño.

—¿Estás segura? No me fio de nada de lo que hay en estos bosques. Bueno, creo que ya no me fio de nada de lo que hay en ningún lugar, pero supongo que es mejor que esperar a la muerte aquí sentada. O, eso espero al menos.

No me responde. Típico en ella, se levanta, recoge sus cosas, apaga las brasas que quedan en la hoguera y comienza a caminar.

—¿Puedes moverte o necesitas que te ayude? —pregunta cuando pasa más o menos una hora y ve que me desplazo a trompicones.

No hace falta que responda, al menos con palabras. Estoy a punto de desplomarme. Drakena coloca una mano alrededor de mi cintura mientras yo rodeo sus hombros, apoyándome en su cuerpo para seguir caminando.

Seguimos adelante. Cada paso es una tortura. Pronto, el terreno empeora; menos musgo, más roca, todo inclinándose en un ángulo que hace que mis pantorrillas ardan de dolor. A nadie aquí le preocupa que vivas o mueras.

De repente, aparecen tres hombres con la cara cubierta con el cráneo de algún animal, como si fuese una máscara. Portan unas largas lanzas y su cuerpo está lleno de extraños tatuajes tribales.

—Mis respetos al valiente pueblo de los Vënakar —saluda Drakena, inclinando la cabeza.

—¿Quién os envía? —pregunta el que debe estar al mando, mientras los otros colocan la punta de las lanzas en nuestra dirección.

—Necesito hablar con Elyrha, la sanadora —responde Drakena, levantando las manos como si quisiera indicarles que no va a causar problemas.

El hombre nos hace una seña para que le sigamos y nos adentramos entre la maleza. A lo lejos, se escucha el sonido de unos tambores.

La sanadora nos espera en una cabaña al fondo del poblado. Es muy vieja, más piel y huesos que carne. Su pelo blanco está recogido en una trenza que le llega más allá de las caderas. Su piel está cubierta de tatuajes y la punta de los dedos teñida de un azul profundo, como si los hubiese sumergido en tinta durante años.

—Sentaos —ordena, señalando el banco frente a ella.

Nos rodea una vez, luego dos, sin tocarnos, solo mirando. Cuando finalmente habla, no es a Drakena.

—Estás medio muerta —me dice.

Me gustaría hacer algún comentario irónico, pero no me sale nada.

Me sujeta la muñeca para observar mi antebrazo. Su agarre es frío, pero tan fuerte que casi consigue que mis huesos crujan. A continuación, observa, sin tocarla, la marca de Drakena.

Me suelta, retrocede, y sus manos comienzan a temblar.

—No… no, no. No puede ser. Patrones fantasma —susurra—. Nadie ha visto esto en siglos.

Drakena se inclina hacia delante y la mujer retrocede más.

—¿Puedes arreglarlo, sanadora?

No responde, por un segundo, pienso que se ha quedado catatónica, pero luego parpadea.

—Quizás sí. Quizás no. Quedaos quietas —ordena, agitando una mano en el aire como si estuviese espantando a una mosca.

Nos da la espalda y comienza a hurgar en una caja. Mezcla polvos y raíces en un mortero. Lo calienta al fuego, añade un musgo azul verdoso que parece brillar, a continuación, le prende fuego mientras murmura algún hechizo.

—No me gusta ese tipo de magia, demasiado peligrosa. Magia fantasma. Prohibida —masculla entre dientes mientras trabaja—. ¡Bebed! —ordena, entregándonos dos brebajes que huelen como si un perro se acabase de cagar en ellos.

Miro a Drakena con cara de asco, pero ella se lo termina de un trago, casi hasta diría que le ha parecido bueno.

Hago lo mismo y no lo vomito porque estoy demasiado débil. El sabor es indescriptible. Nunca en mi vida había visto nada más asqueroso.

En apenas segundos, mi fiebre baja. El cansancio disminuye. La marca en mi brazo se enfría, el dolor desaparece.

La sanadora se sienta frente a nosotras, frota sus dedos manchados de azul, a continuación, nos mira con una mezcla de lástima y terror.

—No durará —murmura—. Se os acaba el tiempo. Si no completáis el vínculo, os destrozará.

No entiendo lo que quiere decir, pero asiento de todos modos.

—Deberíais iros —expone, dirigiéndose a mí—. La mujer fantasma sabe lo que tiene que hacer, suponiendo que eso sea posible.

Drakena asiente y trata de sonreír, pero es una sonrisa triste, como si se estuviese acordando de un viejo amigo que ya no está.

—Vale, ¿me vas a decir de qué va todo esto? —me quejo una vez que retomamos el sendero hacia el norte.

Drakena desvía la mirada hacia el horizonte, casi con nostalgia.

—Solo hay una criatura que puede estabilizar un vínculo como este.

—¿Y?

—Ya no existe.

Ni siquiera me molesto en discutir. Es inútil. Quizá en la Academia tenían razón. Quizá sea un desastre. La peor aprendiz de la historia, como se empeñaban en recordarme cada día.

Por el camino, repaso mentalmente las criaturas mágicas que ya no existen, desde las más pequeñas hasta las más grandes. Porque puede que sea un desastre, pero no quiero morir.

Capítulo 17

El denso bosque desaparece de pronto hasta convertirse en una mancha gris de abedules medio muertos y maleza quemada por el sol. No es exactamente un claro, parece más tan solo un lugar donde los árboles perdieron las ganas de seguir viviendo.

Frente a nosotras, un barranco inmenso que parece dividir el mundo. Unos doce metros de ancho y una profundidad que ni siquiera me atrevo a calcular. Sobre él, un puente. Llamarlo "de madera" es ser generoso. Es más bien un esqueleto destartalado de tablas, cuerdas y algunos parches de metal.

Drakena se detiene antes de llegar, se agacha tras un arbusto y me pide que haga lo mismo. Capta un destello en la distancia. Yo también lo veo; un breve guiño metálico, como un trozo de metal reflejando la luz del amanecer.

Entrecierro los ojos en un intento de verlos mejor, pero no lo consigo.

—¿Una emboscada? —susurro—. ¿Son cazadores del Consejo de Acero?

—Skarduun —responde Drakena.

—Vale, ¿eso es mejor o peor que los cazadores del Consejo? —insisto.

—Son grandes guerreros, toda la jerarquía de su tribu se basa en la lucha —explica—. El problema no es enfrentarse a ellos, sino las condiciones en las que debemos enfrentarnos. Tenemos que cruzar. El siguiente paso está a más de cincuenta kilómetros y, seguramente, también estará controlado por ellos. De igual modo, se nos acaba el tiempo. Ahora te encuentras muy bien tras beber la pócima que preparó la sanadora, pero no durará.

—¿Son ladrones?

—Más bien carroñeros. Buitres humanos. Cogerán lo que puedan utilizar. Mi espada, lo poco que nos queda de comida, las ropas…

—¿Y nosotras? —interrumpo.

—No nos matarán, a no ser que no tengan más remedio. Nos venderán como esclavas a algún grupo de mercenarios tras violarnos —añade sin inmutarse.

—Pues no me lo estás poniendo nada fácil, casi prefiero morirme por la mierda esa del vínculo —me quejo.

—Tú quédate aquí. Si veo que no hay salida, cortaré el puente —ordena.

No es que tenga ninguna gana de cruzar ese puente, pero no me da opción. Entra en él con determinación, como si fuese suyo, y creo que me olvido hasta de respirar.

Y entonces llega el ataque.

No hay una advertencia. Cinco figuras encapuchadas emergen al otro lado con arcos. El del medio dispara primero y ella esquiva la flecha por muy poco, pero el disparo del hombre a su lado da en el blanco y se clava en el hombro de Drakena.

Grito su nombre, aunque el viento se lo traga.

No cae. Se agarra con fuerza a las cuerdas del puente y corre hacia ellos. La siguiente flecha impacta en el muslo, deja escapar un grito de dolor, aunque sigue moviéndose. Tenía razón, no nos matarán a no ser que no tengan otro remedio. Como mercancía somos más valiosas.

Los arqueros se miran unos a otros confusos, apuntan de nuevo, pero la espada de Drakena vuela por los aires, clavándose en el cuello de uno de ellos.

Sonríen. La muerte de su compañero no parece afectarles lo más mínimo. Son cuatro guerreros contra una mujer herida y sin armas. Ella levanta las manos para rendirse y a mí se me parte el corazón.

No se mueve. Yo sí.

Me levanto y corro, cruzando el puente a la carrera antes de pensarlo mejor. Drakena me mira de reojo y niega con la cabeza, poniendo los ojos en blanco. Las primeras tablas

aguantan. Una de las últimas cede, caigo de rodillas, pero sigo gateando con mi mano derecha atravesada por varias astillas.

Los Skarduun celebran mi estupidez.

El vínculo en mi antebrazo enloquece. Arde como nunca antes lo había hecho, como si quisiese liberarse de mí.

Drakena mira hacia el cielo, sus ojos ligeramente desenfocados. Mueve los labios, pero no hay ningún sonido. Sangra abundantemente por ambas heridas, aunque la del muslo parece ser mucho peor. La sangre rueda por su pierna hasta crear un pequeño charco en el suelo.

Abre las manos, gira lentamente las palmas hacia fuera y aparece un calor tan real que distorsiona el aire a su alrededor. Una bola de fuego emerge antes de salir disparada hacia el más cercano de los Skarduun. Corre envuelto en llamas, la agonía en sus gritos reflejando el inmenso dolor que siente. Los tres restantes tratan de escapar, pero Drakena les caza sin piedad. En apenas unos minutos ya no hay más gritos, no hay más dolor. Solo cuerpos carbonizados en el suelo, mientras las llamas lamen la maleza a su alrededor.

—¿Qué coño ha sido eso? —consigo preguntar, aunque las palabras se atascan en mi garganta.

No responde. Simplemente, se sienta sobre una roca. Saca las flechas de su carne y aplica algo de ese fuego a las heridas para cerrarlas.

—Dime al menos que no te vas a morir —susurro, sentándome junto a ella.

Niega lentamente con la cabeza, pero su mirada está perdida en algún punto lejano.

—Siento que hayas tenido que presenciar esto. Ahora, es mejor que busquemos un lugar seguro para descansar —suspira sin dar más explicaciones.

Capítulo 18

Encontramos la entrada de una antigua mina de plata, quizá abandonada desde hace más de diez años, y nos adentramos en ella. Solamente nos sentamos en silencio, sin hablar. La quietud es tan densa que cada sonido se escucha con demasiada nitidez; el viento que golpea la galería superior, el graznido lejano de un cuervo. Los Skarduun han desaparecido, pero el aroma a carne quemada y sus gritos de dolor se aferran a mi mente como una maldición. Creo que jamás lo podré olvidar.

—Déjame ver tu muslo, quítate los pantalones.

—Aeris, pensé que estarías asustada, no que tuvieses ganas de… ya sabes… —ironiza, alzando las cejas.

—Vete a la mierda, gilipollas. Déjame ver la herida. Sangrabas mucho —exijo.

La lesión está bastante cerrada. En la Academia, siempre nos habían dicho que un corte de ese tipo cauterizado con fuego, tardaría un mínimo de tres semanas en curar. Esta sigue inflamada, pero las quemaduras son apenas visibles. El vínculo de mi brazo se contrae al deslizar la punta de mis dedos por la piel de su muslo. Quizá un recordatorio de que de momento, estamos atrapadas la una con la otra. O quizá por otro tipo de motivo.

—Ahora, ¿me vas a explicar qué coño ha sido eso del fuego? —protesto, colocando los dedos en su barbilla para que me mire a los ojos.

—No es nada.

—¿No es nada? Nunca he leído que nadie pudiese lograr lo que acabas de hacer, eso de crear bolas de fuego con sus manos. Hasta el Magister más poderoso se quedaría muy lejos de algo así. Ni siquiera lo he visto en las viejas historias sobre la Gran Guerra.

—Quizá sea más seguro para ti no saberlo —responde sin más.

—¿Sabes lo que más me preocupa? Que no quiero huir de ti. Que incluso después de verte convertir a cuatro hombres en ceniza, prefiero seguir contigo. Y no es porque tenga miedo de estar sola en estos lugares, que también. Es… no sé lo que es. No lo comprendo, pero quizá me ayudaría saber más sobre ti.

—Estuve vinculada hace tiempo —admite, bajando la voz hasta convertirla nada más que en un susurro y se puede ver un dolor inmenso en su mirada—. No a una de las mascotas del Consejo de Acero. Mi compañero era... —hace una pausa, buscando la palabra adecuada— ...único.

—¿Qué ocurrió?

—Murió en la Gran Guerra —suspira.

—Vale, la Gran Guerra terminó hace más de cien años. Tú no puedes tener más de treinta.

—Llevaba ochenta años encerrada en esa prisión antes de que me sacases de allí —confiesa, encogiéndose de hombros como si fuese lo más natural del mundo.

—Sabes que cada vez me lo pones más difícil, ¿verdad?

—Ya conoces cómo funcionan los vínculos. Rompes uno, y los pedazos se van a alguna parte. A veces, caen en el lugar equivocado.

—Joder, ¿vive en ti? Tu compañero, ¿vive en ti?

Drakena asiente lentamente con la cabeza.

—Durante mucho tiempo, pensé que me había vuelto loca, que su muerte fue demasiado para soportarlo y eso me hizo perder la cabeza. Pero, con los años, comencé a descubrir que era real.

—Mira, si no quieres contarme nada, no me lo cuentes, pero al menos no te inventes historias y creas que soy tonta —protesto, chasqueando la lengua y poniendo los ojos en blanco —. Eso es imposible. Un vínculo no puede sobrevivir a la muerte de una de las partes. Si el vínculo es completo, mueren las dos.

Eso es, como, la página uno del manual básico de la Academia. Se estudia en primer año. Hasta yo lo aprendí.

Drakena me lanza una mirada casi de lástima.

—Y tú te crees todo lo que te enseñó la Academia, ¿verdad? Pensé que a estas alturas, al menos, estarías dudando.

—Vale, vamos a suponer que es verdad. ¿Qué era? La criatura con la que te vinculaste.

Duda por un instante y creo que me va a mentir, pero se quita la camisa y la luz refleja todas las marcas. Una espiral en colores negro y azul que recorre su espalda hasta los hombros.

—La mayor parte de los vínculos dejan una marca pequeña, como la tuya. Esto es lo que pasa cuando te vinculas con algo muy poderoso que ya no existe —confiesa con un hilo de voz.

Me coloco detrás de ella y deslizo la punta de los dedos por su marca y, por un segundo, veo aquella sombra que oscurecía el sol en mi sueño. Enorme, alada, enfadada con el mundo. Lleno de ira.

—Joder… Tú... —empiezo a hablar, pero las palabras se atascan en mi garganta—. ¿Estabas vinculada a un dragón?

Se encoge de hombros, como si no fuese nada.

No es posible. Los dragones se han ido hace mucho, para siempre. Al finalizar la Gran Guerra, el Consejo de Acero quemó sus nidos, borró cualquier referencia. El último de ellos murió en la batalla final de Vaelrhûn Drazakh. Azeriax, el último de su linaje, no cayó por la espada de un héroe, sino por el peso de los siglos, tras arrastrar consigo a un ejército entero en llamas. Lo leí una vez en la sección de libros prohibidos de la Academia. Supongo que los dragones eran demasiado peligrosos, demasiado inteligentes. Tenían que desaparecer.

—¿Fuiste una… fuiste una Velkharim? ¿De verdad montabas un dragón?

—Ahora lo sabes —murmura sin ponerse la camisa.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—¿Me habrías creído?

Niego lentamente con la cabeza y ella simplemente sonríe.

—No, supongo que no te hubiese creído —reconozco.

Capítulo 19

Caminamos unas seis horas hacia el norte antes de que la tormenta nos alcance.

El cielo se tiñe del color de la sangre vieja. No es el rojo brillante de un corte reciente, sino esa mezcla entre púrpura y negro feo que tan solo se ve cuando una herida se infecta. Drakena insistió en que podríamos ganar terreno si manteníamos el ritmo, pero nunca me lo creí.

Me aprieto más la chaqueta que le quité a uno de los Skarduun que nos atacaron. Ya no la necesitará más. Viene bien contra el frío y la lluvia, pero huele mal. A sudor y a humo.

Al principio, los truenos eran solo un rumor, los rayos pequeños destellos en el horizonte. Ahora, la cosa se ha puesto seria.

Cruzamos un campo de tocones ennegrecidos, cada uno marcado con runas antiguas que no reconozco. Drakena no aminora el paso, pero yo no puedo evitar detenerme a observar uno de ellos. Me pregunto si esas runas aparecen en alguno de los libros de texto de la Academia que nunca estudié. O si el Consejo de Acero decidió ignorarlas.

El viento aúlla, y tengo que correr para alcanzarla.

Me espera en el borde de una depresión poco profunda, medio agachada, explorando el lado opuesto como si esperase que en cualquier momento fuese a cambiar de color o algo así. El vínculo en mi antebrazo se contrae ligeramente.

—Ahí —anuncia, señalando con el dedo índice—. ¿Lo ves?

—¿Una colina?

Drakena pone los ojos en blanco mientras me limpio la lluvia de la cara en un intento de averiguar qué es lo que está señalando. Solo veo una colina, cubierta de hierba y musgo, pero decido seguirle el juego.

—¿Un búnker? —suelto sin pensar lo primero que se me ocurre.

Niega con la cabeza.

—¿A ti no te enseñaron nada en la Academia?

—Me enseñaron poco y no aprendí casi nada —reconozco, encogiéndome de hombros.

—Es demasiado viejo como para ser un búnker. Sin cicatrices de la guerra. Mira las grietas —insiste.

Miro de nuevo. El patrón está mal. No hay líneas rectas, solo una red de espirales que parece que se enrollan y se pliegan sobre sí mismas, como si fuesen el caparazón de algo que una vez estuvo vivo.

Drakena desenvaina la espada, pero no creo que sea porque espera problemas, más bien porque es su versión de un saludo. La hoja de acero brilla con cada rayo. Baja la pendiente con cuidado, acechando, sus botas chapoteando en el fango.

En la base de la colina o lo que sea, el musgo es más espeso, casi como una alfombra densa tejida con una docena de distintos tipos de líquenes y enredaderas. Drakena no duda; lo corta con la espada, arrancando tiras y arrojándolas a un lado. De pronto, el aire huele extraño, como a cementerio.

—Ahí. Ayúdame —indica, poniéndose en cuclillas.

Me agacho junto a ella. Ha despejado por completo un trozo de un tamaño algo más grande que la tapa de las alcantarillas de la ciudad, pero no es ningún metal. Es piedra, o tal vez algo más duro, resbaladizo y vidrioso. Mete la hoja de la espada por debajo, hacemos palanca juntas, pero nada.

El peso no es normal, pero la succión es peor; es como tirar contra el hambre de la tierra. Al tercer intento, la tapa salta, y una ráfaga de aire helado me golpea en el rostro como una bofetada.

El agujero baja al menos cinco metros y las paredes están revestidas de algo de color verde oscuro. En el fondo, veo más marcas. Espirales, puntos, líneas que se curvan, nada similar a las runas cuadradas del Consejo de Acero.

Drakena se deja caer y aterriza en silencio, sin hacer ruido.

—¿A qué esperas? Salta —gruñe.

—No pienso tirarme cinco metros —protesto, buscando algún otro modo de bajar.

—Gallina.

Ignoro su comentario mientras trato de buscar apoyo en unos peldaños resbaladizos que dudo mucho que hayan sido diseñados para los seres humanos.

Hasta que caigo.

Por suerte, Drakena me detiene antes de que mi cabeza acabe golpeando una roca. Con cada movimiento, nuestras botas crujen sobre los restos de algo que seguramente un día tuvo un propósito, pero que no tengo ni idea de lo que es.

A los pocos metros, una abertura: rectangular, los bordes nítidos, sin bisagras ni cerradura. Más allá, tan solo oscuridad.

—¿Qué coño es este lugar? —pregunto confusa.

—Quizá una trampa. Entra tú primero —propone.

Por un instante, me quedo desconcertada. De pronto, esboza una pequeña sonrisa en los labios y empieza a caminar. Cuanto más avanzamos, más cambia el aire. Aquí hace más calor, húmedo, y el olor pasa de tumba a otra cosa: a tierra húmeda y moho.

Llegamos a una cámara pequeña, apenas lo bastante grande para que nos podamos tumbar las dos. En el centro, un pilar de obsidiana tallado en forma de mano. Pero no es una mano humana. Esas garras no son de una persona.

Deslizo la punta de los dedos sobre la superficie. Es lisa, aunque bajo mi tacto las espirales brillan débilmente, una azul fantasmal que pulsa al ritmo de la tormenta que azota el exterior.

—Mira —susurro y Drakena sonríe.

Ella también acaricia el pilar de obsidiana y durante unos segundos, no ocurre nada. A continuación, la marca de nuestro vínculo se tensa de golpe y brilla ligeramente, arrancándome un suspiro.

La sala se llena de un zumbido bajo y armónico. No es música, no como la conocemos al menos, pero siento la vibración en mis dientes y en la parte trasera de mis ojos.

Drakena se ríe.

—Está vivo —masculla.

No estoy segura de si se refiere al pilar, a la sala, o la cosa que habita dentro de ella, pero me lo creo.

Sobre nosotras, chasquea un enorme trueno, lo bastante fuerte como para hacer que caiga polvo del techo. Rodea el pilar, raspando el musgo de la base con la bota.

—Mira, aquí. He encontrado algo —anuncia, retirando una capa de moho negro con la mano.

En la base de la estructura, hay una línea de texto. No es la escritura del Consejo. Es mucho más antigua.

—¿Sabes lo que dice? —inquiero, sacando mi cuaderno para intentar copiar los símbolos.

—Hace mucho tiempo que no lo había visto. Está muy borroso —se disculpa—. Reconozco un par de palabras: "recordad" e "hijos".

Por un brevísimo instante, siento un destello de su memoria. No son palabras. Son imágenes: fuego, el acero de la espada. Sangre. El sabor de la victoria.

Nos sentamos a esperar a que pase la tormenta.

Ahí fuera, el mundo se desmorona. Pero aquí, bajo esta extraña cúpula, casi se siente como si le llevásemos ventaja.

Capítulo 20

Aquí dentro, la tierra es vieja. No solo en años, sino en el modo en que todo se inclina como si estuviese cansado de mantenerse en pie.

Acaricio las paredes con la punta de los dedos y el frío sube por ellos hasta llegar a la marca de mi antebrazo. El vínculo se estremece un instante y, durante unos segundos, veo un recuerdo. No mío: la cúpula, vacía, luego llena de cuerpos, luego vacía otra vez, un destello de alas y dientes y humo.

Fuego y cenizas.

Sacudo la cabeza, tratando de concentrarme.

—¿Qué es exactamente esto? —susurro, porque por algún motivo pienso que permanecer en silencio es peor que hablar.

Drakena se encoge de hombros.

—Depende. Algunas de estas eran tumbas, otras eran templos. Todas muy antiguas. Todas fuera de los registros del Consejo de Acero. Mira aquí —insiste, creando en su mano una especie de pequeña llama que no emite calor.

Señala hacia una de las paredes. No se puede ver bien, gran parte de los dibujos están borrados. Pero capto la idea. Humanos. Cada figura está montada en un dragón. No en un wyvern, no en un híbrido del Consejo, sino un dragón. Enorme, alas extendidas, los ojos pintados de un color dorado que todavía destella a pesar de los años.

La visión me corta la respiración. Por un momento me quedo ahí parada, temblando, mirando hacia arriba a unos dibujos que deberían ser imposibles.

—Mintieron —digo al fin, y mi voz sale tan bajita que casi me da vergüenza.

Drakena se gira hacia mí.

—¿Quién?

—La Academia. El Consejo. Todos. —Me acerco más, trazando los contornos de la cabeza de un dragón con la punta de los dedos. Está fría al tacto, casi húmeda—. Dijeron que los dragones jamás se vincularon. Que eran criaturas salvajes que atacaban a los humanos. Otros decían que eran solo rumores y cuentos populares. Siempre quise creer que los jinetes de dragón existieron, pero en la Academia insistían en que eso fue algo que nunca ocurrió.

—La historia siempre la escriben los vencedores. Y muchas veces su versión ni siquiera es cierta —agrega.

—¿Por qué me estás enseñando todo esto?

—Supongo que, porque eres la única persona que he conocido en muchos años que quiere saber la verdad, no la versión que ha escrito el Consejo de Acero sobre lo que ocurrió en la Gran Guerra.

Drakena cierra el puño y la llama desaparece. Por un momento estamos a ciegas y, de pronto, recuerdo el hechizo. Luz de bruja, básico, del primer año de Academia, fracasé en cada uno de mis intentos.

Respiro hondo, me concentro, y susurro la palabra. A la tercera vez que lo intento, una esfera de luz fría y pálida florece en mi palma. Flota hacia arriba, bamboleándose hasta el techo.

El mural se extiende por toda la cámara. Los humanos están por todas partes, montando, luchando, muriendo, siempre al lado de los dragones.

Drakena observa la luz de bruja. Se ha sentado en el suelo, apoyando la espalda en la pared y parece divertida.

—Nada mal, ¿eh? Si al final resulta que vas a tener magia después de tantos años de intentarlo —ironiza.

Me siento junto a ella y rebusco lo poco que nos queda de comida. Compartimos la carne seca como si fuese un manjar. Supongo que es mejor que pasar hambre. De pronto, saca una pequeña botella y me la ofrece.

—Vino especiado —anuncia—. ¿Quieres?

Asiento. Bebo un trago, y el sabor es tan fuerte que me hace llorar los ojos.

Durante unos minutos, solo comemos y bebemos en silencio, dejando que la luz de bruja dibuje patrones raros en el techo.

Cuando se acaba el vino, Drakena se recuesta, cruzando las manos por detrás de su cabeza a modo de almohada.

—Cuéntame —digo, acostándome a su lado—. ¿Cómo es que acabaste en aquella prisión?

—Hace muchos años pertenecía a la Guardia Negra —suspira—. Cada uno de nosotros estaba vinculado con un dragón. No éramos jinetes de dragones propiamente dichos, esos vinieron más tarde. Éramos guerreros de élite. Entrenábamos en las artes antiguas. Día y noche. No teníamos nombres, solo apodos.

—¿Qué cambió?

Se encoge de hombros.

—Supongo que nos volvimos demasiado peligrosos y el Consejo decidió cazarnos uno por uno en el comienzo de la Gran Guerra. Teóricamente, en esa época teníamos una alianza con ellos, aunque en algún momento decidieron que podíamos llegar a ser una amenaza.

—¿Por qué te dejaron vivir?

—No lo hicieron. Simplemente no me morí.

La luz de bruja flota más bajo, entre nosotras. El vínculo zumba, y por un momento, siento su memoria otra vez. El olor de la sangre, la felicidad absoluta de volar sobre un dragón. El modo en que le tembló la mano cuando mató por primera vez a alguien, todavía siendo una niña de nueve o diez años. La tristeza devastadora al ver morir a su criatura.

Y, por primera vez desde que la conozco, siento lástima por Drakena.

Capítulo 21

Me despierto en lo más profundo de la noche. En esa hora en la que cada sombra se hace más peligrosa, aunque se suponga que estoy a salvo bajo techo.

La luz de bruja que había creado ya se ha extinguido, seguramente hace un buen rato. No hay sonidos, excepto el de la tormenta que todavía llega amortiguada mientras golpea las rocas sobre nosotras y el goteo ocasional de agua en algún lugar de las ruinas.

Drakena está despierta. No puedo verla, pero sé que me observa. Cuando mis ojos se acostumbran a la oscuridad, la veo. O al menos su sombra. Está sentada en el suelo, la espalda siempre pegada a la pared, los brazos alrededor de las rodillas. En la misma postura en la que estaba en aquella celda la primera vez que la vi. No hablo. Solo me siento junto a ella.

—No podía dormir —admito, aunque ni siquiera sé por qué le doy explicaciones cuando no me las ha pedido.

—Yo tampoco.

—Tú nunca duermes.

Solamente se encoge de hombros.

Me pego más a la pared y nuestros hombros se rozan, pero ninguna de las dos se mueve. El vínculo zumba bajo mi piel. Una vibración extraña, una necesidad, una fuerza que me atrae más cerca de ella, lo quiera o no.

Cedo y apoyo la cabeza en su hombro, con cuidado al principio, como calibrando si le molesta el contacto. Pero Drakena no se aparta, todo lo contrario, gira el cuello para besar mi frente.

Nos quedamos así, sentadas, en silencio, sin movernos, durante un buen rato. Simplemente, escuchando la tormenta que resuena en el exterior.

—¿Sabes lo que más me jode de todo esto? —susurro contra la piel de su cuello—. Que debería estar cagada de miedo solamente por estar a tu lado.

—¿Y no lo estás?

—No. Y eso es lo que me asusta de verdad. Es que ahora mismo, ni siquiera te odio. Bueno, no del todo, solo un poco.

No veo su sonrisa, pero la siento.

—Eres valiente, Aeris Velmara —musita.

Alzo la mirada y sus ojos grises tienen esa vulnerabilidad que solo he visto cuando piensa que nadie la mira. Como si fuese una máscara que se le ha acaba de resbalar sin darse cuenta.

Aparto un mechón de pelo de su cara para colocarlo detrás de la oreja, dejando quizá que el dorso de mis dedos se detenga algo más de lo necesario sobre su piel.

—No tienes que... —susurra.

—No tengo que… ¿qué?

—Fingir que no te apetece.

—¿Te funciona ese tipo de cosas a la hora de ligar? —pregunto enfadada—. No sé, porque me parece que te lo tienes bastante creído, ¿sabes? A ver, no digo que estés mal, ni nada de eso. Tengo que admitir que ese cuerpo de asesina loca está muy bien. Y los ojos grises. Vale, y quizá ese aire misterioso tiene su punto, pero, aun así…

—Aun así, lo estás deseando —susurra.

Dejo escapar un largo suspiro. En estos momentos, la odio, porque en el fondo, tiene razón. Esto es una puta locura. Estoy en una tumba antigua, deseando follarme a una asesina psicópata que puede crear fuego con las manos y que asegura estar vinculada a un dragón que murió hace más de cien años.

Mi madre estaría muy orgullosa de mí.

—Creo que a tu madre le habría gustado saber que su hija no se rinde fácilmente —suelta de pronto, helándome la sangre.

—¿Escuchas mis pensamientos?

—No con palabras, ya te lo he dicho, pero cuando te excitas, gritas las imágenes de lo que estás pensando —explica con calma.

—Joder —suspiro—. Además de la parte de mi madre… ¿has visto alguna imagen más?

No responde. Al menos no con palabras, sí con gestos. Se gira, coloca una mano en mi nuca y me besa sin previo aviso. No es un beso lento, ni tierno. Es un beso desesperado, el tipo de beso que darías si no estás segura de que tendrás otra oportunidad.

Muerde mi labio inferior, recorre el contorno de mi boca con la punta de su lengua, busca la mía, y no puedo evitar que se me escapen algunos gemidos que no logro retener. Su mano libre se desliza por debajo de mi camisa, acariciando la piel desnuda de mi espalda, lentamente, con cariño, como si quisiera memorizar el tacto de mi cuerpo bajo sus dedos.

—Joder —jadeo, buscando sus pechos sin dejar de besarla.

Me desnuda con prisas, aunque no me resisto. Poco a poco, la ropa va cayendo al suelo a nuestro lado y sus manos trazan mis costados con delicadeza antes de inclinarse para besar mis pezones. Los endurece con la punta de la lengua, hace círculos alrededor de mi areola, los succiona entre sus labios y yo tan solo consigo quedarme ahí, quieta, gimiendo como una tonta, dejando que mi espalda se arquee mientras Drakena me vuelve loca de deseo.

Tiene que ser el dichoso vínculo, ese que ha creado sin mi permiso, porque esto no es normal. Cada roce, cada caricia de sus manos en mi piel consigue que todo mi cuerpo se estremezca.

Drakena se separa de mí brevemente para quedarse desnuda. Es hermosa de un modo brutal: runas antiguas, cicatrices, pechos perfectos rematados por unos pequeños pezones que apetece besar hasta el fin de los tiempos.

—No pareces real —suspiro.

Coge mi mano y la lleva hasta su pecho izquierdo. Su corazón late con fuerza bajo mi palma.

—Esto es real —murmura con una ligera sonrisa—. Todo lo demás es mentira.

Deslizo la punta de los dedos por su piel, deteniéndome en una vieja cicatriz en forma de luna creciente justo debajo de su clavícula antes de sentarme a horcajadas sobre sus piernas.

—Dime si soy demasiado brusca —jadea mientras aprieta mis nalgas para atraerme hacia ella.

No respondo, solo espero que mis gemidos le indiquen que todo está sencillamente perfecto. Pronto, me encuentro cabalgando sobre sus dedos, con las manos en sus hombros, echando la cabeza hacia atrás, seguramente gritando más de lo que sería conveniente. Pero no me importa. Nadie nos va a escuchar en este lugar.

—Joder, Drakena —jadeo, sujetando su muñeca para mantenerla justo ahí—. No te detengas.

La sensación es intensa, casi demasiado. El modo en que curva los dedos dentro de mí, como si supiese exactamente el punto en el que debe presionar, me vuelve loca y, cuando empieza a acariciar mi clítoris con el pulgar, la combinación es absolutamente perfecta. Clavo los talones en el suelo de piedra, arqueo la espalda, y el orgasmo me golpea como un rayo.

Grito su nombre mientras cada músculo de mi cuerpo se tensa y a continuación se derrite. Curvo los dedos de los pies al tiempo que olas de placer recorren mi cuerpo, estremeciéndose contra los dedos de Drakena que aún permanecen dentro de mí.

—Madre mía —jadeo, tratando de que mis pulmones recuperen el aire.

Sonríe antes de meterse los dedos en la boca y lamerlos de un modo que consigue que todo mi cuerpo se encienda de nuevo.

Se levanta y, por un instante, creo que se va a alejar, pero no lo hace. En su lugar, se monta en mi muslo, frotándose y dejando un reguero de excitación sobre mi piel.

—Ven aquí —ordeno, colocando una de mis piernas sobre la de ella.

Desliza su sexo sobre el mío, creando una fricción maravillosamente excitante. Está empapada, y el calor que desprende me vuelve loca mientras encontramos un ritmo perfecto.

—Déjate llevar —suspiro.

—No soy buena en dejarme llevar —reconoce entre jadeos.

—Inténtalo —insisto, pegando un pequeño azote en su culo.

Se tensa un instante y, a continuación, lentamente, se relaja contra mi cuerpo, su sexo resbalando sobre el mío de nuevo, perdiéndonos en una sinfonía de gemidos y jadeos.

Drakena se frota con una desesperación que es casi primaria. Su respiración se vuelve errática y cuando alcanza el orgasmo es intenso, pero silencioso. Una exhalación entrecortada, un gemido largo y suave.

—Aeris —jadea, y el vínculo pulsa tan fuerte bajo la piel de mi antebrazo que casi pierdo el conocimiento.

Se tumba en el suelo y me coloco sobre ella, besando su cuello mientras peina mi melena entre los dedos, esperando que nuestros corazones se calmen.

Estira una mano y coloca su capa sobre nuestros cuerpos con una delicadeza que me desarma. Es áspera, pero cálida. Y huele como ella. A humo y a peligro.

—Duerme —susurra, besando mi cabeza.

Me acurruco contra su cuerpo y la abrazo y creo que, por primera vez en años, me siento completamente segura.

El mundo puede acabarse mañana. Esta noche, estoy bien con ella.

Esta noche, es suficiente.

Capítulo 22

El frío intenso del amanecer me golpea como una bofetada de hielo en la cara.

Abro los ojos con cautela, y me encuentro abrazada a Drakena, con la cabeza reposando contra su pecho y su brazo derecho acariciando mi espalda, nuestros cuerpos casi pegados por el sudor de la noche. Durante un instante, pienso que me gustaría quedarme exactamente así, fingir que el mundo de ahí arriba no existe, creer que aquí, en esta cripta subterránea, tenemos todo lo que necesitamos. Que el Consejo de Acero no nos persigue. Pero nada de eso es cierto.

Ella ya está despierta, por supuesto, con la mirada fija en el techo donde los dragones del mural nos observan con ojos muertos.

Ruedo fuera de su abrazo, rebuscando entre nuestras cosas algo de comer, pero apenas queda nada. Las raciones se han reducido a un puñado de fruta seca. Drakena se sienta, sigue completamente desnuda, no se molesta en cubrirse, solo me observa como si fuese algún animal lento al que debe pastorear hacia el norte.

—Come lo que queda. Lo necesitas más que yo —ordena.

Y lo hago. El azúcar golpea mi torrente sanguíneo y, durante unos minutos, siento que quizá no moriré hoy.

Cuando salimos de nuestro improvisado refugio, el mundo parece diferente. La tormenta ha desnudado parte de la colina, derribando arbustos y árboles. El cielo ha adquirido un color casi violeta que consigue que se me ericen todos los pelos de la nuca.

Las Montañas del Norte están cerca ahora. Las hemos visto durante días a lo lejos, pero esta es la primera vez que parecen reales: un muro de dientes rotos, cada pico envuelto en

una niebla tan densa que parece sólida. Son más altas de lo que la propaganda del Consejo de Acero las pinta.

No hay sendero, tan solo una secuencia de paredes rocosas menos verticales que las otras que, por algún motivo, Drakena parece conocer. No reduce el ritmo, ni siquiera para comprobar que sigo detrás de ella y no me he caído al vacío.

—¿Alguna vez has pensado en hacer esto un poco más despacio? —protesto entre jadeos—. Ya sabes, para que los humanos como yo podamos seguirte. O al menos darme algún poder. Tenía la esperanza de que, tras lo de anoche, ya sabes, tendría esta mañana más energía, pero nada, yo continúo igual. Sigo pensando que como criatura mágica para vincularse, dejas mucho que desear, seas lo que seas.

—El mundo no espera a los lentos —responde sin mirar atrás.

—Ya, qué poética. ¿Lo sacaste de un libro de la Academia?

Quiero odiarla, pero estoy demasiado ocupada tratando de no vomitar por el esfuerzo.

Por fin, alcanzamos una cornisa que parece ser el único terreno plano en kilómetros a la redonda. Aquí arriba, el viento es un grito constante, tira de todo lo que no está clavado al suelo. Me desplomo contra una roca, los pulmones ardiendo mientras trato de recuperar el aliento.

—Agua —gruñe, señalando con el dedo.

Un pequeño arroyo corta la roca, claro como el cristal. Prácticamente, me arrastro hasta él y bebo el agua helada hasta que me duelen los dientes antes de llenar mi cantimplora.

Drakena me trae las bayas de unos arbustos cercanos. Están deliciosas, o quizá es que con el hambre que tengo podría comer cualquier cosa. Por unos instantes, me permito incluso tener esperanza.

Y entonces el suelo se mueve.

No es un terremoto. Ni siquiera un temblor. Es más como si la roca se hubiese puesto a respirar de pronto. La cornisa cae unos metros delante de nosotras y luego vuelve a subir.

Tropiezo y casi pierdo la cantimplora. Drakena se queda inmóvil, haciéndome una seña para que haga lo mismo que ella, aunque lo único que quiero en estos momentos es echar a correr. No sé dónde, pero echar a correr.

Ocurre de nuevo, más fuerte esta vez. Los guijarros a nuestros pies empiezan a moverse, pero no cuesta abajo, cuesta arriba, como si una fuerza más potente que la gravedad les estuviese reclamando.

Se agrupan.

Primero en pequeños montones, luego más grandes. Tiemblan, a continuación, se deslizan juntos, fusionándose en pequeñas rocas, más tarde en grandes piedras. La colina entera se estremece y algo gigantesco se alza frente a nosotras.

—Es un Elemental. El guardián de la montaña —explica Drakena, como si encontrarse con uno de estos seres fuese algo que le ocurre a menudo.

—Joder, joder, joder —murmuro, retrocediendo—. Mierda, vamos a morir.

Nunca había visto uno. Nadie lo ha hecho, en realidad. Al menos, no fuera de los libros de la zona prohibida de la biblioteca. La cosa es una abominación: un desprendimiento viviente de rocas, quizá de unos cinco metros de altura. Ha tomado prestadas para formarse piedras, tierra, árboles y los huesos de cualquier cosa lo bastante desafortunada como para quedar atrapada durante su última siesta.

Se levanta muy despacio y el ruido es infernal. Roca moliendo contra roca, árboles partiéndose a la mitad, tierra deslizándose por su cuerpo. Dos agujeros se abren cerca de la cima, y un par de luces ámbar cobran vida, como los ojos de un dios muy viejo y muy cansado.

Posiblemente, también muy enfadado.

Nos mira. Levanta un enorme pie como para pisotearnos y me debato entre cerrar los ojos y prepararme para morir o salir corriendo colina abajo, confiando en que tenga muy mala puntería cuando me lance piedras.

—Ni se te ocurra moverte —susurra Drakena, aunque yo ya estoy paralizada de miedo.

El Elemental da un paso hacia delante y la cornisa tiembla tan fuerte que me caigo de culo. Ahora ya estoy completamente segura de que así es como muero. Al final, no será de hambre, ni porque Drakena se vuelva loca y decida que ya no le sirvo para nada. Ni siquiera ejecutada por el Consejo de Acero.

Moriré aplastada por una montaña que camina.

—Supongo que no puedes hacer eso de sacar llamas y quemarle, ¿verdad? Al menos, ¿podrías asustarle un poco? —siseo.

—No seas tonta. No serviría de nada —murmura.

El Elemental se detiene a tres metros de nosotras. Se inclina, las luces ámbar que tiene por ojos se estrechan. El suelo a los pies de Drakena se agrieta. Pero ella no se mueve.

Debería correr. Empujarla. Debería hacer cualquier cosa, excepto lo que hago; quedarme ahí parada como una idiota, observando cómo mata primero a Drakena y más tarde a mí.

La criatura levanta un enorme brazo, abre la mano y señala directamente hacia el pecho de Drakena.

Entonces se inclina.

Pero se inclina del todo. Primero, juraría que hace una especie de reverencia o saludo; a continuación, va desapareciendo lentamente en el suelo hasta mimetizarse con la montaña.

—Me cago en la puta, joder —mascullo entre dientes—. ¿Ahora qué ocurre? ¿Es una especie de trampa?

—Nos deja pasar —anuncia Drakena, sin darle ninguna importancia.

—Vale, esto es nuevo —protesto—. Creo que me perdí esa clase en la Academia.

La roca donde hace un momento estaba la enorme criatura de piedra se abre de pronto. Aparece un paso por el que apenas puede caminar una persona, pero que atraviesa la montaña de lado a lado. Drakena hace una reverencia, gruñe

algo en un idioma que no conozco, y me hace una seña para que nos adentremos en la grieta.

—Vale, ¿ese quién es? ¿Un primo tuyo o algo así? —ironizo, mirando nerviosa hacia atrás por si cambia de opinión y decide cerrar la montaña.

—Ya te lo he dicho, es el guardián.

—Odio que no me des explicaciones. ¿Qué hay al otro lado? —insisto.

—La verdad —responde—. O la muerte. A veces son lo mismo.

—¿Y por qué nos dejó pasar?

—Quizá me recuerda. O quizá, simplemente, hoy es tu día de la buena suerte.

—Yo no tengo buena suerte —protesto—. Joder, me ayudaría mucho que me dijeses de una vez lo que eres. Pero de verdad.

—Ya te lo he dicho, solo que no me crees —responde sin más.

—Vete a la mierda, Drakena. Eres algún tipo de criatura mágica con forma humana que te guardas los poderes para ti sola, sin compartirlos conmigo, y eso es una mierda, deja que te lo diga. Y encima me cuentas una historia de que estabas vinculada a un dragón que murió hace ciento cincuenta años. Ya tendrías que estar peor que muerta.

—Quizá soy tan solo un error del universo que, de algún modo, sigue respirando —suspira.

Capítulo 23

Pero el túnel no sigue siendo un túnel durante mucho tiempo. No hay transición, no hay aviso, se convierte de pronto en una franja de granito agrietado que conecta con la siguiente montaña. Lo suficientemente ancha como para que quepan poco más que nuestras botas.

Me quedo paralizada, mirando hacia abajo. No hay nada. Ni pendiente, ni valle, nada. Solo una caída vertical hacia las nubes y probablemente, el infinito.

—Muévete —ordena sin mirar atrás, mientras cruza con los brazos extendidos para mantener el equilibrio.

Considero mis opciones. Si me doy la vuelta, no solo me quedo sola, sino que me encontraré a esa enorme criatura de piedra que quizá no será tan amable esta vez. Así que me muevo. Piso el borde, primero con las puntas de los pies, mis manos raspando la pared en busca de algo a lo que agarrarme. Cada apoyo es una apuesta, una pequeña negociación entre la gravedad y mi muerte. Mi respiración sale en bocanadas cortas.

—¿Sabes qué? —jadeo—. Cuando dijiste que esto era un atajo, pensé que sería, no sé, un sendero o algo así. Con suelo. Ya sabes, esa cosa sobre la que normalmente camina la gente normal.

—La gente normal no llega donde vamos nosotras —gruñe—. Las patrullas que nos hemos encontrado hasta ahora del Consejo de Acero eran simples experimentos para saber si todavía podía defenderme. Conociendo a Voren, todo un ejército está ya cruzando las Montañas del Norte para interceptarnos. Habrán salido justo cuando nos escapamos de la prisión, solo que no pueden cruzar por aquí, el Elemental les destrozaría. Deben rodear todo el valle y eso les retrasará al menos una semana.

Eso que dice no me tranquiliza lo más mínimo. En todo caso, me pone mucho más nerviosa. Estoy a punto de responder cuando piso un trozo de pizarra suelta y mi pierna derecha cede.

Me sujeta por el antebrazo, pero antes de fijar las botas al suelo, tiro de ella sin querer y cae.

No es una caída elegante, como esas que se describen en algunos libros. Su bota izquierda resbala, la rodilla golpea la roca, y su cuerpo se balancea sobre el borde como un péndulo roto. Intenta agarrarse a la pared, pero el guante patina sobre la escarcha.

No pienso. Solo me lanzo.

Atrapo su muñeca con la mano derecha y el impulso casi me arrastra también. Me agarro a un trozo de raíz que sobresale de la pared rocosa y el dolor en mi hombro es instantáneo, como si alguien me hubiese clavado un hierro candente. Por un instante, estoy segura de que nos precipitaremos ambas al vacío.

—¡Joder, Drakena! —chillo—. ¿Cuánto pesas? ¿Has estado comiendo rocas a escondidas?

—No es el momento para tus chistes de mierda —gruñe —. ¡Concéntrate en el vínculo! ¡Busca su poder!

Lo hago, pero no encuentro poder, solo sus pensamientos. No tiene miedo, solo siente decepción. Es un estallido crudo, sin filtrar, aparece con claridad en mi mente, en plan: "joder, no puedo morir así".

La raíz empieza a soltarse. Tiro con todo lo que tengo, pero la pared comienza a ceder y pequeños copos de granito giran hacia el vacío. Drakena se retuerce, trata de encontrar un apoyo sin lograrlo.

—¡Concéntrate en el vínculo de una vez, joder! —grita de nuevo.

Entonces lo siento: una sacudida en el pecho, como una inyección de adrenalina directa al corazón. El vínculo se ilumina como si fuese algún tipo de antorcha defectuosa, y me doy

cuenta: puedo mover energía a través de él. No sé cómo coño funciona, no tengo ni la menor idea, pero empujo.

Empujo todo lo que tengo hacia Drakena. El agotamiento, el miedo, hasta el azúcar de las bayas que he comido hace un rato. Por un instante, estoy segura de que voy a desmayarme. Aparecen unas manchas negras en mi visión y empiezo a verlo todo borroso. Pero la mano de Drakena se dispara hacia arriba, más fuerte ahora, consigue agarrarse a un saliente en la roca y tira de mí, arrastrándome con ella.

Nos desplomamos en la cornisa, jadeando, temblando. Ruedo sobre mi espalda, y se me escapa una risa histérica mientras alzo los ojos al cielo azul. Drakena simplemente permanece sentada, los ojos cerrados y su orgullo medio roto.

—¿Estás bien? —pregunto cuando recupero suficiente aire como para formar palabras.

Abre un ojo y me fulmina con la mirada.

—Podías haber muerto.

—Ya, de nada, gilipollas. La próxima vez te dejo caer.

Sacude la cabeza, pero a través del vínculo veo que no está enfadada. Solo... alterada de algún modo. Estira la mano y coge la mía. La aprieta ligeramente, me mira de nuevo y sonríe.

—Me has salvado la vida —admite al fin, aunque parece que le cuesta sacar las palabras.

—Sí, bueno, era eso o ver cómo te convertías en una mancha roja allí abajo. No es que me importes ni nada de eso, no te hagas ilusiones, pero básicamente eres mi mejor apuesta para no morir sola en estas montañas de mierda.

—Qué romántico —dice con sequedad, pero aprieta mi mano antes de soltarla.

No hablamos durante un buen rato. Simplemente, nos levantamos, sacudimos el polvo de la ropa, y seguimos adelante. Al anochecer, ambas estamos medio muertas de cansancio, pero la cresta se abre de pronto en un saliente. Es hermoso del modo que lo son casi todas las cosas peligrosas, un poco como Drakena; una forma letal de belleza.

—Estas son las mejores vistas a las Montañas del Norte —anuncia, señalando con el dedo índice.

—Genial —mascullo entre dientes—. Siempre quise morir con buenas vistas.

—No seas dramática.

—¿Dramática? Te recuerdo que casi nos matamos hace poco más de una hora. Creo que tengo todo el derecho a ser dramática —protesto—. ¿Sabes qué? En el fondo, era muy feliz limpiando la mierda de los suelos de la Academia.

—No, no lo eras. Ven aquí —indica, haciendo una seña para que me siente a su lado.

Coge un palo y dibuja sobre la tierra tres círculos concéntricos, a continuación, una línea que los atraviesa todos.

—Esto somos nosotras —anuncia, señalando el anillo más interno con el palo—. El vínculo es la línea. Si te concentras, puedes controlar lo que pasa a través de ella.

Observo el dibujo sin comprender, inclinando la cabeza como un cachorro confundido.

—Si dejas entrar demasiado, te quemas. Si lo bloqueas, no avanzas y posiblemente te acabaría matando. El truco está en poner particiones. Decidir qué quieres compartir y qué guardar para ti.

Me clava la mirada, y hay algo casi tierno en su expresión.

—Lo hiciste antes, en el acantilado. Enviaste tu fuerza. Solo tienes que empezar a controlarlo. Cuanto más fuerte sea la emoción que sientes, más fácil es, por eso lo conseguiste hace un rato.

—¿Porque pensaba que íbamos a morir?

—Exacto. Dame la mano. No lo fuerces, solo escucha.

Me concentro en su mano: en las cicatrices de los nudillos, en la fuerza de sus dedos. Lentamente, mi respiración se sincroniza con la suya.

Siento su calma asentarse. Es extraño, sentir las emociones de otra persona de una manera tan clara, pero

también... reconfortante. Es como no estar sola dentro de mi propia cabeza por primera vez.

—¿Ves? —dice muy bajito—. Estás aprendiendo. No dejes que nadie te diga que eres una inútil, porque eres especial, Aeris Velmara.

Me gustaría hacerle un millón de preguntas, pero me hace una seña para que descansemos, insistiendo en que mañana nos espera un día muy duro.

Nos tumbamos en el suelo, pero esta vez, no mantenemos la distancia.

—¿Sabes? —susurro—. Para ser una psicópata asesina, no eres tan mala compañía.

Drakena no responde, se gira hacia mí y sonríe antes de cerrar los ojos. Observo sus cicatrices, un mapa de todas las batallas a las que ha sobrevivido. Quizá algún día le pregunte por ellas.

Cierro los ojos y siento su latido, constante y lento. O está dormida, o finge estarlo, pero lo hace muy bien.

Antes de que pueda darme cuenta, el sueño me atrapa, aunque no es mi sueño. Lo sé porque no son mis manos las que están llenas de sangre, son las de Drakena. El campo de batalla se extiende hasta el horizonte, un mar de armaduras negras del Consejo de Acero, de las que solo aparecen ya en los libros de historia y en los museos, de las que solían llevar hace más de un siglo, todas brillando bajo un sol que se tiñe de rojo como un mal presagio.

Se mueve entre ellos como la muerte personificada. Su espada corta el aire y los cuellos con la misma facilidad, no distingue entre metal y carne. Un soldado intenta suplicar, las manos alzadas, pero ella le atraviesa el pecho sin dudar. Otro corre, y una bola de fuego le alcanza en la espalda, convirtiéndole en una antorcha humana que grita mientras se retuerce en el barro.

Siento su mente. No hay rabia, no hay satisfacción. Solo una terrible claridad. Mata porque es necesario. Mata porque es lo único que sabe hacer bien. Mata porque si se detiene,

aunque sea durante un segundo, recordará que cada uno de estos hombres tiene un nombre, una familia, una historia que está borrando para siempre, por mucho que hayan sido enviados por el Consejo de Acero.

El cielo se oscurece y una enorme criatura alada tapa el sol. Cuando ruge, los soldados supervivientes se tiran al suelo, aterrados, alguno de ellos llorando como un niño. El dragón escupe fuego, pero no es el fuego limpio de una hoguera. Es líquido, pegajoso, se adhiere a todo lo que toca y lo consume por completo. Observo a un hombre intentar quitarse la armadura mientras arde, pero el metal se funde con su piel antes de morir.

La Drakena del sueño levanta la vista hacia el dragón, y por un instante, soy consciente de sus sentimientos: conexión total, dos almas que son una. Pero también siento el peso. Cada muerte que provoca el dragón también es suya. Cada grito de agonía resuena en sus oídos. Está matando al mundo que conoce y salvándolo al mismo tiempo, y esa paradoja la está rompiendo por dentro.

Me despierto envuelta en sudor. Con el corazón acelerado y las manos temblando. Drakena sigue a mi lado, dormida o fingiendo estarlo, o quizá simplemente descansando. La observo y trato de reconciliar a esa mujer que me salvó la vida hace unas horas con el monstruo del sueño.

—¿Qué eres? —digo para mí misma—. ¿Un monstruo que a veces hace cosas buenas o una buena persona a la que han convertido en un monstruo? ¿O algo peor: una mujer que eligió convertirse en monstruo porque era la única forma de sobrevivir?

El vínculo pulsa suavemente, y por un instante, juraría que siente mi pregunta. Su frente se arruga ligeramente, como si estuviese discutiendo con alguien que no puedo ver.

Tal vez no importa lo que un día fue. Tal vez solo importa lo que elija ser a partir de ahora.

Pero mientras el sueño vuelve a reclamarme, no puedo sacudirme la imagen de los soldados desapareciendo entre las

llamas, ni la terrible claridad en los ojos grises de Drakena mientras mataba y mataba, como si cada muerte fuese una oración a un dios que dejó de escuchar hace mucho tiempo.

Capítulo 24

En esta cordillera, el viento helado parece tener algo personal contra mí.

Mis dedos están entumecidos, apenas siento los pies y hasta creo que hay escarcha incrustada dentro de mi nariz. Drakena no se queja. Simplemente, sacude el hielo de sus botas de vez en cuando o me dedica una de esas miradas que me dicen: "¿qué esperas para seguir avanzando?", sin necesidad de palabras.

—Ya casi estamos llegando —anuncia de pronto.

—Llegando, ¿dónde?

—Ya lo verás —es la única explicación que recibo. Típico de Drakena.

Cada vez que miro hacia abajo, es como si el mundo hubiese desaparecido, como si se lo hubiesen tragado las nubes.

De pronto, llegamos a una cascada, no, dos. El sonido es tan fuerte que ahoga cualquier pensamiento, algo que, en el fondo, no está mal del todo. Entrecierro los ojos y observo una cornisa justo encima de la caída principal, verde con musgo y… algo más.

Movimiento.

Hay figuras moviéndose entre las sombras. Eso, o la altitud empieza a gastarle bromas a mi cerebro.

—¿Ves eso? —susurro, señalando con el dedo—. Allí arriba.

—El Santuario del Último Vuelo —responde Drakena, como si no conocerlo me convirtiese en una estúpida—. O lo que queda de él.

—Joder, pero ¿hay gente ahí arriba?

—No exactamente gente —murmura, poniéndome la piel de gallina.

Drakena no duda. Elige un camino de roca húmeda que grita a voces y en mayúsculas la palabra "peligro". Me encojo de hombros y la sigo, menos "cabra montés" y más "saco de carne que se va a caer rodando montaña abajo al más mínimo resbalón".

El agua de la cascada empapa mi abrigo y me hace tiritar de frío, pero cuanto más nos acercamos, más puedo oler la vida. Madera quemándose junto a algún tipo de hierba que me recuerda al viejo invernadero de la Academia, antes de que se quemase del todo de manera accidental.

Por un segundo, sus ojos brillan con un gris azulado. Luz de bruja, o solo un truco del sol, no sabría decirlo. El caso es que palpa la pared de roca y se mete de lado por una grieta que parece demasiado pequeña para un ser humano, pero está al otro lado antes de que pueda empezar a hacer algún comentario sarcástico.

—¿En serio? —protesto—. ¿Esperas que me meta por ahí? En la Academia me decían que tengo la cabeza un poco grande y…

—Si te quedas aquí sola, morirás —me corta.

—Ya, y si se me atasca la cabeza, también —gruño mientras cierro los ojos y trato de no pensar en lo que podría ocurrir.

El otro lado es un túnel, pero no como las criptas o cuevas que hemos estado usando para evitar morir congeladas. Este es casi acogedor. Está caliente y al fondo brilla una luz tenue.

—Vale, ¿qué coño es este lugar?

—El último refugio de los que el Consejo de Acero consideró... inadecuados. Gente proscrita que debe esconderse para sobrevivir en un lugar en el que no debería haber vida —explica Drakena mientras avanzamos.

Seguimos el túnel hasta que llegamos a una gran puerta de acero. Drakena hace el mismo truco que antes con los ojos. Se iluminan con un tono gris azulado y la puerta se abre.

Y lo primero que veo es el color.

Color real, no los tonos apagados de las ciudades del Consejo de Acero, sino una explosión de verde, naranja y amarillo. Incluso me cuesta procesarlo al principio. El aire huele a pan, a madera quemándose y a comida.

Por un instante me olvido de cómo respirar.

—Joder, me cago en la puta —suspiro.

Abajo, frente a nosotras, hay todo un pueblo. No, una auténtica ciudad, solo que parece estar hecha por gente que odia los ángulos rectos. Las casas están talladas directamente en la pared de roca, apiladas en varios niveles y unidas por puentes de cuerda y madera. Pequeñas luces de bruja flotan en el aire, parpadean en sombras naranja y púrpura. Otras azules.

Pero pronto me doy cuenta de que algunas cosas no cuadran. Las personas aquí... ni siquiera estoy segura de que "personas" sea la palabra correcta.

—¿Qué coño les pasa a toda esta gente? ¿Es alguna enfermedad? —pregunto, tratando de no mirar fijamente—. No será nada contagioso, ¿no?

—Son como nosotras —responde Drakena con esa voz calmada que a veces me desespera—. Tocados por vínculos que el Consejo de Acero no aprueba.

Hay gente de todas las edades. Niños, ancianos, jóvenes, aunque todos tienen marcas: no son los tatuajes de vínculo mágico ordenados y aprobados por el Consejo, sino espirales, remolinos, crecimientos extraños que pulsan o mutan mientras miro.

Algunos tienen pelo que brilla o cambia de color, otros los ojos demasiado grandes para sus cráneos. Un tipo que me mira con curiosidad desde un puente parece tener cola.

—Joder, no me gusta este lugar. Mejor nos vamos de aquí cuanto antes. ¿Has visto ese hombre de allí?

—Es un vínculo mal formado con una criatura serpentina —explica Drakena—. El Consejo les llama abominaciones. Les dan caza para matarlos. Aquí les llaman vecinos.

La multitud apenas nos mira. Ni siquiera se inmutan. Es como si hubiesen visto de todo en la vida y lo único que les

sorprende es lo poco que intentamos encajar.

Cruzamos un puente de cuerda que se balancea como si nuestro deseo fuese morir.

—Si me caigo, o me ocurre algo en este lugar, te juro que te perseguiré como fantasma mientras vivas —murmuro, agarrándome con fuerza.

Al otro lado del puente hay una plaza central, o algo parecido a eso, al menos. Está abarrotada. Hay puestos de mercado que venden la mierda habitual; fruta, pescado, pequeñas estatuillas de dioses antiguos o criaturas mágicas talladas en madera. Pero también cosas más raras. Viales de sustancias brillantes, tiras de lo que parece piel conservada, manojos de algo que se retuerce por su cuenta.

Uno de los puestos está atendido por un adolescente con la piel translúcida, tan delgada que se pueden ver los capilares y los músculos. Pero esa ni siquiera es la parte más rara.

Tiene una cosa dentro de él.

No es un parásito, tampoco un gusano, sino una forma: larga y negra, moviéndose rápido por sus venas. Cuando me pilla mirando, sonríe.

—Es una anguila de Nerith —explica—. Puedo conseguirte una, si quieres.

Agito las manos en el aire con las palmas abiertas, esperando no ser demasiado descortés, pero no pienso meterme eso en el cuerpo ni aunque me obliguen.

—¿Qué coño era eso, Drakena? —siseo cuando estamos lo suficientemente lejos para que no nos escuche.

—Un vínculo simbiótico. La criatura vive dentro, él obtiene habilidades únicas. Ambos salen ganando, excepto si te pilla el Consejo de Acero. Entonces te ejecutan sin que nadie se entere.

Está atardeciendo y el pueblo se ilumina. Cada ventana tiene una chispa flotante de varios colores, pero que de algún modo se complementan. El aire se llena de un aroma a carne asada y mi estómago gruñe. Hace demasiados días que no comemos bien. También hay música, no la basura ceremonial

que escuchábamos en la Academia, música de verdad. Gente de todo tipo que se ha unido para cantar alrededor de una gran hoguera.

Nos sentamos junto a ellos y nadie pregunta quiénes somos o por qué estamos aquí. Simplemente, pasan el vino y la carne como si fuésemos familia.

Drakena parece relajada por primera vez desde que escapamos de la prisión.

—Este lugar es increíble —murmuro, acercándome a ella para que nadie me escuche.

Sonríe y coge mi mano. Me acaricia la palma con el dedo pulgar y siento el vínculo en mi antebrazo pulsar con una extraña energía. También un cosquilleo en la parte baja de mi vientre que no tiene nada que ver con la magia.

—Es el hogar de aquellos que no tienen otro lugar donde ir. Para los que el Consejo de Acero rechazó tan solo por ser diferentes. Aquí han encontrado una gran familia —explica con una sonrisa de orgullo.

Capítulo 25

La música se detiene de golpe cuando ella aparece, como si alguien hubiese cortado las cuerdas de todos los instrumentos a la vez.

Al principio, pienso que es solo la vieja panadera que vimos hace un par de horas, pero no. Esta mujer es algo completamente diferente. Es bastante alta, aunque encorvada, los huesos de sus manos tan pronunciados y visibles que se podría estudiar anatomía con ellos.

Su piel parece estar viva, con escamas. No una armadura grande y fea de lagarto como el muchacho que tenemos a unos metros de nosotras, sino una malla de placas diminutas e iridiscentes, casi invisibles a menos que la luz llegue a ellas en el ángulo correcto.

Su rostro tiene más escamas que piel, pero, de nuevo, solo se nota cuando la luz de la hoguera le da en un cierto ángulo. Sus ojos son blancos, lechosos, aunque parece vernos igual. Al acercarse, toda la multitud se mueve, como si se apresurasen a darle un espacio personal.

—Joder —susurro—. ¿Quién coño es esa? —mascullo para mí misma cuando todavía está lo suficientemente lejos como para que no me escuche.

Drakena no responde, aunque su cuerpo se ha tensado. El vínculo en mi brazo arde, no con dolor, sino con algo más primitivo.

La mujer se detiene frente a nosotras y simplemente... mira. No a la multitud, no a mí, ni siquiera a Drakena, solo mira, como si estuviese determinando si hay algún fantasma. Entonces sus ojos se posan en el pecho de Drakena, donde la marca del vínculo vive bajo sus ropas.

Durante un largo minuto, nadie respira.

—Es Nemyra, la Vidente del Ocaso —murmura alguien en la multitud en voz muy baja—. La última de los oráculos de las Montañas del Norte.

Drakena se levanta. No con agresión, no con miedo, sino con una especie de curiosidad. Hace una reverencia.

—Vidente del Ocaso —suspira a modo de saludo.

La mujer inclina levemente la cabeza y a continuación, se acerca a Drakena. Levanta una mano, los dedos largos y finos, más hueso que carne, y se detiene antes de tocarla.

—¿Puedo? —pregunta en un idioma que no reconozco pero que, por algún motivo, entiendo.

Drakena asiente, y la mujer presiona la palma contra su pecho, directamente sobre la zona en la que sé que está el vínculo. Hay un destello de calor, un olor como a cedro quemado, y por una fracción de segundo, las escamas en la mano de la mujer ondulan con una tenue luz azulada.

—Me cago en la puta —mascullo entre dientes—. ¿Qué está haciendo?

Nadie me responde. Todos están demasiado ocupados conteniendo la respiración.

La Oráculo retira la mano, sus labios apretados, y a continuación, se gira hacia mí.

—Ven aquí, chica —ordena en la forma en que hablaban hace siglos, con un acento que no he escuchado nunca.

El vínculo tira de mí hacia delante, o quizá es solo terror puro. El caso es que obedezco y me paro frente a ella, temblando como una hoja en otoño.

Dice algo. Palabras viejas, no el idioma del continente, algo más antiguo. Suspira hondo y me separa de los demás.

—Pensé que no te conocería. Semilla de sangre. Alma atada. No fallida, no perdida, cambiada. El peligro sigue ahí. No para ti. Para el mundo —susurra en su extraño acento.

—¿Qué coño significa todo eso? —pregunto, aunque mi voz sale casi como un graznido de lo nerviosa que estoy.

—Significa que eres más de lo que aparentas o de lo que tú misma crees que eres —responde con calma—. Tú y ella. Dos

tercios de algo que no debería existir, pero que existe. O existirá. El último vínculo verdadero antes del final.

—Vale, genial, más acertijos —protesto con un soplido—. ¿Podrías ser un poco más específica? Porque ahora mismo no entiendo una mierda de lo que dices.

La Oráculo sonríe, y es la sonrisa más triste que he visto nunca.

—El dragón dentro de ella no está muerto. No del todo. Solo duerme. Y cuando despierte... —hace una pausa, mirándome directamente a los ojos—. Cuando despierte, más vale que puedas controlarla, porque ni los antiguos dioses podrán hacerlo. La guardiana negra necesitará un ancla, alguien que le recuerde que un día fue plenamente humana. O lo destruirá todo. Tú eres esa ancla.

Por un segundo, siento una especie de mareo. Quiero llorar o golpear algo o simplemente arrastrarme y esconderme en un agujero, pero Drakena pone una mano en mi hombro y el vínculo me trae de vuelta a la realidad.

—Basta —gruñe Drakena—. Ya has dicho suficiente, Nemyra.

La Vidente del Ocaso hace otra reverencia, más profunda esta vez, y retrocede. La multitud exhala, murmura, y la mujer desaparece entre las sombras.

—¿Qué coño ha sido todo esto? —inquiero cuando mi respiración acelerada me permite hablar.

—Nos ha leído —responde Drakena como si fuese la cosa más natural del mundo—. Es lo que hacen los videntes. Leen los vínculos, ven los futuros posibles. No necesariamente lo que va a ocurrir, pero sí lo posible.

—¿Y crees a esa mujer?

—La Vidente del Ocaso no miente. No puede. Es parte de su maldición —explica.

—Pues no me dejas más tranquila con eso de que se te puede ir la cabeza y toda esa mierda. Ya sabes, con la parte de que lo destruirás todo. Al final va a ser cierto eso que dices de

que estuviste vinculada con un dragón. Eso o se le va la cabeza a esa anciana.

Drakena pone los ojos en blanco y me lleva de vuelta a la hoguera. Coge una pata de cordero y me la ofrece. Comemos, bebemos, trato de fingir que no estoy cagada de miedo. Pero cada vez que levanto la vista, tengo la sensación de que alguien nos observa.

Más tarde, nos dan un lugar para dormir: una cabaña redonda hecha entera de adobe. También hay mantas y una cama, hasta ropa limpia y un enorme barril con agua templada.

—No me lo puedo creer —admito con un susurro, mientras me quito la ropa y me meto en el agua para darme un baño.

Drakena también se desprende de las viejas ropas y se coloca detrás de mi espalda, abriendo las piernas para que quepamos las dos. De manera instintiva, cierro los ojos y me dejo caer sobre su cuerpo desnudo mientras ella limpia los cortes que me hice cuando casi caemos al vacío.

—Duele menos —le aseguro.

—El vínculo está sanando las heridas. Las tuyas y las mías. Es uno de los beneficios.

—¿Hay más beneficios? Porque hasta ahora no ha servido para mucho, la verdad. Dolor, confusión, agotamiento y ganas de vomitar.

—Los habrá —susurra junto a mi oído, consiguiendo que se me ericen todos los pelos de la nuca.

Tras el baño, no tardamos en dormirnos. Drakena se coloca a mi espalda, rodeando mi cintura con uno de sus brazos, separando mi melena para darme un beso de buenas noches en el cuello que me deja helada.

Y sueño.

Sueño con la mujer de los ojos lechosos, con su mano extendida hacia mí, ordenándome que la siga. Me levanto y salgo al exterior para quitarme la pesadilla de la cabeza, pero ella me está esperando junto a un pozo a unos veinte metros de nuestra cabaña.

Me hace una seña para que me acerque y lo hago, porque esa anciana me da más miedo que la propia Drakena.

No dice nada, permanece en un silencio demasiado incómodo para mi gusto. Solo me estudia durante lo que parece una eternidad y luego habla en la misma lengua antigua que utilizó junto a la hoguera.

—El Consejo de Acero está inquieto. Sabe lo que la Mano de las sombras pretende hacer y harán todo lo necesario para deteneros.

—¿La Mano de las sombras?

—La mujer que te acompaña. Es muy peligrosa, pero eso ya lo sabes.

Abre una mano y en su palma hay una escama. Es grande, negra y dorada y lo suficientemente afilada para cortar un pergamino. La presiona contra mi mano, fuerte, hasta que no tengo otro remedio que cogerla.

—Cuando llegue el momento, debes ofrecérsela. Solo tú. No ella. No se la des a la Mano de las sombras por ningún motivo. Debes ser tú quien le ofrezca la escama a la criatura. Solo así se cumplirá la profecía y el mundo será un lugar seguro.

—¿A la criatura? No quiero ofender, pero no me estoy enterando de nada.

—Lo sabrás cuando llegue el momento. Protégela. Protege el vínculo. Y protege a Drakena. No de sus enemigos, de sí misma, de su propia oscuridad.

Quiero seguir preguntando, pero ha desaparecido como por arte de magia.

—¿Qué te ha dado? —inquiere Drakena cuando entro por la puerta, su voz demasiado seca.

—Una escama de dragón. Me dijo que la guardara. Que sabría cuándo usarla —confieso con miedo.

Se queda muy quieta. Tan quieta que, por un instante, estoy casi segura de que me va a asesinar.

—Muéstramela —ordena.

Abro la mano con miedo, temiendo un estallido de rabia, pero su reacción me descoloca. Está abatida, desconcertada, como una niña pequeña

—Joder —susurra y a través del vínculo puedo sentir su dolor. Un sufrimiento inmenso—. Es de Azeriax. Mi dragón.

—Lo siento —suspiro, porque no sé qué más decir.

Drakena toma una gran cantidad de aire y lo deja escapar poco a poco en un larguísimo suspiro.

—Vámonos —ordena, cogiendo sus cosas.

—Es de noche —protesto, aunque me encojo de hombros y camino tras ella, apretando la escama de dragón entre mis dedos.

Capítulo 26

Por el día, en estas montañas hace frío; por la noche, el viento te arranca lágrimas.

Caminamos pegadas a la pared de piedra, por un sendero de gravilla que podría convertirse en pista de patinaje en cualquier momento. Bueno, Drakena camina, yo más bien me arrastro tras ella. Ahora, solo por momentos, empiezo a creer que de verdad estuvo vinculada a un dragón, pero a juzgar por su equilibrio, podría haber estado vinculada a algún tipo de cabra.

Aquí arriba, el aire es fino, tanto que los pulmones duelen. Cuando el sol comienza a aparecer a lo lejos, trato de medir el tiempo, pero estoy tan cansada que me resulta imposible.

—Descansamos —ordena por fin, señalando hacia una grieta en la roca en la que apenas cabemos las dos.

Me desplomo contra la pared, tratando de disimular que estoy a segundos de desmayarme. El mundo gira un poco en los bordes, y esas manchitas negras aparecen de nuevo bailando en mi visión periférica.

Drakena me observa casi con curiosidad, su respiración tan calmada como si estuviese tomando un té al nivel del mar. Espera un rato, seguramente hasta que dejo de resollar como una foca asmática y señala mi mochila con la barbilla.

—Bebe.

—¿El qué? ¿Mi propia saliva? Porque es lo único que me queda —protesto.

—He llenado de agua tu cantimplora mientras hablabas con la vidente. Bebe —insiste.

Reviso la mochila y, efectivamente, la cantimplora está llena. Quizá por eso pesaba tanto.

La inclino hacia arriba y el agua está tan fría que me duelen los dientes. Es como beber cristales líquidos, pero ayuda. Ayuda mucho. Cierro los ojos, saboreando la sensación de saciarte cuando tienes sed.

Cuando los abro, todo está mal.

No estoy en la cornisa. Estoy en otro lugar. Peor aún, soy otra persona. La luz no proviene del sol sino del fuego. Las paredes han pasado de ser la roca natural de la montaña a piedra tallada de alguna especie de templo.

Estoy de pie en el centro de un círculo de antorchas, el aire lleno de un humo que huele extraño. Mis brazos están desnudos hasta los hombros, pero son mucho más pequeños. Todo mi cuerpo tiembla con un terror infantil.

—Joder —trato de decir, pero no es mi voz. Es más aguda, mucho más joven. La voz de una niña.

Frente a mí, un grupo de ancianos forman una línea contra la pared. Siete figuras encapuchadas, rostros escondidos en la sombra, sus voces entrelazadas en un zumbido de palabras en forma de cántico. Huele a incienso y a miedo, al sudor que tu cuerpo produce cuando sabe que algo terrible está a punto de ocurrir.

Frente a mí hay un pedestal que me llega a la cintura, coronado con un cuenco de fuego azul. Las llamas no se comportan como deberían; se retuercen y giran, formando patrones que duelen con solo mirarlos, como si estuviesen vivas. Como si estuviesen hambrientas.

De pronto lo comprendo. Esa niña es Drakena. Una versión mucho más joven de ella, medio muerta de hambre y de miedo. Su corazón late como un pájaro atrapado mientras da un paso adelante, luego otro. El cántico es más fuerte ahora, una sílaba repetida que no sé pronunciar, pero que resuena en mis oídos.

—El fuego te elegirá o te rechazará —dice uno de los Ancianos—. Si eres digna, vivirás. Si no...

No termina la frase. No hace falta que lo haga.

Hundo las manos en el cuenco de fuego.

Grito.

Es un grito desolador. El dolor es tan intenso que todo se vuelve blanco. Mis palmas se queman, se llenan de ampollas que florecen ante mis ojos como flores venenosas. Mi piel burbujea y se ennegrece. Huele a carne quemada.

Grito de nuevo, grito hasta que mi garganta se desgarra, aunque el sonido es devorado por el cántico de los ancianos. Duele, un dolor inmenso. Trato de apartarme, pero el fuego no me suelta. Se aferra a mí como algo vivo, trepa por mis muñecas, intenta devorarme.

El vínculo en mi brazo. El de ahora, el real, en algún lugar en una cornisa cientos de años más tarde, explota en agonía. Escucho la voz de Drakena en mi cráneo, un susurro tan fuerte que agrieta el recuerdo como si fuese cristal.

—Lo siento.

El mundo se hace pedazos.

El fuego azul envuelve todo mi cuerpo, pero el dolor no cesa, solo crece.

Veo estrellas, galaxias, el nacimiento del puto universo.

Veo un dragón enorme escupiendo llamas, su boca abierta en un rugido tan vasto que hace temblar ejércitos enteros. Veo a ese mismo dragón morir. Siento el vínculo romperse en mil pedazos, el dolor insoportable de la pérdida y algo dentro de mí, dentro de Drakena, dentro de ambas, muere con él.

Caigo de vuelta a mi propio cuerpo como si me hubiesen tirado desde un tejado.

Abro los ojos de golpe. Estoy tumbada en el suelo de la cornisa, mi cabeza descansando sobre el muslo de Drakena como si fuese una almohada, mientras ella me acaricia el pelo y trata de calmarme.

—¿Estás de vuelta? —pregunta, peinando mi melena entre sus dedos.

Trato de asentir, pero mi cuello no coopera. Todo mi cuerpo tiembla como si estuviese hecho de gelatina.

—Eso... —carraspeo para aclararme la garganta porque mi voz suena como si hubiese estado gritando durante horas—. Eso ha sido horrible.

La expresión de Drakena apenas cambia, pero puedo sentir que se acaba de tensar ligeramente.

—¿Lo viste?

—El fuego. La cámara. El dragón —trago saliva, el sabor a ceniza todavía sigue pegado a mi lengua—. Eras tú. O sea, eras...

Desvía la mirada y, por primera vez, veo algo que pensé que jamás vería. Sus ojos se han humedecido. Supongo que los monstruos también lloran.

—Nos obligaban. Murieron miles de niños. Aquella magia estaba ligada al dolor. Los Jurabasos decían que era la única forma de hacer que el vínculo se mantuviese a largo plazo. Que sin dolor, sin un sacrificio real, la magia no reconocería nuestra valía. Cuanto más dolor podías soportar, más digna de vincularte con una criatura poderosa. Pero casi todos morían o quedaban deformados para siempre. Era la magia de ceniza.

—¿Cuántos años tenías? —pregunto con miedo.

—Diez.

—Joder —suspiro pasándome la mano por la cara en un intento de borrar las imágenes—. Funcionó al menos, supongo. Te vinculaste con un dragón.

Se encoge de hombros, y el gesto es tan pequeño que casi lo pierdo.

—Estoy viva. Tú estás viva. Quien vive recuerda, quien recuerda existe. Quizá eso es todo lo que importa.

Quiero preguntarle si todavía siente el dolor, si alguna vez desapareció del todo. Si quizá no duerme porque cada vez que cierra los ojos ve esas horribles llamas azules que la devoraron cuando era tan solo una niña. Pero nuestro vínculo está tranquilo ahora y no quiero ahondar en la herida.

—¿Por qué me lo mostraste? —inquiero al fin.

—Yo no te mostré nada —murmura, su voz es plana, sin emoción—. El vínculo hace lo que quiere. Siempre lo ha hecho.

—Pero podías haberlo bloqueado. Has estado bloqueando todo desde que nos vinculamos.

Se queda callada tanto tiempo que pienso que no va a responder. Cuando lo hace, su tono de voz es tan bajito que casi se lo lleva el viento.

—Quizá estoy cansada de cargar con esto sola.

Es lo más vulnerable que la he escuchado decir jamás. Más que cuando casi se cae del acantilado. Más que cuando admitió que el dragón murió. Es apenas un susurro, pero cada palabra duele.

Capítulo 27

Sueño. O al menos, creo que lo hago.

Agua helada hasta las rodillas, tan fría que parece cuchillos de hielo tratando de llegar a mis huesos.

—Cruza rápido y sin pensar —grita Drakena desde la orilla. Me dedica esa sonrisa que significa: "esto te va a doler, pero sobrevivirás".

El pequeño torrente se transforma en un río caudaloso, una bestia blanca y rabiosa que baja de las montañas arrastrando rocas del tamaño de mi cabeza. El frío ahora es insoportable. Mis piernas pasan del dolor a la nada en menos de tres segundos. Intento maldecir, pero mi mandíbula tiembla demasiado.

—Joder, ¿estás hecha de piedra o qué? —gruño al ver que Drakena entra en el agua como si fuese un baño templado.

A mitad del cauce, piso una roca cubierta de musgo. Resbalo, el mundo gira. Ahora estoy horizontal, la corriente me arrastra montaña abajo. Muevo los brazos como aspas en busca de algo a lo que agarrarme, cualquier cosa.

De algún modo, Drakena aparece y me sujeta por la muñeca.

Sonríe.

Y entonces el mundo se rompe.

No es una visión. Es una caída. Como si parte de mi cráneo cediese.

Estoy en una sala enorme, techos tan altos que duele mirar hacia arriba. Ventanas cubiertas con seda gris que convierte la luz en algo muerto. Al fondo, un semicírculo de Magisters en tronos de basalto negro me observan como si fuesen cuervos esperando carroña. Las runas de protección en el suelo brillan con ese azul frío del Consejo de Acero que significa; "aquí no hay piedad".

Soy pequeña. Más pequeña de lo que recuerdo haber sido. La cara redonda de quien no ha tenido todavía hambre de verdad. Llevo un uniforme que me queda demasiado grande, las mangas enrolladas, mostrando brazos sin cicatrices, sin marcas, sin historia.

—Comienza —ordena el Canciller Voren.

Me adentro en el centro del círculo, pero no sé qué debo hacer.

—Es una Velmara —explica Voren al Magister que tiene a su izquierda.

Los otros estudiantes me observan con diversión. Sus caras aparecen borrosas en el sueño, pero puedo percibir su desprecio. Me concentro. Busco esa espiral de energía que todos dicen que aparece de manera instintiva. Busco y busco, pero no encuentro nada. Solo un vacío donde debería haber poder, como una habitación donde alguien murió y nadie quiere entrar.

Alguien tose. Luego una risa ahogada.

Quiero llorar, pero no lo hago. Muerdo el interior de mi mejilla hasta que siento el sabor de mi propia sangre.

—Puedes retirarte —anuncia uno de los Magister, como quien limpia la mierda de su zapato.

Camino hacia la puerta contando cada paso. Uno. Dos. Tres. No miro a nadie. No les doy esa satisfacción.

El escenario cambia. Estamos frente a un fuego. Drakena se coloca en cuclillas junto a las llamas, mete su espada en las brasas y se queda mirando como si fuese a revelarle algún secreto.

Entonces ocurre otra vez: un pulso a través del vínculo. Sin embargo, ahora me parece que lo comprendo. O eso creo. No soy yo entrando en su cabeza como hace un rato, es ella precipitándose en el interior de mi mente.

Estoy de nuevo en la Academia, la primera semana. El dormitorio huele a calcetines sucios y col hervida. Diez camas, diez chicas, cero privacidad. Las paredes cubiertas de

estandartes con el símbolo de la Academia: espirales y más espirales hasta que te apetece arrancarte los ojos.

Luego estoy en una mesa del comedor, sola, como siempre. A partir de la segunda semana casi todos dejaron de hablarme. Nadie quería estar con la rara que ni siquiera era capaz de hacer los hechizos más sencillos. Ahora soy algo mayor, tengo quizá unos quince años, pero lo de estar sola no cambia. Una estudiante de primer año se abraza las rodillas contra el pecho, la cara escondida tras el pelo. Es nueva. Posiblemente su primer día. No recuerdo su nombre, pero reconozco la mirada: miedo. Está aterrada, como un gato al que intentaron ahogar y solo lo consiguieron a medias.

—Oye —susurro, entregándole mi comida—. Necesitas esto más que yo.

Me observa, pero no con gratitud, sino con esa mirada desesperada de alguien que nunca ha recibido nada gratis.

El recuerdo es un dolor cálido, no una herida.

—¿Por qué lo hiciste? —escucho de pronto.

Abro los ojos despacio. Me encojo de hombros, pellizcando el puente de mi nariz.

—Porque es una mierda tener hambre y miedo a la vez —admito.

Solamente sonríe y se acurruca a mi lado, nuestros cuerpos se rozan y nuestros labios están demasiado cerca como para que mi corazón no se acelere.

No hablamos. Solo nos miramos y escuchamos el viento.

Me giro con cuidado de no romper el contacto y Drakena se pega a mi espalda, rodeando mi cintura, y olvido todas las razones por las que debería odiarla.

—El odio es solo otra forma de necesitar a alguien —susurra junto a mi oído, como si hubiese escuchado mis pensamientos.

Cojo su mano, entrelazo mis dedos con los suyos sobre mi vientre y sonrío.

—¿Sabes qué es lo más jodido? —murmuro—. Que después de todo, de la Academia, de Voren, de esta mierda de

misión suicida... empiezo a sentirme segura a tu lado. Todo lo segura que se puede estar con alguien a quien el Consejo de Acero define como una asesina psicópata, claro.

Siento su sonrisa, aunque no pueda verla.

—El mundo está roto, Aeris. Nosotras tan solo somos dos piezas que encajan mal en su plan.

—Pues yo creo que ahora mismo mi cuerpo encaja muy bien con el tuyo —bromeo.

Besa mi cabeza y juraría que ronronea al acurrucarse contra mi espalda. Es un gesto tan tierno que casi duele.

—Duérmete —suspira—. Mañana será otro día de mierda y necesitas descansar.

Cierro los ojos y el sueño me vence. Lo último que recuerdo es el modo en que Drakena retira mi melena para besar mi cuello.

Capítulo 28

El amanecer en estas montañas es una mentira: hay luz, sí, pero es una clase de luz diferente. Es una luz que convierte cada sombra en una amenaza, cada trozo de hielo en un espejo que distorsiona tu reflejo hasta volverlo irreconocible.

Cuando me despierto del todo, Drakena ya está levantada, sentada junto a la entrada de la gruta. Meditando, o vigilando, o lo que sea que hace todo el tiempo que no duerme, quizá solo recordando o disfrutando de la libertad.

—¿Has dormido algo o has estado toda la noche practicando esa mirada de "uh, cuidado, que voy a matar a alguien en cualquier momento"? —bromeo, frotándome los brazos para entrar en calor, pero creo que no le ha hecho gracia, porque no sonríe. Ni siquiera un poquito.

Desayunamos más rápido de lo que me gustaría, aunque no sé si puede considerarse desayuno, porque las provisiones empiezan a escasear otra vez y Drakena dice que en esta zona no hay caza. El agua de la cantimplora tiene pequeños cristales de hielo flotando.

—¿Ocurre algo? —pregunto, aunque parte de mí preferiría no saberlo.

—Nada —gruñe.

—Drakena, llevas cinco minutos mirando esa roca como si te hubiese ofendido —insisto, señalando con la barbilla hacia un saliente en la montaña.

—Vámonos —ordena y es la única explicación que recibo.

En poco menos de veinte minutos, el sendero se transforma de suicida a absurdo. La cornisa de piedra se estrecha tanto que mis botas tan solo caben de lado y caminamos pegadas a la pared, palpando con la punta de los dedos en busca de algo a lo que agarrarnos en caso de necesidad.

Intento no pensar en una caída, aunque el fuerte viento me lo recuerda de manera constante.

Y, de pronto, un rayo amarillo corta el aire.

No es como en las lecciones de duelo en la Academia. No hay advertencia, no hay honor en esto. No hay "preparados, listos, ya" o "voy a contar hasta tres". Simplemente, alguien nos dispara un rayo de magia. Me agacho, resbalo y casi me precipito al vacío.

Drakena me sujeta por el cuello del abrigo con tanta fuerza que podría romperme una vértebra.

—¡Joder! —jadeo, intentando fijar los ojos en la posible amenaza, aunque no veo nada.

—Cazadores del Consejo de Acero —anuncia.

—¿En serio? ¿Aquí arriba? —protesto—. ¿Es que esta gente no tiene nada mejor que hacer?

La siguiente ráfaga viene desde arriba, tres rayos a la vez. Drakena esquiva dos de ellos y desvía el tercero con la hoja de la espada, golpeando un trozo de hielo.

No es exactamente una avalancha, pero se le parece: sobre nosotras caen piedras del tamaño de puños y un polvo fino que ciega y ahoga. También dos cazadores del Consejo, que caen hacia una muerte segura entre aullidos de terror.

Toso e intento arrastrarme hacia delante, pero no veo nada. Escucho botas, quizá seis pares, detrás de nosotras. El vínculo en mi brazo estalla en llamas. No es el pulso habitual, sino dolor.

Drakena tira de mí y se coloca frente a la amenaza. Varias figuras aparecen entre la niebla, armadura de las fuerzas de élite del Consejo de Acero, de esas que se supone que les protegen de todo. Portan armas experimentales anti vínculo, de las que juran a la población que no existen.

Dice algo dentro de su máscara, un código o quizá una maldición que el viento distorsiona. A continuación, dispara.

Drakena no lo esquiva. Da un paso hacia el rayo y lo golpea de nuevo con el filo de la espada antes de cortarle la

cabeza al soldado. Se ve que les han mentido con eso de que sus armaduras les protegen de todo.

No hay tiempo de procesar nada. Otro soldado, una mujer esta vez, dispara y alcanza su hombro. El que está detrás me apunta a mí. Drakena grita para que me mueva, creo que es la primera vez que la escucho gritar de verdad. Se lanza hacia delante, pero está demasiado lejos, y el soldado aprieta el gatillo.

El disparo es perfecto. Justo en el centro de mi pecho. Hay una explosión de calor, un martillazo, y luego... nada. Espero morir, o al menos desmayarme, pero en lugar de eso estoy solo entumecida.

Tiemblo de la cabeza a los pies. Miro hacia abajo, esperando ver un agujero en mi carne del tamaño de un puño, pero solo hay una mancha chamuscada en la camisa.

—¿Qué coño...? —murmuro sorprendida.

El soldado está peor que yo. Supongo que ese no era el efecto que debían tener sus armas experimentales. Duda. Un segundo quizá, pero es todo lo que Drakena necesita.

Le barre las piernas, le estrella contra la pared y usa su propio peso para moler el casco contra el granito.

—Muévete, hay más —gruñe, haciéndome una seña para que la siga.

—¿Cuántos crees que son? —pregunto.

—Suficientes.

—Eres única dando ánimos —me quejo—. ¿Al menos tienes un plan?

—Sobrevivir —gruñe de nuevo.

Entonces el equipo del Consejo dobla la esquina.

Cuatro esta vez. Dos con armas, dos con redes. No redes normales: mágicas, blanco-azuladas, del tipo que te paraliza cuando te tocan. Las he visto en los archivos prohibidos de la Academia. Se supone que son ilegales, pero el Consejo nunca ha sido muy estricto con sus propias reglas.

—¡Suelta la espada! —grita uno de ellos—, y quizá te dejemos vivir.

Drakena se encoge de hombros con una indiferencia que consigue que me apetezca pegarle un tortazo y deja lentamente la espada en el suelo. Baja la cabeza, sus ojos fijos en el sendero.

Quiero protestar, pero ni siquiera sé qué decirle. Siento más rabia que miedo. ¿Así es como acaba todo? ¿Este es el final? ¿Vamos a morir aquí, en esta cornisa de mierda, congeladas y olvidadas? ¿Sin ni siquiera luchar?

Los cazadores del Consejo de Acero preparan sus redes y todo se va al infierno.

Drakena se lanza hacia el tipo que tiene a la izquierda, clavando la rodilla en sus costillas con un crujido que resuena contra los acantilados. A continuación, le coge por el brazo y le tira contra uno de sus compañeros.

En vista de que las armas experimentales no han tenido el efecto deseado, los que quedan en pie montan sus ballestas con una velocidad sorprendente y disparan. Esquiva el primero, pero la segunda flecha se clava en su muslo, tiñendo de sangre el pantalón. Choca contra los soldados y los tres caen al vacío.

—¡DRAKENA!

Grito su nombre, pero el viento se lo traga. El vínculo en mi brazo se vuelve frío. No está muerto, pero parpadea débil.

Me arrastro hasta el borde con cuidado de no perder el agarre. Mis dedos están tan entumecidos que apenas siento la piedra bajo ellos. Abajo, quizá a cinco metros, Drakena y los dos soldados están desparramados sobre una roca que sobresale. Ella está encima, ensangrentada, aunque viva. Los soldados del Consejo no se mueven.

Escucho un ruido a mi derecha y levanto la vista. El último soldado se acerca a mí. Red en una mano, daga en la otra. Sonríe. Es una sonrisa de dientes demasiado blancos, demasiado perfectos. Una sonrisa del Consejo de Acero.

—Hola, preciosa —murmura—. Lo mejor es que no luches. Tu amiga ya está muerta. Esto no tiene que ser difícil, supongo que me darán un buen dinero por ti.

—Vete a la mierda, imbécil —mascullo entre dientes.

Se abalanza hacia mí y sé que estoy jodida. Lanza la red. Me agacho y se engancha en mi bota. El frío sube por mi muslo como si fuesen agujas de hielo. Se acerca, la daga en alto, y hago lo único que puedo hacer.

Cojo la red y tiro con las pocas fuerzas que me quedan.

La corriente inunda mi brazo, lo congela todo, pero también enciende la marca del vínculo. Siento el pulso de Drakena en mis venas, su adrenalina, su dolor y su rabia.

Grito. No de miedo, sino de ira. Por todos los años en la Academia en los que he sido tratada como basura. Por todas las mentiras del Consejo. Todo el desprecio, toda la propaganda, todas las veces que me dijeron que no servía para nada.

Canalizo todo hacia la marca en mi antebrazo. El dolor, el miedo, el odio. No es un hechizo, no es un truco de magia, es solo necesidad pura y dura. El vínculo arde y la red se enciende. El fuego la devora y salta al brazo del hombre. Suelta la red, grita, pero el fuego consume ahora el resto de su cuerpo hasta que se lanza al vacío buscando una muerte menos dolorosa.

Caigo de rodillas, temblando. Me miro las manos, asustada. Ni siquiera soy capaz de procesar lo que ha ocurrido.

—Tu primera muerte —suspira Drakena, sentándose a mi lado. Ni siquiera la he escuchado trepar.

Por un momento, pienso que me va a decir que está orgullosa de mí, que un día me convertiré en algo parecido a ella, que el Consejo me temerá a partir de ahora.

Pero tan solo se sienta junto a mí, acaricia mi espalda, me atrae contra su cuerpo para besar mi cabeza. Y, a través de nuestro vínculo, juraría que percibo en ella algo parecido a la lástima.

Capítulo 29

El hedor a muerte se me pega al cuerpo como una maldición.

No es solo el olor, es todo: todavía persiste el siseo de la magia anti vinculo en el aire, el aroma amargo de los hechizos del Consejo. Pero más que ninguna otra cosa es ese regusto metálico que deja la magia cuando la usas para matar.

Avanzamos entre los cadáveres como dos espectros en un campo de batalla que ya nadie recuerda. No hablamos. ¿Para qué? Las palabras no van a resucitar a los muertos ni a borrar lo que he hecho.

La sangre empapa todo su pantalón, gotea desde la herida a un ritmo constante, pero no se detiene a descansar. Seguramente ni lo siente.

Un sonido nos detiene. Una tos, a continuación, un sollozo ahogado. Drakena levanta la barbilla y sigo su mirada: el líder del escuadrón del Consejo de Acero, de rodillas, tras un recodo del sendero. No lleva casco, su cara está desgarrada desde el pómulo hasta la mandíbula. Presiona el costado con la mano izquierda, tratando de frenar la sangre que se le escapa de una herida abierta, mientras agita débilmente la otra mano en el aire, como si estuviese llamando a un carruaje que nunca llegará.

Drakena se acerca con esa calma que tiene cuando sabe que la pelea ya ha terminado. Se detiene a un metro. El hombre escupe sangre y dientes.

—¿Quién te envía? —pregunta, deteniéndose frente a él.

Le agarra del cuello, alzándole en el aire como si no pesase apenas nada y lo estampa contra la pared de roca. El aire sale de sus pulmones con un silbido húmedo. A continuación, le clava la rodilla en la espalda y le retuerce el brazo hasta que grita de dolor.

—Ya sabes quién me envía —jadea.

—Entonces dime por qué nos habéis atacado.

—No estaba previsto. Simplemente, nos encontramos con vosotras por casualidad y decidimos que era más seguro aprovechar nuestra posición en la montaña —explica, girando la cabeza hacia mí y forzando una sonrisa con los pocos dientes que le quedan teñidos de rojo.

Drakena presiona más fuerte. Los huesos del hombre crujen.

—Te lo juro, es cierto —tose—. La orden inicial era encontrarte en las montañas y seguirte de lejos, al parecer, te diriges a algún punto muy importante para el Consejo de Acero. No atacar a no ser que sea absolutamente necesario y en caso de tener que hacerlo, capturarte con vida y matar al activo —añade, haciendo un gesto hacia mí con la barbilla.

—¿El activo soy yo? —inquiero, aunque más que una pregunta es una protesta.

—Más que un activo, eres el cebo. Drakena apenas deja huellas, pero las tuyas son fáciles de seguir, por eso el Canciller Voren insistió en que la acompañases hasta las Montañas del Norte. Puto Canciller, las armas anti vínculo no funcionaron —gruñe, tosiendo sangre.

—Las armas anti vínculo no fueron creadas para vínculos de dragón, imbécil —explica Drakena, levantándole de nuevo y tirándole a mi lado.

—¿Qué es lo que el Consejo quiere encontrar? —pregunto, colocándome en cuclillas junto a él.

—Pregúntale a la loca que te acompaña. Yo no lo sé —responde con dificultad—. Algo peligroso, Quizá un arma, quizá conocimientos. Solo ella y el Canciller Voren lo saben, pero a juzgar por el despliegue de patrullas de Cazadores que os sigue, debe ser algo que hace que el Consejo de Acero se cague de miedo.

Me levanto con las rodillas temblando. Deberíamos irnos, correr mientras queda luz. También sé que debo tener una conversación seria con Drakena. Necesito saber todo lo que me

oculta y por qué sigue empeñada en caminar hacia ese lugar en las Montañas del Norte, aun sabiendo que es una trampa.

De pronto, el hombre tantea algo en su cinturón: un vial de cristal lleno de un líquido dorado que aplasta en su mano.

—¡Cuidado! —grito.

En un rápido movimiento, Drakena me empuja y se coloca entre mi cuerpo y la explosión, protegiéndome. Todo se vuelve blanco y rebotamos hacia atrás hasta pegar contra la pared de roca. Los oídos me pitan. No veo nada. Tanteo el suelo, tratando de confirmar que sigo viva.

Entonces escucho la respiración de Drakena, irregular y rota.

Gateo hacia ella. Está de lado, la sangre formando un charco bajo sus caderas, su espalda destrozada. Giro su cabeza con las manos llenas de sangre para que me mire.

—Eh —susurro—. Quédate conmigo, por favor.

Intenta sentarse, pero apenas puede moverse.

Arranco mi camisa, y tapono con fuerza la herida que más sangra, sin saber qué hacer para ayudarla. El vínculo en mi antebrazo destella un segundo. Siento su dolor, agudo como pisar cristales rotos, pero también hay algo más: un agotamiento infinito que cala hasta los huesos.

—Drakena, no te atrevas a morirte, joder.

Ella sonríe, tose, vuelve a sonreír.

—Eso intento.

La arrastro hasta el borde del sendero para que se apoye en la roca mientras trato de recordar alguna lección útil de los años que estuve en la Academia. Las clases de curación siempre fueron las que menos me gustaban, aunque ahora mismo desearía haber prestado más atención.

Coloca una mano en mi brazo y me aprieta ligeramente.

—Está bien —susurra—. Debes continuar sin mí. Te mostraré dónde ir, cierra los ojos y concéntrate en el vínculo.

—No, no lo está. Te estás muriendo, joder —protesto.

—Escúchame. Es muy importante. Estarás sola, debes concentrarte ahora. Cierra los ojos y deja que el vínculo conecte

con nuestros pensamientos. Te enseñaré el camino y lo que te encontrarás en el templo —dice con un hilo de voz que apenas puede escucharse.

Niego con la cabeza, pero hago lo que me pide. Cierro los ojos y apoyo mi frente en la suya mientras mis lágrimas se mezclan con su sangre.

—No te vayas —insisto.

Trata de sonreír, rozando mi mejilla con el reverso de la mano.

—Escucha, por favor —sisea.

Pero no lo hago. No porque no quiera, sino porque no puedo. No consigo calmar mis pensamientos, en vez de escuchar al vínculo, vierto en él todos mis sentimientos: rabia, esperanza, amor, gratitud por haberme salvado la vida sacrificando la suya. En mi mente aparecen retazos de información. Un templo antiguo, una espiral, una fuente de energía enorme que se apaga.

Pero no son suficientes, y no lo son, porque en lo único que soy capaz de pensar es en que, en el fondo, me he enamorado de esta mujer. Solo puedo pensar en los buenos momentos en los que hemos estado juntas, en su lado más humano, en cómo me acariciaba el pelo anoche antes de dormir, en el modo en que ha sacrificado su vida para proteger la mía.

La marca en su pecho, la que la conecta con su antiguo dragón, emite un leve destello azul, luego se vuelve gris.

Capítulo 30

Drakena sobrevive a la noche. Apenas, pero lo consigue, aunque la herida no tiene muchas pintas de haber mejorado en absoluto.

Su respiración es un desastre. Pasa de profunda y pausada a rápida y entrecortada, como si sus pulmones no recordasen cómo funcionar. La herida en su espalda ya no es solo una herida: es una jodida pesadilla que crece en vez de mejorar. Lo que empezó como una serie de cortes horribles por la explosión, ahora comienza a infectarse por los efectos de la magia corrupta del Consejo. Cada pocos minutos, se despierta lo justo para murmurar fragmentos de sueños que no tienen sentido, y luego vuelve a hundirse en ese estado febril que consigue ponerme los pelos de punta.

—Vamos, Drakena —susurro—. Eres demasiado cabezota como para morir así.

Le quito la chaqueta con cuidado y la coloco bajo su cabeza a modo de almohada. Cada vez que se mueve, la sangre empapa más la ropa. A media mañana está sudando por la fiebre, pero su cuerpo está helado. La piel ha perdido gran parte de su color natural.

Desgarro cada trozo de tela que puedo utilizar. La última camisa que nos entregaron en el poblado se convierte en una compresa para la parte baja de su espalda. Al mediodía, la fiebre se dispara.

—Mierda, mierda, mierda —murmuro cuando sus ojos se ponen en blanco.

La herida empieza a sisear. Primero es sutil, un susurro de aire, pero luego ese humo amarillo enfermizo empieza a salir del corte.

—¿Qué coño te hicieron? —pregunto al aire mientras pruebo todo lo que sé. Presión, agua fría, fuego. Nada funciona.

La herida sigue empeorando, como si la magia la estuviese devorando desde dentro. Al atardecer, es un cañón abierto desde el omóplato hasta la columna, el tejido ennegrecido. La marca del vínculo palpita débilmente bajo su piel, como si estuviese pidiendo socorro.

No entro en pánico.

No puedo permitirme entrar en pánico.

Me siento con las piernas cruzadas y pienso. No como nos enseñaron en la Academia con sus interminables diagramas. Vuelvo a lo básico, a las cosas que practicaban algunos alumnos en secreto bajo las sábanas, susurrando hechizos que se suponía que no debían conocer. Las historias que el Consejo intentó borrar: las viejas costumbres, cuando los vínculos eran profundos como la sangre.

De pronto, recuerdo una lección de una ex-Magister borracha que solo duró dos días antes de "jubilarse". Nos mostró una cicatriz en el pecho: profunda y fea, nunca completamente curada, y dijo que lo único que la salvó fue una curandera que sabía cómo "trabajar la espiral" del vínculo. Todos nos reímos. Duró poco, pero sus clases eran las mejores. Y ahora, mientras observo el rostro moribundo de Drakena, es todo lo que me queda.

—Vale, allá vamos —murmuro, gateando hacia ella.

Ignoro el desastre, la sangre, cómo parte de su piel cuelga y la vena de su cuello pulsa como un pez agonizante. Le quito la camisa y la dejo desnuda de cintura para arriba.

Apoyo las manos en la marca del vínculo sobre su pecho, esa que teóricamente le hizo el dragón, cerrando los ojos para concentrarme en nuestra unión.

—Por favor, funciona —susurro.

Mi boca se llena del sabor de la sangre. Mi corazón pierde el ritmo. Mi cuerpo siente parte de su dolor.

El vínculo tiembla.

Drakena se sacude, abre los ojos de golpe.

—No, no te muevas —gruño, sujetándola con toda la energía que me queda.

Sisea, luego grita. Un sonido tan crudo que sé que me perseguirá para siempre.

La luz bajo mis manos crece, hilos de azul y oro tejiendo desde mis palmas hacia su piel. Duele. No como un cuchillo o una quemadura, sino como si cada nervio de mi cuerpo estuviese pasando por un rallador de queso y luego prendiéndose fuego. Pero aprieto los dientes y sigo.

El humo amarillo se espesa, luego se desvanece. Los bordes negros de la herida empiezan a desprenderse como si fuesen papel quemado. El sangrado disminuye, luego se detiene.

Siento el vínculo en mi brazo arder, blanco candente y, por un instante, creo que me voy a desmayar.

Pero no lo hago.

Sigo con ello. Apoyo mi frente en su pecho, tratando sin saber muy bien cómo, de traspasar toda la energía que tengo, o de despertar los resquicios de su vínculo con el dragón o, si fuese necesario, pactar con un espíritu maligno. Lo que sea con tal de mantenerla con vida.

Veo destellos: la noche en el templo, una ciudad en llamas, su cara retorcida de dolor. Veo al dragón, muerto y vivo y luego muerto otra vez, las alas extendidas sobre un mundo que nunca les quiso.

Continúo hasta que la luz del vínculo se apaga y Drakena deja de luchar.

Se desploma, flácida como un cadáver.

Retiro las manos, temblando, cubierta de sudor.

—Mierda, joder, Drakena, no te mueras —sollozo mientras abrazo su torso desnudo.

Y lloro sobre su pecho. No porque me quede sola. No porque sepa que sin su ayuda yo también moriré en estas montañas malditas. Sino porque, vínculo o no, siento algo muy profundo por esta mujer.

—¿Qué... qué haces? —jadea de pronto.

Me separo y me llevo las manos a la boca. Rio y lloro al mismo tiempo mientras la abrazo de nuevo, y ella me mira

confusa cada vez que me separo.

—Pensaba que te habías muerto, joder —admito, mi voz tan pequeña que apenas la oigo.

Se encoge de hombros.

—Me salvaste. Creo que por fin empiezas a comprender el poder del vínculo —murmura entre ligeros tosidos.

Le tapo la boca con la mano para que no gaste energía y beso su frente. Quiero decir algo ingenioso, pero mi cerebro está hecho papilla. Solo me inclino y apoyo mi cabeza contra la suya, respirando el olor a sudor y sangre.

Nos quedamos así un rato, solo respirando.

Cuando empieza a hacer demasiado frío, la envuelvo en la poca ropa que nos queda y la acerco a mí para darle calor.

—Oye —susurro—. No van a poder con nosotras. Esos gilipollas del Consejo de Acero, no podrán pararnos —le aseguro, acunando su rostro entre las manos y acariciando sus pómulos con los pulgares.

Capítulo 31

Me despierto gritando hasta desgarrarme la garganta.

No es el típico jadeo en plan: "joder, qué susto más grande", es un alarido que me sale de las entrañas y me deja temblando. Saboreo sangre, sal y un regusto metálico asqueroso, como si alguien me hubiese metido en la boca algún metal oxidado.

Todo está mal. El aire quema, demasiado caliente para ser real, aunque mi piel se eriza con ese frío que solo tienes con la fiebre más jodida. No veo nada: no hay fuego, no hay enemigos, tan solo la oscuridad de nuestro escondite y el olor de mi sudor.

Lo primero que hago es buscar a Drakena, porque en la pesadilla la perdí. No recuerdo lo que ocurrió en el sueño, pero la perdí. Y bueno, supongo que soy medio gilipollas y necesito saber que se encuentra bien. Me incorporo a medias, poniéndome de rodillas y parpadeando para acostumbrarme a la oscuridad.

Ahí está, exactamente donde se quedó dormida anoche: hecha un ovillo de lado, mirando a la pared, respirando tan suave que tengo que acercarme más para convencerme de que sigue viva.

Pero la pesadilla no me suelta. Incluso con los ojos abiertos, las imágenes están grabadas a fuego en mis retinas.

Un cielo que no es azul, sino negro, plagado de nubes y humo y con ese color anaranjado tan horrible de cuando algo muy grande se quema. Como una jodida ciudad. Hay ceniza y sangre.

Y por todas partes, alas. Dragones, más de los que pensé que llegaron a existir en este mundo, cada uno de ellos cayendo en picado y retorciéndose de dolor.

El disparo sale desde algún lugar en el suelo: una lanza de energía amarilla, demasiado rápida para seguirla. Impacta de lleno en el pecho de un dragón y la criatura convulsiona. El vínculo entre dragón y jinete es real, lo siento en lo más profundo de mi interior. Dos corazones, uno acelerado, el otro deteniéndose, ambos condenados. La jinete no tiene miedo. Está furiosa. Grita de rabia, de decepción, su desesperación refleja la traición del Consejo de Acero. Y su rostro… mierda, de algún modo es como si la conociese.

Los siguientes segundos se vuelven borrosos: el suelo se acerca a toda velocidad, el último giro desesperado para proteger a su dragón, el impacto.

Dolor, no físico, sino en el alma. La mujer que montaba el dragón sigue viva, se arrastra ensangrentada hacia la cabeza del enorme animal y le abraza. Le susurra algo que no puedo escuchar.

Un segundo rayo amarillo le atraviesa la espalda y sale por delante. El vínculo se rompe, pero no lo hace de golpe: se desgarra poco a poco, hebra por hebra, hasta que no queda nada más que una imagen fantasma.

Siento cada segundo. El peor dolor que he conocido jamás.

Me doblo, llevo las manos a mi vientre y vomito. Todo mi cuerpo tiembla. Quiero hacerme desaparecer y morirme, pero alguien aprieta mi hombro y me devuelve a la realidad.

—¿Te encuentras bien?

Drakena tiene un aspecto horrible, pero ha conseguido levantarse por su cuenta, sin ayuda, y eso debe ser buena señal. Supongo. Empiezo a no estar segura de nada.

—Tuve una visión —admito, acariciando la marca del vínculo en mi antebrazo.

—¿Tuya o mía?

Niego lentamente con la cabeza.

—Tuya no. De eso estoy segura. Esto era... viejo. De hace muchos años. Creo que era... joder, te parecerá una estupidez, pero creo que era un recuerdo.

—¿De quién? —pregunta, sentándose a mi lado.

—Una jinete. Un dragón. Ambos. Vi... no, creo que yo era ella. La vi morir. Me vi morir, pero fue hace muchos años. Cuando todavía existían muchos dragones, al principio de la Gran Guerra.

—¿Puedes describirlo?

Cierro los ojos y trato de ordenar mis palabras.

—Había una guerra. La ciudad ardía y había dragones por todas partes. Sentí el vínculo como si fuese una parte de mí. Entonces las... —hago una pausa, me detengo buscando la palabra correcta—, las lanzas, las armas, las amarillas... Atravesaron todo. Mataron a los dragones. Mataron a los jinetes. Cuando el vínculo se rompió, fue como... Rabia, un dolor inmenso, fue… —ni siquiera puedo terminar.

—¿Estás segura de que no era simplemente un recuerdo de alguna historia que escuchaste en la Academia? —inquiere, alzando las cejas.

Resoplo, negando lentamente con la cabeza.

—Joder, Drakena, ¿crees que en la Academia nos contarían historias sobre dragones y cómo el Consejo de Acero les traicionó? Según ellos, los dragones son solo cuentos para asustar a los niños —protesto.

—¿Cuándo empezó a brillar la marca del vínculo?

Parpadeo, acariciando de nuevo mi antebrazo que aún desprende una tenue luz azulada.

—Justo después. Cuando me desperté.

Asiente. Una sola vez.

—¿Sabes lo que significa? ¿De dónde coño salió esa pesadilla, Drakena? ¿Era tuya o mía?

—Significa que te estás acercando. Lo que hay en el templo está ligado a tu sangre —responde con calma, aunque no me aclara nada.

—¿Y si es una especie de advertencia? ¿Una señal para que nos escondamos antes de que nos maten? Ya escuchaste a la líder de los Cazadores del Consejo. Han enviado a un montón de escuadrones a seguirnos por estas montañas y lo que

quieren es que les lleves directamente a ese jodido templo. Y tú lo sabes, joder, sabes perfectamente que es una trampa y, aun así, entras en su juego y les vas a llevar hasta allí. Y nos van a matar, Drakena. A ver si se te mete en la cabeza de una vez —insisto, pasándome una mano por el pelo.

—Las advertencias no funcionan así. Visiones como esa son... son más bien invitaciones. La magia quiere que recuerdes.

—Ya estamos con los acertijos, joder. Pues mira, que la magia se quede con sus recuerdos, yo no los quiero. No quiero saber lo que se siente al ver cómo exterminan a toda una especie.

Ni siquiera pestañea.

Capítulo 32

—Suéltalo todo —dice de pronto, como si estuviese evaluando la rabia que llevo dentro.

—¿Soltar qué? —gruño—. Mi vida era una mierda en la Academia, pero ahora es mucho peor. Me has destrozado con toda esta porquería del vínculo o lo que sea. Tengo la cabeza hecha un lío. Cada vez que cierro los ojos veo muerte, humo y sangre, y ni siquiera es mía.

Drakena se separa ligeramente, lo suficiente como para clavarme la mirada.

—El Consejo no me encerró por asesinato —admite, bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Bueno, supongo que también, pero eso fue un extra. La verdadera razón fue lo que soy. Lo que llevo dentro.

—¿Por la mierda esa de los restos de un antiguo dragón? Mira, ya no sé qué creer. A veces pienso que es cierto y otras que eres tan mentirosa como el Canciller Voren. Tengo claro que estás vinculada a alguna criatura, pero nunca la veo cerca y teóricamente, debería estar alrededor para que tengas poderes. Y has creado un vínculo conmigo, eso es innegable, así que vuelvo a mi teoría original. Me parece lo más probable.

—¿Tu teoría original? —pregunta alzando las cejas.

—Que el bicho mágico eres tú misma. Es decir, que no eres humana, o no del todo, al menos. No lo sé. Quizá después de estar tanto tiempo encerrada en una celda, te crees que eres humana. Ya no sé qué pensar. Lo único que sé es que no debí aceptar esta mierda de misión. De eso sí que estoy segura —confieso, pasándome la mano por el pelo.

—La magia del dragón vive en mí. Todo lo que te dije es cierto —insiste.

—¿Así que eres algún tipo de... qué? ¿Híbrida?

—No me estás escuchando. Soy humana. Pero mi sangre recuerda cosas. La tuya también. Ese sueño que has tenido no tiene nada que ver conmigo, pero es la razón por la que el vínculo funcionó entre nosotras, algo que teóricamente es imposible.

—Estoy hasta el culo de que me hables con acertijos —me quejo, dejando escapar un largo soplido.

—Tu visión no fue solo un recuerdo. Fue un mensaje. El vínculo te deja ver lo que la sangre quiere que veas. Viste morir a un dragón a través de los ojos de su jinete porque la llevas dentro.

—¿Ahora me estás diciendo que soy una jinete de dragón reencarnada?

Sonríe y niega con la cabeza.

—Esas cosas no existen. Es mucho más simple. Eres parte de una estirpe de jinetes de dragón. Los Velmara eran legendarios. Seguramente por eso el Consejo de Acero borró todos los datos de tu familia, no quieren que nadie lo sepa. Y por eso mi vínculo te reconoció y te aceptó.

—Vale, por un momento casi me convences, estaba a punto de creerte y todo. Escucha, Drakena, por mucho que me gustase que eso fuese verdad, en la Academia ni siquiera pude vincularme con la criatura mágica más básica, una de esas que esperas que no se fijen en ti. Había un caracol que brillaba en la oscuridad. Eso era lo único que hacía, ni poderes ni nada, y prefirió no vincularse antes de hacerlo conmigo. Yo era el ejemplo que ponían para mostrar cómo es el fracaso —le recuerdo.

Drakena busca mi antebrazo, su palma cálida contra mi piel. Presiona, suave, pero insistente, su propia marca del vínculo visible bajo la manga. El calor pulsa, siguiendo mi latido.

—A las criaturas mágicas no les importa lo que diga el Consejo, o lo que la Academia os mete en la cabeza. Les importa la realidad. No se vincularon contigo por miedo.

—Ya, por miedo de que no funcionase…

—No. Porque estabas destinada a un dragón —explica con un largo suspiro.

—Lástima que ya no quede ninguno, ¿eh?

—Eso es lo que estamos buscando. Nosotras y el Consejo —suelta de pronto, como quien dice que se va a dormir la siesta.

—¿Un dragón? Espera, ¿queda un dragón?

Drakena niega lentamente con la cabeza.

—Ojalá fuese tan sencillo. Queda un huevo de dragón. Está en un templo que solo yo conozco. Tus abuelos maternos murieron cuando se negaron a revelar su ubicación. Escondieron a tu madre con unos granjeros que la criaron como si fuese su hija, pero cuando Voren lo descubrió años más tarde, la asesinó también junto a tu padre. Y eso que ella ni siquiera sabía que descendía de una estirpe de jinetes. La parte que no comprendo es por qué Voren no te mató a ti también cuando eras una niña y te metió en la Academia —confiesa, acariciándose la mandíbula mientras piensa.

—¿Así que no estoy rota? Según tú, no soy una mierda, ¿la aprendiz más torpe de la historia de la Academia y todo eso?

Niega con la cabeza y un mechón de pelo le cae sobre la cara. Quiero extender la mano y colocárselo detrás de la oreja, pero ahora mismo no sé si la adoro o la odio.

—Eres la persona más completa que he conocido —me asegura—. Sin quererlo, Voren te dio una serie de cualidades que no habrías tenido si te hubiesen educado dentro de un vínculo poderoso. El fracaso te hizo resistente, te convirtió en una luchadora. Una persona que se preocupa por los demás, que no les ve como seres inferiores, sino como iguales. Eres perfecta para un dragón.

Me río, pero sale como una especie de sollozo patético. También aprovecho para limpiarme los ojos, fingiendo que me molesta el humo de la antorcha, aunque en realidad se me han llenado de lágrimas. En el fondo, quiero creer a Drakena, aunque esté casi segura de que es mentira. Aunque empiece a

pensar que quizá esté medio loca tras todos los años que ha pasado encerrada en una celda.

Hay una larga pausa. De esas en las que ambas pensamos lo mismo, pero esperamos a que la otra haga el primer movimiento, aunque el cosquilleo en la parte baja de mi vientre se está volviendo imposible de ignorar.

Drakena cede primero.

Se inclina, lenta y cuidadosa, su mano todavía acariciando mi brazo. La distancia entre nosotras se borra hasta que siento su aliento en mi mejilla. Y entonces me besa.

Es suave, al principio. Casi vacilante. Peina mi melena entre sus dedos, se separa de vez en cuando para ofrecerme una sonrisa preciosa antes de besarme de nuevo. Y caigo otra vez en su hechizo. No sé lo que es, no estoy segura de si dice la verdad o miente. O si cree que dice la verdad, aunque sea una mentira. Solo sé que mi cuerpo reacciona de un modo muy claro cada vez que la tengo cerca.

Esta vez soy yo la que comienza a desnudarla, con cuidado de no hacerle daño en las heridas de su espalda, esas que casi la matan, pero que han cicatrizado sorprendentemente bien. Demasiado bien para ser real.

—¿Duele? —pregunto con algo de miedo.

—Solo cuando pienso en ello —sisea.

Sonrío y le quito los pantalones junto con la ropa interior. Levanta las caderas para ayudarme y, por unos instantes, simplemente admiro su cuerpo desnudo. Es preciosa.

Jadea cuando siente mi lengua deslizarse alrededor de su pezón, cierra los ojos, arquea la espalda. Enreda las manos en mi pelo susurrando palabras en un idioma que no reconozco.

Sonrío contra la piel de sus pechos y deslizo la mano entre sus piernas. La encuentro empapada de excitación, caliente, y los suaves gemidos que se escapan de su garganta consiguen que casi me deshaga aquí mismo.

—Joder —murmuro cuando sujeta mi muñeca y la empuja ligeramente para que meta los dedos en su interior.

Cabalga sobre ellos, despacio al principio, como si quisiese sentir cada una de las sensaciones que le producen. Pronto, sus caderas se mueven más rápido y cuando curvo ligeramente los dedos dentro de ella, se deshace en una preciosa sinfonía de jadeos y gemidos.

El vínculo en mi antebrazo brilla con una tenue luz azulada, amplificando cada sensación, haciéndome sentir su placer como si fuese mío. Volviéndome loca de deseo.

Su orgasmo es intenso, arquea la espalda y su placer explota también dentro de mí como una jodida supernova. Es como si nuestro vínculo detonase, un sinfín de sensaciones inundando todo mi cuerpo. Veo recuerdos de su infancia, de su entrenamiento, de cuando me vio por primera vez en aquella prisión de la que la ayudé a escapar. Pero ahora son recuerdos bonitos. No hay guerra, no hay sangre. Solo amor y los gemidos que compartimos cuando yo también alcanzo el orgasmo sin necesidad de que ni siquiera me toque.

—Joder —suspiro—. Eso ha sido…

—Has sentido mi orgasmo casi como si fuese tuyo, ¿verdad?

—He tenido uno —confieso, todavía asombrada, mientras asiento lentamente con la cabeza.

—Bienvenida al vínculo, Aeris Velmara —susurra antes de besar mi frente.

Capítulo 33

La mañana siguiente no tiene piedad.

El viento corta a través de la entrada de la cueva como si quisiese batir todos sus récords de velocidad. Los rayos de sol pintan la piel desnuda de Drakena con franjas doradas. El fuego ya se ha apagado, pero, acurrucada junto a su cuerpo, no tengo frío.

No habla. Solo me hace una seña. Nos vestimos, colgamos las mochilas al hombro y empezamos a subir el sendero final hacia el templo, un zigzag que parece tallado en granito puro. Estas escaleras están hechas para gente con piernas más largas y mayor tolerancia al miedo. Tropiezo en el primer peldaño, casi me caigo de bruces, pero Drakena me agarra por el cuello de la camisa y tira de mí hacia arriba. La maldigo entre dientes, pero el vínculo en mi brazo vibra con algo parecido al cariño.

—Joder —mascullo cuando casi me caigo por tercera vez —. ¿Podrías ir un poco más despacio? Parece que creciste con un rebaño de cabras.

Solamente niega con la cabeza, pone los ojos en blanco y continúa al mismo ritmo.

Aquí arriba no hay aire. El viento roba los pensamientos antes de que se conviertan en palabras.

Cuando llegamos al umbral del templo, mis pulmones arden y mis piernas parecen gelatina. Drakena no tiene mejor aspecto: el sudor baja por su cuello, sus labios están agrietados. Sigue muy débil, aunque ha mejorado mucho.

No es lo que esperaba. Las leyendas antiguas hablaban de un portal, una puerta mágica, algún tipo de cerradura cósmica. Pero esto es solamente un arco de unos tres metros de alto. Simple como una lápida. No hay escritura. Ni símbolos, ni espirales elegantes, ni runas. Nada. Solo una superficie tan

pulida que nos devuelve nuestros reflejos deformados y estirados.

—¿Eso es todo? Menuda mierda, había escuchado leyendas de este lugar y… —protesto, deslizando la punta de mis dedos por el arco.

—Las leyendas son leyendas. A veces, distan mucho de la realidad. Otras veces, son puras invenciones, sobre todo cualquier cosa que tenga que ver con el Consejo de Acero o la Academia —explica.

Mi mano hormiguea sobre la piedra. Hay una especie de campo de energía, suave pero real, como presionar contra la superficie de un estanque. Por un segundo veo doble: mi propia cara reflejada y otra superpuesta. Mayor, rota, furiosa. No es una visión, pero tampoco es un recuerdo.

Creo que es una advertencia.

Drakena no duda. Camina directa hacia el arco y la superficie ondula a su alrededor cuando lo cruza, tragándosela entera. Desaparece, así sin más. Sin destello, sin sonido, solo aire vacío donde solía estar.

—Mierda. Me cago en la puta, joder —gruño, porque o la sigo hacia lo desconocido o me quedo aquí sola.

Así que la sigo.

Por un segundo, no ocurre nada. A continuación, pasa de todo. El mundo implosiona, se pliega sobre sí mismo y me escupe dentro de un pasillo de luz. No hay templo. Era solo una imagen falsa. No hay arriba ni abajo, solo un túnel que se extiende en ambas direcciones, forrado con láminas de cristal que reflejan cada color que he visto y algunos que no.

Drakena está ahí, de pie, esperándome. Señala el túnel que va hacia abajo y la sigo.

El corredor se retuerce, cada giro más cerrado que el anterior. El cristal vibra bajo nuestros pies y estoy segura de que en cualquier momento se va a romper y caeremos al vacío.

—Vale, por favor, dime que sabes dónde coño vamos —me quejo.

—Hacia delante —responde sin más.

La luz se vuelve más brillante, a veces, hasta duele abrir los ojos.

Ahí es cuando lo veo.

De pie, en el centro del túnel, hay una figura de unos tres metros de alto. Tiene forma humana, o algo similar, pero está construida con fragmentos flotantes de cristal. Cada pieza gira en su propia órbita, todas circulando alrededor de un corazón de energía blanca y cegadora. Donde deberían estar sus ojos hay una mancha de fuego azul, y sus manos terminan en algo indefinido que cambia de forma mientras lo miro.

La cosa se mueve, pero las piezas no se tocan entre ellas: se deslizan unas a través de las otras. Por un instante, debo retirar la mirada. El efecto me produce náuseas, es como ver un millón de espejos romperse y formarse de nuevo a cada segundo.

De pronto, habla, y el sonido de su voz es como cien campanillas lanzadas por un acantilado.

—Bienvenidas.

Las palabras no vienen de su boca. Joder, no tiene boca. Simplemente, se meten en mi cerebro.

Drakena da un paso al frente, los brazos en alto.

—¿Qué eres? —murmuro.

El Guardián inclina la cabeza lentamente.

—Soy Vaethis. El Primer Vigilante. Puerta de Fuego y Vacío.

Su voz es extrañamente amable.

—Mostraos. Todo —ordena.

No tengo elección.

De repente estoy en otro lugar. No es un recuerdo, no es una visión, es más bien una transmisión en directo de cada mal pensamiento que he tenido. Todo lo malo que he hecho, ahí aparece, como para reírse de mí.

Me veo en la Academia, encorvada sobre un examen que sé que voy a suspender porque me había pasado la noche anterior tratando de hacer hechizos prohibidos que no funcionaron. Me veo robando comida, mintiendo a mis

superiores, pegando un puñetazo en la nariz a una chica que me había llamado inútil. Veo el desprecio en el rostro del Canciller Voren. Las viejas heridas se abren. Todas ellas.

Luego empeora.

Mucho.

Porque, a continuación, veo a Drakena. No como es ahora, es solo una niña: asustada y pequeña, los ojos rojos de llorar mientras recibe latigazos en la espalda. Veo su dolor, cómo se muerde el labio inferior para no gritar. Veo a los maestros del vínculo, los Jurabasos como ella les llama, enmascarados y crueles, cantando mientras la golpean.

Y luego, veo cada momento de su vida que la rompió por dentro. Uno tras otro, en una sucesión casi interminable. Sangre, muerte, destrucción. Momentos de crueldad y dolor infinitos que han formado a la Drakena de hoy en día.

La voz de Vaethis corta el caos.

—Hablad vuestro deseo.

La respuesta sale de mi boca antes de que pueda filtrarla y me arrepiento de inmediato.

—Venganza —admito—. Quiero el poder para quemar el Consejo de Acero hasta los cimientos. Quiero que sientan lo que es estar indefensos. Quiero destrozar al Canciller Voren y arrasar la Academia mientras profesores y alumnos tiemblan de miedo.

La confesión me asusta a mí misma. Sale de lo más profundo de mi corazón. Es la verdad, pero es horrible.

El Guardián asiente, como si esto fuese lo que esperaba escuchar.

Se gira hacia Drakena y me temo lo peor. En plan, acabar con la humanidad o algo así.

—Solo quiero vivir en paz —confiesa con un suspiro—. Despertar mañana y no ser un arma.

El túnel ondula y la luz cambia de color.

Vaethis nos estudia y, por un instante, estoy casi segura de que va a hacerse pedazos.

En su lugar, se aparta para dejarnos pasar.

Después de un rato, me arriesgo a mirarla. Está llorando, en silencio, pequeñas lágrimas ruedan por sus mejillas. Cojo su mano para que se detenga y le limpio la cara con la punta de los dedos.

—Siento que hayas tenido que ver eso —murmura.

—Lo mismo digo —respondo, negando con la cabeza.

El túnel termina en otra puerta de piedra.

—¿Lista? —pregunto, apretando su mano entre las mías.

Entramos juntas en la luz.

Al otro lado, el mundo espera.

Capítulo 34

La membrana de luz nos escupe en caída libre. Sin tiempo a reaccionar. Ruedo por el suelo con un grito. Drakena cae detrás de mí, sin apenas sentir el impacto, como si ese cuerpo lleno de músculo y mala leche tuviese algún tipo de trato preferente con la ley de la gravedad.

—Mierda, joder —me quejo, pasando una mano por la rodilla, justo donde me he dado el golpe—. ¿Sabes dónde coño estamos?

—Míralo bien, Velmara. Estás viendo historia de verdad. Algo que muy pocas personas han visto jamás —responde, extendiendo el brazo y apuntando con el dedo.

Y lo que veo me deja sin palabras. Literalmente.

La ciudad está ahí, colgando como una pesadilla arquitectónica. No tiene nada que ver con los edificios bonitos de la capital, tampoco con los templos de mármol y cristal de los Magisters. Aquí no hay líneas rectas, ni estructuras con ninguna lógica humana. Parece un monumento a la arrogancia de quienes pensaban que la gravedad y la física eran tan solo sugerencias. Todo el conjunto es tan antinatural que dan ganas de reír, pero el vértigo me lo impide.

—Bienvenida a Thal'therion. Nadie vivo recuerda este nombre, salvo yo. Esto es lo que busca el Consejo de Acero.

—Nada aquí tiene ningún sentido. Los arquitectos que diseñaron esto debían estar borrachos o algo peor —bufo.

—Aquí, los humanos vivían para los dragones y no al revés —dice de manera críptica.

Ahora lo empiezo a entender. Aunque quizá solo un poco. Las proporciones no son para gigantes. Son para criaturas que pueden saltar tres pisos en un batir de alas, aterrizar en balcones del tamaño de un mercado, y que deben utilizar puertas que parecen pensadas para mamuts.

Bajamos con cuidado, utilizando las repisas más seguras. Drakena va delante, guiando mis pasos, aunque resbalo varias veces.

Llegamos a un patio central de unas dimensiones descomunales. En medio, una columna de cristal, tallada en espiral, no muy diferente del patrón de mi brazo, y apunta directo al cielo. No hay símbolos reconocibles, solo la espiral, repetida hasta el infinito.

—Esto me da muy mal rollo —susurro, pero me acerco a la columna de igual modo.

—Es un marcador —explica Drakena, su voz neutra—. Una especie de faro para los que vuelven.

Se me escapa una risa tonta.

—¿Y quién va a volver aquí? ¿Los fantasmas de los dragones? —ironizo.

—Nunca se sabe —responde sin inmutarse.

De pronto, me viene a la cabeza lo que me dijo del huevo y pienso que todo esto es tan solo un gigantesco nido abandonado.

Cuando nos adentramos en el interior, me encuentro con enormes murales, pintados con un detalle increíble. No son historias de héroes ni de victorias como los que han dibujado en los edificios del Consejo o en la propia Academia. Son escenas de convivencia: dragones majestuosos descansando junto a humanos, compartiendo comida, incluso hay niños pequeños a su alrededor.

—¿Y los relatos de la masacre? ¿Las aldeas arrasadas? ¿La Gran Guerra? —pregunto, señalando con la barbilla hacia los murales.

—La Gran Guerra existió —reconoce, encogiéndose de hombros—. Pero no fue como dicen los libros. Los dragones no empezaron nada. Defendieron lo suyo, hasta el final. El poder solo necesita una versión, en forma de leyenda. Las demás sobran.

A continuación, se acerca al mural y desliza la punta de los dedos por una de las figuras. Un dragón enorme de escamas

oscuras y ojos color ámbar.

—Este era Azeriax, el Caminante de las nubes. El primero en pactar con los humanos. El que intentó evitar que se derramase sangre. Quedaban pocos dragones ya. En la época en la que reinaban sobre la tierra, el Consejo no habría tenido ninguna oportunidad. Con magia corrupta o sin ella.

—¿Era tu dragón? Quiero decir, con el que estuviste vinculada —suspiro, acercándome a ella y acariciando la parte baja de su espalda.

—Sí, una parte de él vive todavía en mí y siento cómo despierta.

—¿Y tú qué esperas encontrar aquí? Y mucho más importante… ¿cuánto tiempo tenemos antes de que lleguen los del Consejo de Acero? —pregunto con preocupación.

—La última esperanza para la raza de los dragones y para el mundo. O quizá una razón para no volverme loca —confiesa.

—¿Y si llegamos y todo es un timo? Es decir, quizá ese huevo nunca existió. ¿Tú lo has visto alguna vez?

—No, pero Azeriax sí.

—Vale, vamos a suponer que existe y que está aquí, que ya es mucho suponer. ¿Y si está muerto? Podría llevar muerto cien años, ¿no? —insisto.

—Está vivo —gruñe.

—Vale, vale, solo digo que quizá, en vez de buscarlo justo ahora, no sé, podríamos escondernos un par de semanas. La gente del Consejo de Acero se cansaría de buscar y regresaría a la capital y ya está. Cuando se hayan ido, podríamos pasar en este sitio todo el tiempo que tú quieras, sin peligro. ¿No te gusta más mi idea?

—No —responde sin más.

—¿Tú crees en el destino?

—El destino es solo el nombre que le damos a la mierda que no podemos controlar.

—Ya, vale. Pero imagina, solo por un momento, que nuestro destino es encontrar a ese huevo de dragón, como dijo

la vidente esa rara. ¿Y después, qué? ¿Lo vamos a incubar nosotras? No sé, vamos a seguir siendo positivas, pensemos que el dragoncito nace. ¿Cómo educas a un dragón? Quizá te coma cuando tenga hambre. No te ofendas, pero por muy bien que pelees, no creo que puedas con un dragón y, además…

—Quieres dejar de decir tonterías —protesta.

—A mí no me parecen tonterías, Drakena. Son cuestiones prácticas y me parece que no has pensado en ellas. Y supongamos que no nos come, que ya es mucho suponer, luego, ¿qué? ¿Le enseñamos a cazar? ¿Lo tenemos escondido para siempre? Porque esos bichos me imagino que son muy grandes. ¿Cómo escondes a un animal del tamaño de una casa? ¿Tienes algún plan, joder? Se supone que has estado encerrada en esa celda durante 80 años. ¿En serio no has pensado en nada? Sin ofender, eh, pero eres una mierda de estratega.

—Está ahí —anuncia, señalando con el dedo hacia una zona oscura.

Capítulo 35

La oscuridad dentro de la cámara es otra cosa.

No es la ceguera tonta de los pasillos de la Academia, ni la penumbra funcional de las cárceles del Consejo. Esto es oscuridad de verdad, de la que se traga toda la luz.

En cuanto enciendo la luz de bruja, veo el huevo en el centro. Me lo esperaba más pequeño, la verdad. Pero ahí está, negro, como una noche sin luna ni estrellas. Mide casi como yo y cada par de segundos, más o menos, me da la impresión de que palpita.

No puedo moverme. Literalmente. Las piernas no me responden. El vínculo en mi brazo se ha vuelto loco, alterna entre frío y calor y las runas se extienden hacia el dorso de la mano con nuevas ramificaciones, como si intentaran reclamar más territorio. Drakena, sonríe al verlo. Como si se acabase de encontrar con un viejo amigo. En este momento solo la odio.

—El huevo te reconoce —suspira, como si fuera la cosa más normal del mundo.

—Yo no le he hecho nada —protesto—. Es más, seguro que también me reconoce dentro de dos o tres semanas, cuando los Cazadores del Consejo se cansen de buscar y se marchen a casa.

—Eres la última de tu linaje. Te lleva esperando mucho tiempo —añade.

Me acerco un par de pasos y siento un zumbido que se apodera de mi cabeza, como si estuviese afinando la frecuencia de mis pensamientos.

—¿Se supone que tenemos que hacer algo? Tú eres la experta en dragones, ¿no? ¿Podríamos hacerlo salir de algún modo y marcharnos de aquí cuanto antes? Espera, ¿pesa mucho? ¿Crees que podríamos llevarlo entre las dos? Es que no me gusta este lugar y…

—Solo acércate, despacio —insiste.

Pongo la mano encima, con miedo. No es la textura que debería tener un huevo normal, es diferente, más blanda. Es como acariciar un animal dormido.

—Me cago en todo, joder —gruño, retirando la mano como si quemase—. Te juro que al tocarlo, escuché una voz.

—¿Te dijo algo?

—No hablo el idioma de los dragones, o lo que se suponga que hay ahí. ¿Por qué sabes que es un dragón y no un espíritu maligno? En la Academia decían que en las Montañas malditas del Norte habitan todo tipo de seres malignos y por eso nadie viene a estos lugares.

—Esperemos que sea un dragón, entonces —responde con una sonrisa.

—A ti todo esto te parece muy divertido, ¿verdad? En plan, una gran aventura heroica o algo así, como las historias que se cuentan alrededor de las hogueras. Pues deja que te diga que todo esto es una gran mierda. No sé si prefiero que de ahí no salga nada o que salga. Y eso sin contar con que el Consejo nos sigue la pista o que tú no tienes ni idea de cómo sacar a ese bicho del huevo —bufo, cruzándome de brazos y desviando la mirada.

—Necesita tres cosas para salir —anuncia Drakena, contando con los dedos—. Uno, el alma de un dragón. Esa es mi parte. Dos, sangre de jinete. Esa es la tuya y tres...

—Y tres se acabó, porque yo no soy jinete de nada —protesto.

—Eres la última en la línea. Para el huevo, basta con que respires. No entiende la diferencia entre tú y un jinete que haya sido entrenado —explica, haciendo una pausa. A continuación, mira el huevo, luego a mí—. Tres, el consentimiento del nuevo dragón.

—¿Quieres decir que podría decidir no nacer ahora y esperar a una mejor oportunidad o algo así? Tendría sentido, porque si tú y yo vamos a ser sus madres…

Drakena simplemente se encoge de hombros.

—Podría decidirlo y entonces morimos todos. Y el huevo se lleva lo que queda de su especie consigo. Para siempre.

—Perfecto —mascullo entre dientes—. A ver si lo pillo. En el mejor de los casos, si todo sale súper bien, tenemos un dragón que vamos a suponer que no nos mata y probablemente, dentro de unos años, otra Gran Guerra. Si sale mal, no sé, se me ocurren un millón de maneras en las que esto puede salir mal y todas acaban con mi muerte, así que no me gustan. Mierda, de verdad, estaba mucho más tranquila siendo la inútil de la Academia.

—Por fin lo vas entendiendo —asiente en voz baja, alzando las cejas, aunque no me deja más tranquila.

—¿Por qué tengo que ser yo? Quiero decir, ¿no vale que lo hagas tú sola y a mí me dejéis tranquila?

Drakena se acerca y me pone la mano en el hombro. Sonríe mientras lo aprieta.

—Porque eres la última de tu linaje, el Consejo mató a todos los demás. Porque nadie más puede hacerlo. Porque el mundo necesita un equilibrio, y… y porque en el fondo eres mucho más de lo que crees, Aeris Velmara.

—Joder, a la mierda, espero que nazca antes de que lleguen los Cazadores del Consejo —admito, chasqueando la lengua.

Juntas, nos acercamos al huevo. El zumbido en mi cabeza es ahora insoportable.

—Solo coloca las manos sobre él y déjate llevar —susurra Drakena.

Me río, porque es la peor instrucción que he escuchado en mi vida. No aclara nada, pero lo hago de todos modos.

Capítulo 36

El huevo late.

Late como un corazón, inmenso y ajeno, como si estuviese enterrado en el centro de la tierra. Cada latido resuena en mis huesos, me sacude las costillas, me roba la respiración.

Quiero apartarme. Quiero huir. Pero no puedo.

El mundo desaparece.

El primer latido me arrastra.

Parpadeo y estoy suspendida en un cielo imposible. Limpio, azul como nunca lo he visto. Vibrante, tan intenso que parece querer tragarse mi mirada. Bajo mis pies se despliega un valle interminable: ríos de agua cristalina, montañas verdes, aldeas diminutas como juguetes. Campos repletos de cultivos.

Y dragones.

Cientos de dragones, desplegando alas que cortan el aire como cuchillas de cristal. Algunos vuelan en círculos, otros se persiguen como niños jugando en el patio de la Academia. Sus rugidos no son gritos de guerra, son canciones. Y cada nota resuena en mi pecho como si ese fuese el idioma que siempre debí hablar.

Uno desciende hacia mí. Es pequeño, completamente blanco. Una cría. Sus alas tiemblan torpemente al aterrizar. Los ojos plateados, curiosos, enormes. Me roza con el hocico y, por un instante, mi cuerpo entero vibra con una ternura que jamás había sentido.

Me río. Me río de verdad. El calor de su aliento me acaricia la piel. Huele dulce, como a bebé.

Drakena está a mi lado. Ya no tiene cicatrices. Está tranquila, relajada, hermosa de un modo que nunca me permití imaginar. Acaricia al bebé dragón y sonríe. Y esa sonrisa es

suficiente para que, por un instante, crea que todo va a salir bien. Que este mundo que veo es posible.

Quiero quedarme aquí. Quiero congelar este instante y vivir en él para siempre.

Pero el segundo latido me arranca la piel.

El cielo se oscurece de golpe, como si alguien hubiese volcado un tintero sobre él. Las montañas arden. Los ríos hierven. Los dragones caen envueltos en llamas, alas desgarradas, cuerpos convertidos en ceniza antes de tocar el suelo.

El bebé que me había tocado el corazón yace en la tierra. Una lanza atraviesa su pecho diminuto. La sangre brota como lava incandescente. Quiero correr hacia él, salvarlo, pero mis pies se hunden en un suelo convertido en barro.

Las aldeas son hogueras. Las torres, cenizas. Y entre las ruinas caminan los Magisters del Consejo de Acero, envueltos en túnicas doradas, sonriendo como buitres en un banquete. Cortan alas, arrancan dientes para algún tipo de ritual. Uno de ellos alza la cabeza, y aunque lleva máscara, reconozco su voz. Voren. Siempre Voren.

Lo peor no es eso.

Lo peor es que, cuando bajo la mirada, descubro que yo también voy vestida en una de esas túnicas. Mis manos sostienen una lanza que gotea sangre. Drakena está en el suelo. Sangra por la boca. Levanta la mirada y de sus labios sale una sola palabra: traidora.

El tercer latido me rompe los huesos.

De pronto, silencio.

Una sala blanca, infinita, sin techo ni paredes. Solo luz.

Frente a mí, mi familia.

Mi madre. Mi padre. Están vivos. Son reales. Ella me acaricia el pelo con ternura. Él sonríe con un orgullo que nunca conocí. Y el dolor que siento es tan intenso que me desploma.

Sé que no es cierto. Sé que es una mentira. Pero aún así, me aferro a esa visión. No quiero soltarla.

Drakena aparece detrás de mí. Pone una mano sobre mi hombro. Mira a alguien a lo lejos, una figura borrosa, un fantasma de su pasado. Y entiendo que no estoy sola en esta tortura.

—Esto no es nuestro —susurra.

Quiero decirle que lo sé. Que no me importa. Que, aun así, quiero quedarme.

El cuarto latido me arranca las entrañas.

Oscuridad. Frío.

Estoy atada a una mesa de piedra. Mi pecho abierto. Me mantienen viva con magia corrupta. Mi corazón a punto de ser expuesto. Alrededor, los Magisters discuten. Su tono es aburrido, burocrático, como si decidiesen el precio del pan y no mi vida.

A mi lado, el pequeño dragón blanco que aparecía en la primera visión abierto en canal. Aún vivo. Apenas puede abrir un ojo y me mira. Se pregunta por qué nos causan este dolor.

Quiero romper las cadenas, quiero arrancarle los ojos a Voren y a todos los suyos. Pero no puedo.

El pequeño dragón, agonizante, me mira una última vez. En su pupila reconozco la pregunta que ha estado repitiéndose desde que puse las manos sobre el huevo.

¿De verdad eras tú o me he equivocado?

El quinto latido me deja vacía.

La oscuridad se rasga como un telón.

Estamos en lo alto de un risco. El viento nos golpea el rostro, pero es un viento limpio, libre. A nuestro alrededor, el horizonte se abre como un mar de nubes. Y detrás de nosotras, un dragón.

No cualquier dragón.

El pequeño se ha convertido en un gigante blanco. Sus alas tan enormes que tapan el cielo, escamas que brillan como constelaciones. Inclina el hocico hacia nosotras. Su aliento huele a tormenta.

Drakena me coge de la mano, entrelazamos nuestros dedos. Me besa y nuestras runas se encuentran como un

tatuaje vivo. Por un instante, soy feliz. No estoy rota. No soy la inútil de la Academia. Estoy completa.

Drakena me sonríe y en sus ojos hay amor. Del de verdad. Del que te destroza si un día lo pierdes.

El sexto latido nos devuelve a la cámara.

Caigo. Mis rodillas golpean la piedra, pero apenas siento el dolor. Jadeo, temblando, empapada de sudor.

El huevo sigue ahí. Negro. Entero. Palpitando. Esperando.

El dragón no ha nacido. No todavía. Solo nos ha mostrado el posible precio a pagar.

Capítulo 37

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que Drakena seca mis mejillas con el pulgar.

—¿Estás bien? —pregunta, bajando el tono de voz, aunque supongo que ha visto lo mismo que yo y ya sabe que no lo estoy.

—Esto es demasiado para procesar —reconozco con un largo suspiro.

Me acuna la cara entre las manos y sonríe. Me besa, al principio suave, luego con rabia, como si quisiera morder el destino a bocados y tragárselo todo de golpe.

Acabamos en el suelo, rodando entre el polvo. La ropa no dura ni treinta segundos; primero la suya, porque si voy a morir pronto, tengo que aprovechar el tiempo y porque soy una cabrona impaciente. Luego la mía.

El frío de la piedra contrasta con el calor de su piel. Le recorro las cicatrices con la punta de la lengua. Las beso una a una, desde la clavícula hasta la cadera, y cada vez que paso por una herida antigua, Drakena suspira, como recordando el momento exacto en que el acero cortó su carne. Cuando llego a su pubis, arquea la espalda y clava las uñas en mis hombros.

—No te detengas —ronronea.

Y yo no tengo ninguna intención de hacerlo.

Deslizo la punta de los dedos entre el calor de sus piernas. Está empapada. Gruñe al sentirme entrar en su interior, sus caderas empujando contra mi mano, buscando más fricción. Froto su clítoris con mi pulgar, haciendo círculos lentos, pero ella no quiere lento, me coge la muñeca y me obliga a moverme más rápido.

Me deja hacer, pero cuando quiere el control, lo toma. Me tumba bocarriba, y se sienta a horcajadas sobre mí, el pelo negro cayendo como una cortina sobre sus pechos. Besa mi

cuello, muerde mi barbilla, y luego baja. Poco a poco, con una lenta tortura, hasta encontrar mis pezones mientras yo jadeo enredando las manos en su melena, porque si hoy voy a dejar este mundo, lo haré con estilo.

Se sube de nuevo sobre mí, separa una de mis piernas y su sexo resbala sobre el mío. Araño sus nalgas, arqueo las caderas para sentir una mayor fricción. Gimo, jadeo, grito su nombre.

No es sexo bonito. Es desesperado. Pero cuando llego al clímax, es como una explosión que me parte en dos. La espiral del brazo se ilumina, siento el placer de Drakena y sé que ella también siente el mío a través de nuestro vínculo. A continuación, se estremece, tiembla, deja escapar un larguísimo suspiro y se deja caer sobre mi cuerpo desnudo.

Pasan unos minutos, o una eternidad. Y cuando recupero el aliento, le aparto el pelo de la cara y beso su frente.

—Tengo miedo, Drakena —suspiro, peinando su melena entre mis dedos.

—Yo también —dice, tan bajito que casi no lo oigo—. De perderte.

No sé qué decir. Así que no digo nada. Solo la abrazo más fuerte y dejo que el calor de su cuerpo nos envuelva a las dos.

Nos dormimos así, pegadas, cansadas, pero con el corazón a tope de revoluciones. Y sueño con dragones, pero no de los que destruyen. Sueño con uno pequeño, blanco, acurrucado entre mis manos.

Cuando despierto, Drakena sigue ahí. Siento su calor, su peso, el ritmo tranquilo de su respiración. Me quedo mirando al techo y me pregunto si de verdad estoy haciendo lo correcto o solo condenando al mundo a una ronda más de estupidez y violencia. O condenándome a mí misma a una muerte inminente.

Drakena abre los ojos. No dice nada, solo me pasa el brazo por la cintura. Me río, porque no hay nada más que decir.

—¿Y ahora? —pregunto.

—Ahora, a esperar —responde—. El huevo decidirá si somos dignas.

—¿Y si el Consejo llega antes?

Drakena me besa en la mejilla y sonríe, la mirada perdida en la nada.

—Entonces, nos vemos en el infierno —murmura.

No me atrevo a decirlo en voz alta, aunque creo que de algún modo lo presiente. Si esto funciona, si salto al abismo y formo un vínculo triple con el huevo y la sombra del dragón que hay en ella; se acabó. Se acabó para siempre Aeris Velmara.

Y lo peor no es ni siquiera el miedo a la muerte. Lo peor es la incertidumbre. Suponiendo que vivamos para contarlo, ¿por qué debo creer que los dragones son mejores que nosotros? ¿Y si el vínculo tan solo libera una nueva forma de tiranía? ¿Y si la siguiente en convertirse en un monstruo soy yo misma?

¿Y si me arrepiento?

No creo que eso sea posible, pero si lo hago… lo que se extingue no es solo la magia, la auténtica, no la del Consejo. Tampoco son solo los dragones, ni la posibilidad de venganza, sino todo. Tairven se quedará igual de gris que ahora, dominado por la tiranía del Consejo de Acero.

Y la última idiota que pudo haberlo evitado soy yo.

Drakena me acaricia la nuca con los nudillos. Parece un gesto de consuelo, pero creo que quiere decir: "ya es un poco tarde para echarse atrás, bonita."

—¿Y si el dragón resulta ser un psicópata genocida? ¿Lo sabremos antes de que me queme la cara, o solo después?

Drakena me aprieta contra su cuerpo y besa mi cabeza.

—No lo sabemos —susurra—. Pero si hay que reventar el mundo, prefiero hacerlo contigo.

Capítulo 38

La primera amenaza no hace ruido: se clava en los huesos.

—Drakena —murmuro, zarandeando su cuerpo, aunque ella ya está despierta y con la mano derecha en la empuñadura de la espada.

El arco de piedra vomita humo y tres capuchas cruzan la luz. No caminan. Cazan. Las antorchas que hemos colocado en el santuario hacen un siseo como si rezasen por nosotras.

—Kazimir —suspira—. Creí que estabas...

El hombre del centro se quita la capucha. Lleva el pelo rapado y las runas le suben desde el cuello hasta la coronilla, cubriendo la cabeza por completo. Pero no son runas como las de Drakena, parecen enfermas, como raíces quemadas.

—Hermana —responde, aunque ese "hermana" no sale del todo natural.

Me pongo de pie para tapar el huevo, como si pudiese esconderlo con mi cuerpo.

—¿Qué son? ¿Amigos, enemigos o cobradores de impuestos? —pregunto sin apartar los ojos de la daga que asoma en su cinturón.

El tal Kazimir ni siquiera me mira. No le quita ojo a Drakena, como si mirase un pasado que le gustaría olvidar a cualquier precio.

—No venimos por ti —masculla el hombre—. Ni por ella. Venimos por eso. Debe desaparecer —añade, señalando hacia el huevo con un dedo índice demasiado huesudo.

—Es mejor que des media vuelta, hermano. Dile al Consejo de Acero que no me has encontrado —amenaza, haciendo girar la espada en su mano como una advertencia letal.

—Nos cosieron fuego en el alma desde niños y nos dejaron con hambre de muerte. Yo encontré la forma de calmarla —gruñe el hombre.

—La magia amarilla del Consejo no calma —le responde Drakena—. Pudre.

—Pudre menos que los dragones. Contigo murió la guerra. Sin ti y tu dragón, la gente duerme por las noches. La tierra ya no tiembla, prospera. Los niños viven.

—La tierra muere. Solo prospera el Consejo de Acero y sus elegidos. El resto de la gente no grita porque tiene miedo —me quejo.

Kazimir me concede una mirada. No es más de medio segundo, pero está cargada de desprecio.

—El Canciller Voren me habló de ti. Es sorprendente que sigas viva —agrega, chasqueando la lengua.

Coloca la mano, muy despacio, en la empuñadura de la daga.

—Traemos una oferta que no se rechaza: el Consejo de Acero os deja vivir si nos dejáis encargarnos del huevo —propone.

—Puedes meterte las ofertas del Consejo por el culo, gilipollas —escupo. Trato de hacerme la dura, pero la verdad es que estoy temblando de la cabeza a los pies, y creo que se me nota.

Drakena señala sus runas con la barbilla, casi desafiante.

—Creí que la magia de ceniza te habría podrido los huesos a estas alturas. Son demasiados años para seguir vivo.

Kazimir deja escapar una risa amarga.

—Lo hace, hermana, lo hace. Pero cada día que robo a la tumba gracias a los hechizos del Consejo es uno más que tengo para servirles.

El hombre de la derecha se quita la capucha también. No le reconozco el rostro, pero los ojos sí: son del mismo tono apagado que la nieve sucia a las afueras del Consejo. Uno de esos que no está vivo del todo, pero tampoco muerto. El otro ni

se molesta; solo ajusta el guante y asoma la fina hoja de una espada.

—¿Ahora te alimentas de la misma mierda que mató a nuestros compañeros?

Kazimir no sonríe esta vez.

—Me mantiene con vida. Es lo único que puede hacerlo. Dicen que tú llevas dentro una parte de Azeriax, sin embargo no siento tu antiguo poder. Ni de cerca. Supongo que al final, los dos seguimos con vida gracias a algo que no debería existir. Más débiles, pero vivos.

Aquí se acaba la diplomacia. Drakena avanza un paso y le señala ahora con la espada.

—De aquí no vas a pasar —le advierte—. No me obligues a acabar con tu vida.

Kazimir saca la daga. Parece una pieza de museo, pero se ve a la legua que está cargada de magia prohibida del Consejo. Acero casi negro, con líneas amarillas que palpitan como si tuviesen corazón

Los otros dos hacen amago de rodearnos. Yo me echo atrás, rápido, cubriendo el huevo. Pienso en las clases de defensa en la Academia y ahora me doy cuenta de que en realidad son inútiles en una pelea real.

—Es tu última oportunidad, Kazimir. Siempre fui más rápida que tú —le recuerda.

—Ambos somos tan solo una sombra de lo que fuimos, hermana. Ahora, bailemos, hasta el final. Lo único que resta por saber es qué magia nos mantiene menos muertos, la del Consejo o la de tu viejo dragón.

Ataca a Drakena y eso le cuesta el primer golpe. Ella le barre las piernas, tirándole al suelo, pero él es rápido; la daga le roza el brazo, y el impacto es brutal. La piel donde toca se apaga, pierde color y textura; es como si el músculo debajo se congelase. Aun así, mete un codazo en la tráquea de su antiguo compañero que le deja momentáneamente sin respiración.

—¡Pégate al huevo! Que no se acerquen —chilla Drakena.

Lo hago. No tengo un plan, pero sé que si Kazimir lo toca con esa daga repleta de magia oscura, lo apaga de un plumazo.

El de la izquierda, el del guante, me intercepta. Me pega un puñetazo en la boca y me lanza contra la pared de piedra. Espero el impacto, sin embargo, el muro parece cambiar de textura. Es como si cayese sobre un colchón o sobre la nieve. Intento morderle el dedo, pero el guante es grueso. Lo que sí hago es escupirle sangre en los ojos, y mientras se limpia, le meto una patada entre las piernas y cae de rodillas, chillando como un cochino.

Kazimir y Drakena siguen a lo suyo. Ella domina la pelea, pero la piel de su brazo cada vez se vuelve más gris. Se le nota en la cara que ya va perdiendo movilidad. Sabe que es cuestión de tiempo, debe acabar con esto cuanto antes o no podrá seguir.

El otro, el de la derecha, me sujeta y me lanza hacia el huevo. Al tocarlo, el vínculo de mi brazo arde tanto que me deja sin aliento. El santuario parece que lo nota, cobra vida, el mural de detrás se mueve; los dragones pintados parpadean y abren los ojos.

Los dos acompañantes de Kazimir echan a correr cuando se dan cuenta de lo que ocurre, y yo no hago lo mismo porque estoy dispuesta a proteger el huevo, pase lo que pase, pero ganas no me faltan.

—La magia del santuario se despierta —gruñe el antiguo compañero de Drakena—. Acabará con nosotros si no apagamos la vida de ese huevo.

Todo se llena de una bruma espesa. Drakena grita, aunque es más el alarido de un animal herido, Kazimir gruñe. Yo, simplemente me abrazo al huevo, sin poder ver nada de lo que está ocurriendo. Esperando que el chillido de Drakena no signifique que esa daga ha atravesado su garganta.

Igual que llegó, la bruma desaparece.

Miro a Drakena. Está cubierta de sangre, la mitad de ella misma y la otra mitad de Kazimir. Su mano derecha cuelga muerta, pero con la izquierda le hunde la daga a su enemigo

entre las costillas. Él le sujeta la cara con las manos, los dedos metidos en la boca, intentando partirle la mandíbula, pero su fuerza desaparece.

Su mirada se congela en un punto fijo. Los ojos no se apagan, aunque se vuelven vidriosos, como si ya mirasen desde el otro lado. La sangre sale a borbotones, formando un charco en el suelo.

Drakena se deja caer de rodillas, temblando. La mano muerta no responde, pero el brazo bueno se apoya en Kazimir.

—¿Estás bien? —pregunto con miedo, acercándome, pero sin tocarla.

Drakena levanta la cabeza. Me mira con unos ojos que no había visto antes: no es furia, ni rabia, ni orgullo. Solo vacío y un cansancio que no puede describirse con palabras.

—Tenéis horas… —susurra Kazimir, escupiendo sangre al toser—. Traen anuladores… suficientes como para apagar una montaña.

El santuario vibra. El sonido bajo y profundo de los ejércitos del Consejo de Acero retumba en la roca, cada vez más cerca.

No tenemos otra cosa que hacer que esperar. Y quizá rezar a unos dioses que ya no existen para que la mano derecha de Drakena se recupere. O para que el dragón salga del huevo y podamos escapar a tiempo.

Capítulo 39

La sangre de Kazimir se enfría rápido.

La vena negra de su muñeca parece un río que se ha secado de golpe. Los otros dos se han vuelto invisibles. En cuanto el mural comenzó a escupir bruma, se arrastraron hacia la salida muertos de miedo. Supongo que no eran tan duros como se creían. Kazimir debió buscar mejores compañeros.

Drakena se ha sentado a un palmo del huevo, apoyada contra el altar. Sigue agotada. No puede mover la mano derecha; la piel tiene ese color gris de piedra vieja y los dedos se le doblan como si fuese una muñeca de trapo. Me mira sin verme del todo, con esos ojos de quien ha contado sus días y ya no le quedan muchos.

—El Consejo nunca juega limpio —mascullo entre dientes, aunque no sé si para mí misma o para ella. Quizá para ambas.

No quiero mirar al huevo, y, aun así, no dejo de mirarlo.

—¿Qué es la Ceniza Ligada? —pregunto, sentándome a su lado y cogiendo su mano buena entre las mías para entrelazar nuestros dedos.

Señala con la barbilla unas marcas que cruzan su antebrazo.

—Un truco viejo —gruñe—. Nos la cosieron los Jurabasos cuando creían que el fuego era la solución. Te ata a la vida. Te da fuerza a cambio de hambre de venganza. No sana, no regenera; te roba el alma para mantenerte con vida. Al parecer, el Consejo ha encontrado un modo de regularlo y por eso Kazimir ha vivido tanto. Debió morir hace mucho tiempo. Compró años a cambio de vender su alma.

Le duele al contarlo. Lo explica con la voz rota, pero sin adornos. No hay excusas, tan solo una verdad fea: Kazimir, su

antiguo compañero, se sostuvo burlando a la muerte, servil al Consejo a cambio de una respiración extra.

—El santuario está vivo —suspira—. Tiene defensas que despiertan solas. No hace falta que nadie las ordene; el lugar juzga su peligro y se activa. El mural... no fue improvisación. Es defensa ancestral: bruma, carne de ilusión, cierre de puertas. Eso que vomitó fue una defensa para proteger el huevo, no un capricho.

Pienso en el mural que escupió la bruma. En cómo los dragones pintados en la pared parpadearon como si estuviesen vivos. No suena a magia humana, suena a reliquia que conoce el las intenciones de cualquiera que ose profanar este templo.

—¿Así que nos protegerá del Consejo? ¿Estamos a salvo? ¿Y si ya no tiene fuerzas? —pregunto, porque esa es la pregunta de verdad, la respuesta que quiero conocer—. ¿Qué pasa si se ha dejado tanto poder manteniendo el huevo con vida que ahora no le quedan fuerzas para defenderse? Porque el truquito de la bruma no nos llevará muy lejos.

Drakena suspira y se mira la mano muerta.

—No lo sé —confiesa—. No tengo respuestas para todo. Es muy posible que el santuario haya dado todo lo que tenía durante años para sostener lo que hay dentro de ese huevo. O puede que guarde reservas ocultas y salga a morder cuando alguien cruce sus puertas.

—Si el santuario sigue vivo y el huevo no está muerto, al menos, tenemos una opción —suspiro, apoyando la cabeza en su hombro—. Sé que antes te he dicho que quería marcharme, esconderme antes de que llegue el Consejo de Acero, pero quiero quedarme. Quiero proteger a ese pequeño dragón. Si hay una posibilidad, por pequeña que sea, de que viva, lucharé por él.

Drakena me mira y alza las cejas sorprendida.

—Esa es la Aeris Velmara que esperaba que un día saliese a la luz. La última del valiente linaje de los jinetes de dragón —añade con orgullo.

Aprieto su mano buena y sonrío. No se lo digo con palabras, pero no quiero que lleve sola la carga de defender a ese pequeño dragón que aún no ha nacido.

La veta gris del huevo brilla levemente bajo la luz. No sé cuánto queda de magia intacta aquí, ni cuánto ha sido consumido para que algo sobreviva ahí dentro durante tantísimos años. Pero, por primera vez en la vida, si todo se va al infierno, que al menos sea por algo que escogí yo misma.

Capítulo 40

La primera explosión no suena: muerde.

Es un chasquido sin ruido que me atraviesa las muelas como si alguien me hubiese metido un alicate por la encía.

—Mierda. ¡A cubierto! —grito, aunque ya estoy planchada contra el suelo del santuario.

Una lluvia amarilla cae por las claraboyas. No calienta. Raspa. La marca del vínculo me arde en el antebrazo y me hiela al mismo tiempo, como si tuviese dos climas opuestos tatuados.

—Intenta sellar los tres arcos. Pide al santuario que te ayude, o al huevo, o a los dioses antiguos, o a cualquier cosa que se te ocurra —ordena Drakena, de pie sobre el anillo central. Sus ojos ya no son grises, han adquirido un color ámbar que no pertenece a nadie humano—. Yo despierto a las gárgolas.

—¿A las gárgolas? No me jodas —protesto, aunque corro hacia el primer arco.

El mosaico del suelo es una rosa. No tengo ni la menor idea de lo que debo hacer, tampoco de qué pinta una rosa dibujada en el suelo de este lugar, pero acerco la palma de igual modo y el santuario "escucha". A mí, o al huevo detrás de mí. No lo sé.

—Ayúdame, por favor. Debemos proteger al pequeño dragón —suplico, cerrando los ojos.

La compuerta de piedra baja hasta el suelo con un gemido que me estremece.

—El primer arco —resoplo.

Con la segunda detonación de magia del Consejo, las paredes se agrietan y un bloque de granito cae del techo, deshaciéndose a dos pasos de mi cabeza.

—¡Dos arcos más, por favor! —insisto temblando, aunque no consigo nada.

—Aeris —chilla Drakena desde el centro—. Respira. Si respiras tú, respira la piedra.

No hay tiempo para decirle que las piedras no respiran. Del arco oriental salen varias sombras: cazadores del Consejo de Acero con armaduras y esas lanzas de magia amarilla que zumban como avispones gordos y muy enfadados.

Drakena no se aparta del anillo central; alza las manos hacia el techo. Las estatuas de dragones que adornan las cornisas tiemblan. Ojos de piedra que se encienden como brasas.

—Despertad —ordena con la voz tranquila.

Las gárgolas giran la cabeza. Las colas crujen. Feo y hermoso a la vez. Prácticamente, todos los soldados del Consejo corren hacia ellas con las lanzas preparadas.

—Aeris Velmara —gruñe una voz que conozco demasiado bien, su fuerza de élite personal agrupándose a su alrededor—. Ni en mis sueños más salvajes pensé que seguirías viva todavía.

—No me gusta la idea de morir —replico—. Es una fea costumbre que tengo —añado, encogiéndome de hombros y disfrutando de cómo el rostro del Canciller Voren se torna ligeramente rojo.

Varios metros más allá, las gárgolas se descuelgan de las cornisas con un golpe seco. No vuelan: caen. Las colas de piedra golpean a los soldados del Consejo. Gritos, sangre, disparos amarillos, gente corriendo por su vida, ignorando las órdenes de sus superiores.

—Sabes que todo este circo que has montado no solo es una gilipollez, sino que costará muchas vidas, ¿verdad? —le recuerdo a Voren.

—Menos vidas de las que costaría el regreso de los dragones. Debo asegurarme de que ese bicho nunca llega a nacer —gruñe, señalando hacia el huevo.

—Ya, bueno, no creo que mi amiga Drakena y sus gárgolas estén muy de acuerdo con eso —ironizo—. En cuanto a mí, tengo la costumbre de hacer justo lo contrario de lo que me

dicen. Deberías preguntar en la Academia. Me odian por méritos propios.

—Drakena no tiene amigos. Es una asesina psicópata. Ni por un instante pensé que Kazimir podría detenerla, le envié a una muerte segura. Sin embargo, tenía una pequeña esperanza de que pudiese herirla y, por suerte, así ha sido. No es ni la sombra de lo que un día fue. La terrible Drakena de Virelmar, la que arrasaba ejércitos enteros con su dragón, está muy lejos de ser invencible.

—¿Por qué no se lo dices tú solito, sin tu guardia de élite ni tu ejército?

—Lo hago por la paz —insiste.

—No es paz. Es obediencia al Consejo de Acero —respondo, chasqueando la lengua con desprecio—. Obediencia ciega.

—Aeris Velmara. Debí ejecutarse junto a tus padres.

—¿Qué has dicho? —pregunto, temblando de rabia al escuchar sus palabras.

—Sí, a tus padres los ejecuté yo mismo. Personalmente. No el Consejo de Acero. No un edicto. Yo. Tú estabas todavía en brazos de tu madre. Te sujetaba con fuerza mientras se desangraba cuando le abrí el vientre. No parecías muy peligrosa y decidí hacer un experimento. Quise mantenerte vigilada. Error profesional. Lo reconozco, aunque mira dónde nos ha traído al final. Nunca pensé que Drakena se dejaría engañar, jamás creí que confiaría en ti y no te mataría nada más salir de su celda. Debe estar haciéndose vieja o los años en la prisión la han ablandado.

—Eres un hijo de puta, Voren —mascullo entre dientes, cerrando los puños con fuerza.

—No lo niego, Velmara. Ahora, apártate de ese huevo para que pueda destruirlo o muere con él. A mí me da igual. Casi prefiero la segunda opción.

—Si das un paso más, te arranco el alma a tiras —advierte Drakena sin subir la voz flanqueada por dos enormes gárgolas de piedra.

—No puedes arrancarme lo que no tengo —ironiza el Canciller, aunque por precaución, se esconde detrás de sus soldados de élite.

Trata de parecer duro, pero algunos de los que le protegen no lo son tanto. Al ver a Drakena y sus gárgolas, tiemblan. Uno de ellos vomita. Otro se quita el casco y se sienta en el suelo, como si estuviese esperando una muerte irremediable.

—Anuladores pesados —ordena Voren—. Disparad a la cámara. Ya.

Sus hombres obedecen. En el exterior se puede escuchar enormes máquinas que se ponen en funcionamiento, el zumbido mortal de la magia corrupta del Consejo.

—Aeris —Drakena me toca la nuca con dos dedos—. A la cámara. Protege el huevo. Una de las gárgolas cubrirá la puerta. Yo contengo a las tropas del Consejo.

—No me gusta eso de contener a las tropas —protesto, negando con la cabeza—. Suena más bien a me dejo la vida.

—Haz lo que te digo. No es el momento de discutir —insiste.

Antes de que quiera quejarme, una de las gárgolas salta desde la entrada y se estampa contra un anulador pesado. Piedra y máquina estallan por los aires entre los gritos de los soldados.

Corro. No por cobardía. Bueno, quizá un poco sí, lo admito. Me repito a mí misma que lo hago por estrategia, porque soy útil donde debo. Me adentro en la cámara, abrazo el huevo y una de las gárgolas cubre la puerta con su cuerpo.

—Hola, pequeño —susurro, acariciándolo—. Ya has visto el numerito que han montado los del Consejo de Acero. A mí también me da miedo. Creo que estamos bastante jodidos a no ser que, de algún modo, le puedas decir al santuario que nos proteja con su magia.

Detrás de la gárgola que tapa la puerta, escucho a Drakena luchando contra los Cazadores del Consejo. El acero contra el acero, los gritos de los soldados.

La gárgola se mueve. Está rodeada de soldados. Aplasta la cabeza de uno de ellos contra el suelo como si fuese una sandía, pero empiezan a ser demasiados para ella. Cae de rodillas mientras los anuladores pesados arrancan trozos de su cuerpo con cada disparo.

—Última oferta —anuncia Voren—. Ríndete y apártate de esa bestia. Te prometo que no solo vivirás, sino que restituiré tu linaje. Serás libre de vivir donde tú quieras.

Capítulo 41

—¡Y yo te prometo fuego! —escucho.

La voz de Drakena rasga el aire como el filo de una espada bien afilada. De sus manos salen llamas, como si fuesen vómito de dragón, y por un instante, me olvido hasta de respirar.

El primer soldado se convierte en ceniza antes de que pueda gritar. El segundo tiene tiempo de chillar, pero no mucho. El tercero intenta correr, aunque tan solo consigue arder más rápido. La armadura se funde con el cuerpo y el olor a carne quemada es nauseabundo.

Pero algo va mal. Jodidamente mal.

Drakena tropieza al esquivar una de las lanzas amarillas. Su brazo derecho cuelga muerto, inútil como un trozo de carne podrida, y cuando gira la espada con la mano izquierda, el movimiento es más torpe de lo normal. Demasiado lento. No tendría problema si viniesen de uno en uno, pero está rodeada. Un soldado aprovecha y le clava la punta de su lanza en el muslo. La sangre brota oscura, casi negra, bajo la luz enfermiza del santuario.

—¡Joder, Drakena! —chillo desde mi posición, cubriendo el huevo con mi propio cuerpo.

Ella gruñe, arranca la lanza de su pierna y la usa para atravesar el cuello del atacante. Pero ya vienen más. Siempre vienen más. Es como intentar vaciar el mar con un cubo lleno de agujeros.

Las gárgolas de piedra luchan a su lado, aplastan cráneos como si fuesen uvas maduras. Una de ellas arranca el brazo de un soldado y lo usa como proyectil improvisado para derribar a otro. Pero los anuladores pesados del Consejo no se detienen. Cada disparo arranca trozos de granito, cada impacto las hace más lentas, más torpes, más muertas.

Intento ayudar. De verdad que lo intento. Lanzo una luz de bruja que apenas consigue cegar a dos de los soldados. Creo una barrera de aire que dura exactamente tres segundos antes de romperse como papel mojado. Mis hechizos son patéticos comparados con el arsenal del Consejo. Soy una hormiga intentando parar una estampida de elefantes.

—¿Esto es todo lo que tienes, Velmara? —se burla Voren desde su posición segura, escondido detrás de su guardia personal—. ¿Pequeños truquitos de una aprendiz fracasada?

—Al menos yo no me oculto detrás de un ejército entero y dejo que ellos mueran por mí —escupo, aunque mi voz tiembla más de lo que me gustaría.

Un soldado se acerca demasiado al huevo y siento una ola de pánico trepar por mi garganta. Cojo una piedra del suelo y se la lanzo a la cara. Es lo primero que se me ocurre, aunque, por suerte, le da en el ojo y retrocede gritando. No es mucho, pero es algo.

Drakena sigue peleando como una posesa, aunque cada vez que la miro, veo algo que me aterra: está perdiendo. No solo la batalla. A sí misma. Sus movimientos, que antes fluían como el agua, ahora son casi desesperados. Intenta hacer un salto hacia atrás para esquivar tres lanzas a la vez y casi se cae. La mano muerta la desequilibra, convierte cada giro en una apuesta mortal.

—¡A tu izquierda! —grito cuando veo venir otro ataque.

Se gira, pero es tarde. La hoja le abre un tajo desde el hombro hasta el pecho. No es profundo, pero sangra. Todo en ella sangra ahora. Su pantalón está empapado, la camisa es más roja que blanca, y cuando tose, escupe sangre que salpica el suelo de piedra.

Las gárgolas caen una a una. La primera pierde la cabeza, literalmente, cuando tres anuladores pesados concentran su fuego sobre ella. El cuerpo sigue moviéndose unos segundos, ciego, golpeando el aire antes de desplomarse en una montaña de escombros. La segunda intenta saltar con la única pata que le queda, cae sobre unos soldados, pero pronto

deja de moverse. La tercera... joder, la tercera simplemente se deshace, como si alguien hubiese apagado lo que fuese que la mantenía unida.

—¡Se acabó! —anuncia Voren, avanzando entre sus tropas por primera vez—. Matad a la psicópata. A la otra la quiero viva. Por ahora. Yo me encargo del destruir el huevo —agrega, dibujando en sus labios una sonrisa que me gustaría arrancarle de un puñetazo.

Veinte soldados rodean ahora a Drakena. Quizá treinta. Algunos más continúan entrando por los arcos que no conseguí sellar. Ella se tambalea en el centro del círculo, la espada temblando en su mano izquierda. Por primera vez desde que la conozco, parece pequeña. Parece humana. Mortal.

—Drakena —susurro, y me rompo por dentro.

Me mira por encima del hombro. Con esos ojos grises que me han visto desnuda en todos los sentidos posibles. Sonríe. Pero es una sonrisa triste, de despedida, es una sonrisa que dice: "lo siento, pero esto es todo lo que puedo hacer".

—Protege el huevo —me recuerda, aunque su voz apenas puede escucharse por encima del caos.

—No te atrevas a morirte, joder. No te lo permito.

Se ríe. Incluso ahora, rodeada y sangrando, se ríe.

—Nadie me dice cuándo debo morir, Velmara —grita al tiempo que atraviesa la garganta de uno de los soldados con la espada.

Uno de los Magister que acompaña a los soldados ataca. Ella lo esquiva y le rebana el cuello, pero el segundo la golpea con el mango de su lanza en las costillas. El tercero le da una patada en la pierna herida. Cae. Se levanta. Cae otra vez. Cada vez le cuesta más volver a ponerse en pie.

No puedo ver esto. No puedo ver cómo la mujer de la que me estoy enamorando muere. Joder, porque de verdad me he enamorado de ella, aunque sea una jodida psicópata asesina con graves problemas de comunicación.

Me doy la vuelta y abrazo el huevo. Es lo único que puedo hacer. Lo único que ella me pidió. Las lágrimas ruedan

por mis mejillas y caen sobre la superficie negra, creando pequeños ríos que se filtran por las diminutas grietas de la cáscara.

—Por favor —susurro contra la superficie fría—. Por favor, pequeño. Sé que no me conoces, pero ella... ella ha dado todo por ti. Y por mí. Todo. Y yo... yo ya no sé qué más puedo hacer. No sé cómo salvarla. Y, aun así, no puedo... no puedo perderla.

Detrás de mí, Drakena grita. No de dolor. Grita de rabia. Es el tipo de grito que sueltas cuando sabes que estos son tus últimos minutos y quieres que el mundo sepa que existes, que todavía luchas, que no te vas a ir en silencio sin antes llevarte contigo al infierno a todos los soldados que puedas.

—Te quiero —murmuro contra el huevo, acariciándolo, sin saber si se lo digo a él o a ella—. Sé que es una gilipollez decirlo ahora, cuando todo se va a la mierda, pero os quiero. A los dos. A ti, pequeño dragón que no te conozco, y ni siquiera verás la luz del día, porque Voren te matará dentro de tu huevo. Y la quiero a ella, a esa loca maravillosa que me sacó de una vida de mierda para meterme en otra vida con más mierda aún, pero que al menos tiene un propósito.

De pronto, el huevo está caliente bajo mis manos. No, no caliente. Ardiendo.

—¿Qué coño...?

Una grieta aparece en la superficie. Luego otra. Y otra.

La luz que sale de dentro no es una luz normal. Es casi fuego líquido, oro fundido, el nacimiento de una estrella. Me quema los ojos, pero no puedo apartar la mirada. El huevo vibra, late, canta una melodía que no tiene notas, pero que reconozco en lo más profundo de mi ser.

—Joder —jadeo, retrocediendo un paso—. Joder, joder, joder.

Capítulo 42

El silencio que se forma es atronador.

Es un silencio tan absoluto que puedo escuchar mi propia sangre corriendo por las venas, el sonido de cada una de mis lágrimas al estrellarse contra el cascarón del huevo. Hasta los últimos alientos entrecortados de Drakena a veinte metros de distancia. Los soldados del Consejo se quedan paralizados a medio ataque, las espadas congeladas en el aire. Voren abre la boca, trata de decir algo, aunque de su garganta no consigue salir ningún sonido. Simplemente, se queda con la mandíbula colgando.

Todos, absolutamente todos, giran la cabeza hacia el huevo que tiembla entre mis brazos.

La cáscara negra se resquebraja con un sonido que es música y trueno a la vez. Cada grieta brilla con esa luz dorada líquida que me ciega y me llena de una esperanza tan intensa que duele.

—No puede ser —jadea Voren, y por primera vez desde que le conozco, veo auténtico terror en su mirada—. No debería…

Pero el huevo no está de acuerdo.

Dentro de mi ropa, siento un extraño calor. De pronto, lo recuerdo. La escama de Azeriax, el viejo dragón de Drakena, la que me dio la vidente. Dijo que, llegado el momento, sabría exactamente a quién debía entregársela. Y ahora lo sé. La saco del bolsillo y quema tanto que casi la suelto.

Una pequeña garra emerge del cascarón. Negra como una noche sin luna ni estrellas, con cinco deditos perfectos que terminan en uñas de obsidiana. Le sigue una pata completa, luego un hocico húmedo que olisquea el aire como un cachorro recién nacido. Y entonces veo el ojo.

Es enorme, del tamaño de mi puño, demasiado grande para su cara, plateado como el mercurio líquido, pero hermoso y tierno, con una pupila vertical que me mira y me reconoce. No como Aeris la fracasada, no como la aprendiz más torpe de la Academia. Me reconoce como algo más. Como familia.

—Hola, pequeño —suspiro, extendiendo la mano con la escama de Azeriax, el Caminante de las nubes.

El dragoncito inclina la cabeza, curioso. Cierra los pequeños deditos alrededor de la escama y en el momento en que la toca, todo parece cambiar.

Una voz resuena en mi cabeza. No es una voz adulta, pero tampoco es completamente infantil. Es antigua, muy antigua y nueva a la vez, inocente, aunque cargada con el peso de siglos de espera.

—Dame un nombre —murmura en mi mente.

Me quedo sin respiración. El vínculo en mi brazo arde, pero no con dolor. Es como si cada célula de mi cuerpo vibrase al ritmo de un tambor cósmico. Miro al bebé dragón que se entretiene rompiendo por completo el cascarón. Es poco más grande que un perro, completamente blanco, aunque sus escamas brillan con reflejos azules y púrpura bajo la luz del santuario. Las alas están pegadas al cuerpo, todavía húmedas y demasiado pequeñas y débiles como para volar.

—Yo... yo no sé qué nombre darte —confieso, encogiéndome de hombros.

—Debes darme un nombre. Un nombre es poder. Un nombre es destino. Un nombre es amor —insiste.

Drakena llama mi atención, todavía rodeada de soldados que se han quedado paralizados por el asombro. Nuestras miradas se encuentran a través del caos congelado y veo en ella algo que creí que no vería: una lágrima solitaria que rueda por su mejilla mientras sonríe.

—Hazlo —puedo leer en sus labios—. Adelante. Tú puedes.

Y entonces lo sé. Lo sé con la misma certeza con la que sé que el sol saldrá mañana, incluso si es posible que ni yo, ni

Drakena, ni el bebé dragón estemos aquí para verlo. Este es el momento. Todo ha llevado a esto: cada humillación en la Academia, cada noche llorando porque ninguna criatura quería vincularse conmigo, cada segundo desde que conocí a Drakena en aquella celda maloliente de una prisión de máxima seguridad. Todo confluye en este instante. Y el pequeño no puede morir sin tener un nombre.

—Thal —suspiro—. Tu nombre es Thal, el Susurro de las mareas.

El pequeño dragón abre la boca y suelta un chillido que no es un chillido. Es el sonido del universo reconociendo a una de sus primeras criaturas. Es el eco del primer dragón y al mismo tiempo, del último que existirá. Es todo y nada, el principio y el final.

Y entonces, el santuario despierta.

Las runas en las paredes, en el suelo, en el techo, todas se encienden a la vez. No con la luz amarilla, fría y muerta del Consejo de Acero, sino con fuego vivo. Columnas de luz azul y dorada brotan del suelo formando una jaula protectora alrededor de nosotros.

—¡Imposible! —grita Voren—. ¡Disparad! ¡Matadlos a todos!

Pero sus soldados no pueden moverse. Están aterrorizados y mucho más cuando el suelo comienza a temblar.

Thal trepa por mi brazo con sus garritas afiladas. Pesa menos de lo que esperaba, como si estuviese hecho mitad de carne y mitad de luz. Se enrolla alrededor de mi cuello como una bufanda viva y ronronea. Joder, el dragón ronronea como un gato.

—Drakena —grito—. ¡Ven aquí!

Ella intenta moverse, se levanta con dificultad, pero sus piernas no la sostienen y cae al suelo sobre un charco de su propia sangre. Aun así, me sonríe. Es la sonrisa más hermosa y más triste que he visto en mi vida.

—No puedo. Lo siento —jadea—. Estoy... estoy demasiado jodida.

—No me vengas con esas mierdas, por favor —protesto mientras corro hacia ella, al tiempo que las paredes del santuario comienzan a caer y los soldados corren en todas las direcciones—. No te atrevas a morirte ahora que por fin tenemos un puto dragón.

Los muros del santuario respiran. Como si el edificio entero fuese un ser vivo que acaba de despertar de un sueño de siglos. Pedazos del techo caen sobre los Cazadores del Consejo de Acero, primero, pequeños como puños, luego grandes como mesas.

Las columnas de luz que nos protegen giran a nuestro alrededor, creando una especie de vórtice mientras el santuario entero se derrumba, destruyendo todo bajo una montaña de escombros.

Voren retrocede, ayudado por su guardia de élite personal, su rostro es una mezcla de furia y terror.

—¡Esto no ha terminado, Velmara! —me grita al tiempo que corre hacia la salida en busca de la salvación—. ¡Ese monstruo morirá! ¡Todos moriréis!

—Sí, claro, lo que tú digas, gilipollas —mascullo, aunque dudo que me escuche en medio de tanta destrucción.

Me pongo en cuclillas junto a Drakena y la abrazo, siento el calor de su sangre empapando mis ropas. Thal se desenrolla de mi cuello y empuja su mejilla con el hocico. Ella abre los ojos, esos ojos grises que me han vuelto loca desde el primer día, y mira al pequeño dragón con una mezcla de asombro y amor que me rompe el corazón.

—Es hermoso, ¿verdad? —susurra.

—Es perfecto —admito—. Pero tenemos que salir de aquí. ¿Puedes caminar?

—Puedo intentarlo —jadea.

La ayudo a levantarse, coloca su brazo bueno alrededor de mis hombros, aunque a estas alturas, decir "bueno" es ser demasiado optimistas. Thal salta de mi hombro al de Drakena, luego al suelo, moviéndose con la torpeza de cualquier recién nacido, pero con una gracia extraña que promete poder futuro.

El santuario sigue derrumbándose, el dragón olisquea algo en el suelo y la piedra se ilumina, cede bajo nuestros pies, formando un camino de runas que serpentea hacia la salvación.

—*Por aquí* —dice la voz de Thal en mi cabeza.

—El dragón dice que es por aquí —le explico a Drakena.

—Ya, ya, yo también puedo escucharle, ¿recuerdas? Compartimos vínculo —masculla, medio riéndose, medio tosiendo sangre.

Avanzamos lo más rápido que podemos, que no es demasiado teniendo en cuenta que Drakena pesa bastante y yo nunca he sido muy fuerte. Thal trota delante de nosotras, tropezando a veces, pero levantándose de inmediato. Detrás, el santuario se derrumba con un rugido que hace temblar la montaña entera. Escucho gritos, algunos de terror, otros de dolor. Parte de mí debería sentirse mal por los soldados del Consejo que están muriendo aplastados, pero no lo siento. Quizá empiezo a parecerme demasiado a Drakena.

El camino de runas nos lleva por unos pasillos que no recuerdo haber visto cuando llegamos. Gira a la izquierda, más tarde a la derecha, sube por unas escaleras que aparecen de la nada bajo nuestros pies. Es como si el santuario mismo nos estuviese expulsando, alejando de la destrucción, pero de un modo gentil, amable, como un ave que empuja a sus hijos fuera del nido.

—Vamos, no te duermas —protesto cuando siento que Drakena pesa más—. Si te mueres ahora, te juro que te resucito solo para matarte yo misma de nuevo.

—Qué romántica te has vuelto, Velmara —murmura contra mi cuello con una ligera sonrisa.

El final del pasillo aparece de repente: una abertura que da al exterior, pero no al precipicio que esperaba. Estamos en una cornisa diferente, más baja, con un sendero estrecho que serpentea montaña abajo y nos lleva hacia la seguridad del bosque.

En cuanto salimos, todo el santuario implosiona tras nosotros. Es como si la montaña misma se lo tragase. A él y a

todos los soldados del Consejo de Acero que no han conseguido salir. El sonido es indescriptible, como el grito de muerte de algo que ha vivido demasiado tiempo.

Nos desplomamos en una pequeña cueva, jadeando. Drakena está pálida como un fantasma, pero respira. Thal se acurruca entre nosotras, ronroneando, sus escamas todavía húmedas brillando bajo el sol del atardecer.

—Lo conseguimos —suspiro, todavía sin poder creerlo—. Joder, lo conseguimos.

—Voren tenía razón. No se ha acabado del todo —anuncia Drakena, señalando hacia abajo con un gesto débil de su dedo índice.

Miro y se me hiela la sangre. El ejército del Consejo no ha sido completamente destruido. Veo infinidad de figuras que se mueven entre las rocas, reagrupándose. Y a la cabeza, inconfundible incluso a esta distancia, está el Canciller Voren.

Sigue vivo, el muy cabrón.

—*No tengas miedo* —dice Thal en mi mente, y por primera vez noto algo más en su voz. No es solo un bebé dragón. Es el último de su especie, y eso le otorga un poder que yo no comprendo todavía. Posiblemente, ni siquiera Drakena puede comprenderlo—. *Ahora estamos unidos. Tú, ella y yo. El vínculo triple del que hablaba la vidente. Cuando crezca, cuando aprenda a volar, cuando la guardiana se recupere del todo... entonces el Consejo nos temerá. Pero ahora debemos huir. Debemos sobrevivir.*

—El dragón tiene razón —dice Drakena—. Debemos escondernos. No nos buscarán en estas montañas, al menos durante un tiempo. Sanar. Y luego...

—¿Y luego? —pregunto, sentándome junto a ella y colocando un mechón de pelo detrás de su oreja.

—Luego, un día cambiaremos el mundo, Aeris Velmara. Los tres juntos.

Thal ronronea, frota su cabecita contra mi pierna como un gato antes de quedarse dormido. Un gato que algún día será

del tamaño de una casa y escupirá un fuego mortal, pero por ahora, es solo nuestro pequeño milagro blanco.

Capítulo 43

La sangre de Drakena forma un charco tan oscuro que parece un portal al infierno.

—Joder, no te muevas —gruño mientras rasgo un trozo de mi camisa con los dientes—. Pareces un colador humano. ¿Cuántas veces te han atravesado ahí dentro?

Drakena se recuesta contra la pared de la cueva, deja escapar un larguísimo suspiro y cada una de sus respiraciones sale como un silbido entre sus labios agrietados. Cuando intenta sonreír, una gota de sangre rueda por la comisura de su boca.

—Las suficientes como para saber que duele menos si no las cuentas —masculla, aunque el intento de hacerse la dura se desmorona en cuanto tose y escupe más sangre.

Presiono la tela contra la herida más profunda, esa que va desde el hombro hasta casi el esternón. No parece tan grave como la que le hicieron cuando sufrimos una emboscada, pero, aun así, se me revuelve el estómago cada vez que la miro. No vomito porque hace dos días que no como nada.

—Esto necesita puntos. Muchos puntos. Y medicinas. Y un jodido milagro si quieres seguir con vida —murmuro—. No sé cómo coño continúas respirando.

—Soy terca como una mula. Me niego a morir. Es mi superpoder —responde con un hilo de voz.

Un golpe seco me sobresalta. Thal tropieza con sus propias patas y rueda hasta chocar contra mi pierna. Se levanta, sacude la cabeza como un perro mojado y me mira con esos enormes ojos plateados que ocupan casi la mitad de su cara.

—Hola, pequeñajo —susurro, extendiendo la mano libre para acariciarle.

Sus escamas son todavía suaves, casi como los pétalos de una rosa. Parece mentira que un día tendrá un tamaño enorme y esas mismas escamas serán más duras que el

acero. Cuando le rasco bajo la barbilla, cierra los ojos y emite ese ronroneo extraño que suena como si alguien frotase cristales.

—*Hambre*— resuena su voz en mi cabeza.

—Ya somos dos, colega —respondo—. Pero no tenemos nada que darte. A no ser que te apetezca masticar piedras o... también podemos comernos un trozo de Drakena. ¿Crees que te gustará la carne de psicópata malherida? —bromeo.

—Muy graciosa —gruñe.

Thal levanta la cabeza y empuja con el hocico el brazo bueno de Drakena. Ella intenta mantener su fachada de guerrera implacable, pero le acaricia entre los cuernecitos que comienzan a asomar.

—Más vale que empieces a volar y a escupir fuego pronto —masculla—, porque no pienso hacer de niñera para una lagartija.

Aunque, mientras lo dice, desliza la punta de sus dedos por el cuello del dragón, y Thal se estira como un gato, poniéndose bocarriba para que le rasque la barriga.

—Eres toda una blandengue. La temible Drakena de Virelmar, el terror de los campos de batalla, derrotada por un bebé dragón que ni siquiera ha abierto las alas todavía.

—Cállate. No me hagas reír, que me duele todo —se queja.

Me siento junto a ella, con cuidado de no mover demasiado los vendajes improvisados y Thal se acomoda entre nosotras.

—El santuario ha desaparecido. Gran parte de los ejércitos del Consejo de Acero están sepultados bajo una montaña. Y tenemos... esto.

Señalo a Thal, que ha decidido levantarse para perseguir su propia cola.

—El último dragón del mundo.

—¿Y ahora qué? No es que venga con un manual de instrucciones. ¿Cómo se educa a un dragón? ¿Le enseñamos a

sentarse y dar la pata? ¿A no comerse a la gente que nos cae bien? Ni siquiera sé de qué se alimentan.

Drakena niega lentamente con la cabeza.

—Los dragones son más inteligentes que los humanos. Más nobles también.

—Ya, bueno, los humanos tampoco es que pongamos el listón muy alto con eso último —respondo, recordando a Voren y su sonrisa de mierda—. Pero en serio, ¿y si...? No sé, ¿y si se vuelve malo? ¿Y si un día decide que las personas son un fastidio y empieza a convertir a todo el mundo en una barbacoa?

—No debes temer a los dragones. Debes temer a lo que los humanos hacen cuando tienen miedo de algo que no comprenden. El Consejo de Acero mató a todos los dragones no porque fuesen malvados, sino porque no podían controlarlos.

Thal se ha cansado de perseguir su cola y ahora intenta trepar por mi pierna. Sus diminutas garras son afiladas como agujas y se clavan a través de la tela del pantalón.

—¡Ay, joder! —protesto, aunque le ayudo a subir hasta mi regazo donde se acurruca, apoyando la cabeza en mi pecho y cerrando sus enormes ojos plateados—. Ahora somos responsables de él —insisto en voz baja—. De lo que se convierta. De lo que haga cuando sea tan grande como una casa y escupa fuego.

—Somos responsables de mantenerle vivo —corrige Drakena—. El Consejo no parará hasta destruirle. Voren movilizará todos los recursos del continente si hace falta.

—Tendrán que pasar por encima de mi cadáver —gruño, acariciando la cabeza del pequeño dragón.

—Me temo que ese es justamente su plan —suspira.

Me inclino para besar su mejilla y observo las heridas. La del hombro ha dejado de sangrar, pero tiene un color feo, casi púrpura en los bordes. La del muslo está algo mejor, aunque es profunda. Pero es su mano derecha lo que me preocupa. Sigue gris y muerta desde que Kazimir la tocó con aquella daga envenenada con la magia corrupta del Consejo.

—He sobrevivido a cosas mucho peores —me asegura al notar mi preocupación.

—No, no lo has hecho. Esto es literalmente lo peor que te he visto, y eso incluye cuando casi te desangras después de aquella explosión. El resto de las heridas, supongo que se recuperarán. Tienes una capacidad extraordinaria para curarte, pero tu mano derecha…

Thal levanta la cabeza de repente, como si hubiese escuchado algo. Se baja de mi regazo y camina tambaleante hacia Drakena. Sin previo aviso, presiona su hocico contra su mano muerta.

—¿Qué haces, pequeñajo? —pregunta, tratando de apartar la mano, pero el dragón insiste.

Un brillo suave emana del punto donde su hocico toca la piel gris.

—Joder —jadeo al ver lo que está pasando.

La piel gris de la mano de Drakena comienza a cambiar. No de golpe, sino poco a poco, como si fuese tinta que se diluye en el agua. El color regresa en algunas partes, solo un poquito, pero nos deja sin palabras.

—¿Qué coño...?

Drakena flexiona los dedos, con dificultad, pero los mueve.

—El pequeño es un sanador —murmura, poniendo los ojos en blanco—. Un dragón sanador. Hacía muchos siglos que no se veía uno.

—¿Eso existe? —pregunto sorprendida.

—Los dragones tienen muchos dones —explica Drakena, flexionando la mano con más facilidad—. Pero esto... nunca había visto algo así. Ni siquiera Azeriax podía revertir la magia de ceniza corrupta.

—Quizá Thal es especial —sugiero, encogiéndome de hombros—. Quizá por ser el último, por nacer del último huevo, tiene poderes que los otros no tenían.

—O quizá el vínculo triple le da acceso a algo más. Algo que ni siquiera los antiguos jinetes conocían —añade, alzando

las cejas.

Thal bosteza y se desploma entre nosotras, agotado por el esfuerzo. En cuestión de segundos, está profundamente dormido, su pequeño pecho subiendo y bajando con respiraciones que suenan como suspiros.

—Deberíamos descansar nosotras también —indica Drakena—. Mañana tendremos que movernos. Habrá que buscar un refugio mejor. Comida. Agua limpia.

—Y un plan —añado—. Necesitamos un plan que no sea "correr hasta que nos pillen".

—El plan es sobrevivir, de momento al menos —responde —. Día a día. Hasta que Thal sea lo bastante fuerte como para defenderse. Hasta que yo me recupere del todo. En estas montañas no será difícil encontrar algún lugar remoto donde no sea fácil encontrarnos.

—¿Cuánto tardará en crecer? —inquiero, señalando hacia el pequeño bulto blanco que duerme entre nosotras.

—Los dragones crecen muy rápido el primer año. Luego se ralentiza. Pero con suficiente comida y espacio... —hace una pausa, calculando—. En seis meses podría tener el tamaño de un caballo. En un año, podrá volar distancias cortas y soportar tu peso.

—¿Mi peso?

—Tú serás su jinete, Aeris Velmara. Él te ha elegido — explica con una sonrisa.

—No… no creo que volar encima de un dragón sea buena idea, pero ya habrá tiempo de discutirlo —me apresuro a aclarar —. ¿Y escupir fuego?

—Eso viene por instinto, lo hará cuando lo necesite. Cuando sienta verdadero peligro o... —me mira de reojo—, verdadera ira.

—Esperemos que no se enfade con nosotras, entonces — bromeo—. No quiero convertirme en carne ahumada por una rabieta de dragón bebé.

—Lo quieras o no, te has convertido en la madre adoptiva de un arma muy peligrosa —apunta Drakena.

—Sin presión, ¿eh?

—Estará bien contigo —confiesa, y hay una vulnerabilidad en su voz que me desarma—. Yo sé de guerra, de muerte, de supervivencia. Pero tú... tú sabes de esperanza. De reírte cuando todo se va a la mierda. De encontrar luz dentro de la oscuridad. Thal necesitará eso. Necesitará aprender que el mundo no es solo cenizas y sangre.

El bebé dragón murmura algo ininteligible en sueños, como si estuviese asustado, y se acurruca más contra nosotras. Su cola se enrolla alrededor de mi muñeca como un brazalete mientras fuera, el sol ya ha desaparecido.

—Drakena —susurro en la oscuridad.

—¿Mmm?

—Tus ojos... Se han vuelto… se han vuelto de color ámbar —añado con miedo, aunque ella tan solo desvía la mirada para que no pueda verlos.

Capítulo 44

A media noche, el gemido de dolor que Drakena intenta disimular me despierta y cuando finge que no es nada, me apetece estrangularla.

—Déjame ver la mano —ordeno por quinta vez mientras ella la esconde detrás de la espalda.

—Está bien —gruñe, aunque el sudor que se forma en su frente me dice lo contrario—. Es un proceso normal. Es magia oscura, el cuerpo lucha contra ella. Causa dolor y fiebre. Nada de lo que preocuparse.

—Eres la persona más terca que he conocido en toda mi vida, joder, y eso que crecí en la Academia, donde la terquedad era prácticamente una asignatura —protesto, plantándome delante de ella con las manos en las caderas—. Déjame ayudarte de una vez.

Thal duerme acurrucado en un rincón. La luz de la luna que se filtra por la entrada hace brillar sus escamas como pequeñas perlas, pero también ilumina el rostro demacrado de Drakena, las ojeras, o el modo en que aprieta la mandíbula para no gritar de dolor.

—No necesito lástima —masculla entre dientes.

—No es lástima, idiota. Es preocupación. Hay una gran diferencia —respondo, extendiendo la mano—. Dame la mano o te juro que te ato mientras duermes.

Por un momento pienso que va a discutir más, pero se nota que está cansada porque suspira y, muy despacio, saca la mano de detrás de la espalda.

—Mierda —jadeo al verla.

—No es tan malo como parece. Es señal de que está sanando.

—Cállate —me quejo, cogiendo su mano entre las mías con toda la delicadeza de la que soy capaz—. Esto debe doler

un montón, ¿no?

—En el santuario —susurra de repente, tan bajito que casi no la escucho—, pensé que iba a morir.

Detengo lo que estoy haciendo y la miro. Tiene los ojos todavía cerrados

—Drakena...

—No —me interrumpe, abriendo los ojos para clavarme esa mirada gris que me desarma—. Déjame terminar. Creí que iba a morir y lo único en lo que podía pensar era que os había fallado. A ti. A Thal. No podía sacar esa idea de mi mente, que por mi culpa, por mi debilidad, ambos moriríais también.

—Eres muchas cosas, algunas bastante negativas, pero débil, no es precisamente una de ellas. Mataste a un montón de soldados con un brazo muerto. Eres la persona más aterradora que conozco, y eso incluye a mi antigua profesora de historia en la Academia.

—Ya no soy lo que era. Antes, con Azeriax... —hace una pausa, tragando saliva—. Era invencible. Ahora soy solo una mujer rota fingiendo ser algo más.

—Oye, mírame —ordeno, soltando su mano para pellizcar su barbilla y hacer que gire la cabeza—. Eres Drakena de Virelmar. Has sobrevivido a ochenta años de prisión, has cruzado medio continente conmigo, quejándome todo el puto camino, y has ayudado a traer al mundo al último dragón. No eres lo que eras, eso es cierto. Ahora eres mucho más.

Se inclina hacia mí, tan cerca que la punta de su nariz roza la mía y puedo sentir su aliento en mis labios.

—Aeris.

—¿Sí?

—Bésame —susurra.

No necesito que me lo pida dos veces. Rodeo su cuello con las manos y borro la distancia que nos separa con un beso que es mitad desesperación, mitad promesa y, cuando siento su mano buena buscar mis pechos, no puedo evitar que se me escape un gemido contra su boca.

—Tu mano —le recuerdo.

—Que le den a mi mano. Estará bien, necesito esto —gruñe, besándome de nuevo con más fuerza.

Pero soy yo quien toma el control esta vez. La empujo con suavidad hasta que la tumbo sobre las mantas que cubren el suelo de la cueva y me siento a horcajadas sobre sus caderas mientras le desabrocho la camisa.

—Joder, eres preciosa —murmuro, inclinándome para besar su cuello.

—Estoy hecha un desastre —suspira, inclinando la cabeza hacia un lado al sentir la punta de mi lengua.

—Un desastre precioso, incluso cosida a cuchilladas —le aseguro, recorriendo con lentitud su yugular.

—No tienes que... —empieza, pero la callo con un nuevo beso.

—Quiero. Te quiero. Toda tú. Las partes rotas, las partes peligrosas, hasta las partes de psicópata que te dan miedo incluso a ti misma, aunque intentes disimularlo.

Trazo el contorno de sus pechos con la punta de los dedos, haciendo pequeños círculos alrededor de sus pezones sin llegar a tocarlos, memorizando cada gemido que arranco de su garganta. Adoro cada centímetro de piel hasta que arquea la espalda, buscando con sus caderas mayor fricción.

—Ahora te vas a quedar muy quieta y me vas a dejar hacer a mí —ordeno, deslizando mi dedo índice por sus labios y deteniéndome un instante para que lo chupe.

Me deshago de mi propia ropa y, a continuación, le quito los pantalones y la ropa interior con cuidado. Suspira al sentir mis pechos acariciando los suyos mientras froto mi sexo entre sus piernas.

—Te voy a volver loca esta noche —susurro junto a su oído, dejando a continuación suaves besos en sus párpados y en la punta de la nariz. Drakena solamente cierra los ojos y sonríe, acariciando mis muslos.

—Lo que más temo no es morir —confiesa mientras acaricio su pubis—. Lo que más temo es que el mundo te separe de mí, como me arrebató todo lo demás.

—El mundo puede intentarlo —respondo, introduciendo dos dedos en su interior muy lentamente y haciéndola gemir—. Pero no se lo voy a poner nada fácil. Pregúntale a Voren o a cualquiera de los profesores de la Academia.

Se ríe un momento, aunque la risa se convierte en un jadeo cuando curvo los dedos en su interior, encontrando ese punto que la hace temblar. Establezco un ritmo lento, profundo, observando cómo su rostro se transforma de placer cada vez que froto al mismo tiempo su clítoris con la palma de la mano. Cierra los ojos, entreabre la boca, y en cada ocasión en que deja escapar uno de esos larguísimos y suaves gemidos, me parece lo más hermoso que he visto en mi vida.

Acelero el ritmo y ella repite mi nombre entre jadeos como si fuese lo único que la mantiene anclada al mundo. Su mano buena busca la mía, entrelazamos los dedos y la marca del vínculo cobra vida.

Drakena se arquea, su orgasmo la golpea con la fuerza de una ola contra el acantilado y yo siento cada segundo de ese placer como si fuese mío.

La cubro con mi cuerpo desnudo, acariciando su melena y cubriéndola de besos hasta que nuestras respiraciones se calman y cuando miro su mano derecha, está ahora mucho mejor.

—Debe ser el poder del amor —bromeo, besando su frente.

—No seas cursi, Aeris Velmara. No es amor.

Por un instante, mi corazón se detiene hasta que continúa hablando.

—Es más que eso. Es el vínculo reconociendo que no somos la suma de dos partes rotas, sino algo mucho más poderoso —añade, tirando de mí para besarme.

Nos quedamos un buen rato así, cubriéndonos de besos y de caricias. De mimos y de muchas palabras bonitas. Imaginando un mundo en el que no tengamos que escondernos nunca más, en el que podamos ser felices sin que el Consejo de Acero nos dé caza.

Me quedo dormida, apoyando la cabeza sobre su pecho mientras ella hace círculos perezosos en mi espalda con la punta de los dedos hasta que una vocecita resuena en nuestras mentes.

—*Tengo miedo.*

Nos separamos de golpe, cubriendo nuestros cuerpos desnudos y girando hacia donde Thal estaba durmiendo. El pequeño dragón está ahora despierto, acurrucado, con los ojos muy abiertos.

Capítulo 45

Thal tiembla entre mis brazos como si fuese una hoja diminuta dentro de una tormenta.

—Eh, pequeñajo, mírame —susurro, acunando su cabecita entre mis manos—. No pasa nada. Estás a salvo con nosotras. Si viene el Consejo, les daremos una patada en el culo. Y si es necesario, te esconderemos tan bien que ni siquiera los perros rastreadores más cabrones podrán encontrarte.

Al escuchar mis palabras, abre de par en par sus enormes ojos plateados y me mira fijamente. Pero no hay alivio, solamente algo parecido a una tristeza que no debería existir en una criatura que ha nacido hace poco.

—*No le tengo miedo al Consejo de Acero*— resuena su vocecita dentro de mi cabeza—. *Le tengo miedo a ella.*

—¿A ella? Nunca te haría daño —le aseguro.

Thal gira su cabeza hacia donde Drakena descansa. Parece tranquila, casi vulnerable, con una mano sobre el vientre y la otra extendida hacia donde yo estaba hace un momento y me doy cuenta de que solo yo puedo escucharle, la está bloqueando.

—No es ella, es e*l dragón antiguo. Azeriax. Está despertando. Al sentir mi magia para curar a la guerrera, se ha hecho más fuerte y está... muy enfadado. Hambriento de sangre.*

—Pero Azeriax está muerto. Murió hace más de cien años y ya era muy viejo.

—*El caminante de las nubes nunca murió del todo* — responde el bebé dragón que casi parece uno de los profesores de la Academia explicando la clase de historia—. *Una parte vive dentro de ella. Y esa parte está furiosa. Tiene hambre de venganza. De destrucción. Quiere hacer arder el mundo que le arrebató todo a nuestra raza.*

—Eh, peque. Drakena no es así. Ya sé que parece muy dura. Sí, vale, ha matado a mucha gente y eso, aunque supongo que se lo merecían. Pero ella no es... ella no es un monstruo.

—*Ahora no*— corrige Thal—. *Pero Azeriax se hace más fuerte. Y ella... ella ha sido entrenada para matar.*

—¿Me estás diciendo que el dragón muerto está poseyendo a Drakena o algo así? —insisto, empezando a sentir ganas de vomitar.

—*No poseyendo. Fusionando. Convirtiéndose en uno. Pronto no habrá diferencia entre dónde termina ella y dónde empieza él. Drakena puede ser un arma terrible si recupera todo su poder. Y yo… yo no quiero que el Caminante de las nubes me utilice para matar a las personas.*

—Joder —mascullo entre dientes, apretando con tanta fuerza a Thal contra mi pecho que el pequeño dragón protesta —. ¿Por qué no se lo dices a ella? ¿Por qué me lo cuentas a mí?

El dragón inclina la cabeza, un gesto tan humano que casi me hace sonreír a pesar del terror que siento.

—*Porque él me bloquea. Cuando intento hablar con Drakena, Azeriax interfiere. Me da miedo. Y porque...*— hace una pausa y sus garras diminutas se aferran a mi camisa —. *Porque tú eres el ancla. La vidente te lo dijo, ¿verdad? Solo tú puedes mantenerla humana.*

—Yo no sé cómo hacer eso —admito, mordiendo mi labio inferior—. No soy ninguna heroína. Soy solo Aeris, la aprendiz más torpe de la Academia que por casualidad se vinculó con una psicópata y luego contigo.

—*Muéstrame tu mano*— ordena Thal.

Extiendo la mano izquierda, la que no tiene la marca del vínculo. El pequeño dragón presiona su hocico contra mi palma, y el mundo explota.

No es como las visiones anteriores, las que comparto a veces con Drakena. Estas son más nítidas, mucho más reales, como si estuviese viendo el futuro a través de una ventana perfectamente limpia.

La capital arde. No con el fuego normal que consume madera y paja, sino con el fuego de un dragón, ese fuego líquido que se pega a todo, que derrite el metal y que no se apaga hasta que no queda ya nada más que cenizas. Los gritos de los ciudadanos se mezclan con el rugido de las llamas. El cielo está negro por el humo, pero lo atraviesan destellos de fuego azul y dorado.

Y en el centro de todo, está Drakena.

Pero no es la Drakena que conozco. Es diferente. Esta versión está transformada, medio humana, medio algo más. Una enorme mancha negra rodea sus ojos, quizá una runa o algo que se ha pintado para parecer más peligrosa. Sus ojos ya no son grises, son dorados, como el color que vi en ellos hace tan solo unas horas.

Como los ojos de un dragón.

Se ríe.

Es una risa que me rompe el corazón, porque reconozco en ella ecos lejanos de la mujer de la que estoy enamorada. Camina entre los cadáveres como si fuesen flores en un jardín, sus pies descalzos chapotean en charcos de sangre al pisarlos.

—Más— ordena con una voz que no es del todo suya—. Quiero ver arder hasta la última piedra del Consejo. Quiero que sufran. Que recuerden mi nombre y el de Azeriax para siempre. Quiero que sus hijos lloren cenizas.

A su lado, camino yo. Pero esta versión de mí está rota, vacía, como una muñeca de trapo que ha perdido su relleno. Asiento a todo lo que ella dice, trato de sonreír cuando mata, no hago nada cuando destruye. Soy su sombra, su eco, su cómplice voluntaria en un genocidio.

Y en el cielo, un enorme dragón blanco nos mira con sus ojos plateados llenos de tristeza mientras escupe fuego.

La visión cambia.

Ahora estamos en las ruinas de la Academia. Los dormitorios donde lloré tantas noches son tan solo escombros humeantes. El gran salón ceremonial donde fracasé una y otra vez es un cráter.

Y en el centro, está Voren.

De rodillas, viejo, derrotado, con las manos atadas a la espalda. Drakena se acerca a él y es más depredadora que humana.

—Suplica— ordena.

—Por favor —gime el Canciller con los ojos llenos de lágrimas—. Por favor, ten piedad.

—¿Piedad? ¿Como la que tuvo el Consejo con los dragones?

Le arranca la cabeza con las manos desnudas. El cuerpo cae, y la sangre salpica mis botas. Y lo peor de todo es que sonrío sin ganas.

La siguiente escena es aún peor.

Thal, mi pequeño Thal, yace muerto en un campo de batalla. Su hermoso cuerpo blanco está atravesado por la magia amarilla del Consejo de Acero. A su lado, Drakena llora. Pero no son lágrimas de tristeza. Son lágrimas de rabia.

—Era demasiado débil— dice la que solía ser Drakena y a la que ahora ya ni reconozco—. Siempre fue demasiado blando.

Me ve sollozando junto al cadáver de Thal y chasquea la lengua con desdén.

La visión se rompe.

—*No llores. No es lo que ocurrirá*— aclara el bebé dragón —. *Es solamente lo que podría ocurrir. Uno de muchos futuros posibles. También hay futuros felices. Pero en todos en los que el Caminante de las nubes toma el control, las cosas acaban mal. Tú eres la única constante. Viva o muerta, rota o entera, siempre estás ahí. Eres la clave.*

—¿La clave para qué? —pregunto, limpiándome las lágrimas con la manga.

—*Para salvarla. O para condenarla.*

—Pues vaya mierda de elección —protesto—. Quiero solo las opciones donde todos vivimos felices, donde criamos a un dragón adorable que no hace daño a nadie y nos dedicamos a cultivar nabos o algo así.

Thal inclina la cabeza, un gesto que interpreto como el equivalente a encogerse de hombros.

—*El futuro no está escrito. Pero el pasado tiene peso. Y Azeriax carga con mucho pasado. Ha vivido muchísimos años y ha visto cosas terribles* —me recuerda.

Un bostezo detrás de nosotros nos sobresalta. Drakena se despereza como un gato y se coloca a nuestro lado.

—¿No crees que es hora de dormir, pequeñajo? —pregunta, acariciando su cabeza.

Thal me mira. Yo le miro a él y el silencio se alarga demasiado.

—Ya se va a dormir —miento.

Porque, ¿qué le voy a decir? "Oye, cariño, el dragón bebé dice que te vas a convertir en una genocida y vas a matar a todo el mundo".

—Thal tenía pesadillas —me apresuro a explicar.

—Los dragones no tienen pesadillas —corrige Drakena, entrecerrando los ojos—. Tienen recuerdos o premoniciones.

Mierda. A veces olvido que esta mujer ha vivido con un dragón viejo que todavía está dentro de ella.

—Drakena —comienzo, eligiendo mis palabras con muchísimo cuidado, mientras Thal se vuelve a quedar dormido —. ¿Alguna vez... alguna vez notas que pierdes el control? Con el poder del dragón, quiero decir. ¿Sientes que Azeriax... no sé, se hace más fuerte, hasta el punto de que percibes lo mismo que él?

Se queda muy quieta. Tan quieta que por un momento parece que se ha convertido en piedra por algún hechizo.

—¿Por qué me lo preguntas? —responde con voz neutra. Peligrosamente neutra.

—Simple curiosidad —miento de nuevo—. Es que cuando usas el fuego, a veces tus ojos cambian. Se vuelven ámbar.

—Azeriax está muerto. Solo una pequeña parte vive dentro de mí —se apresura a responder, aunque hay algo en su tono de voz que me dice que no está tratando de convencerme a mí, sino a ella misma—. Lo que queda de él es tan solo un eco

del pasado. Nada más. Me da poder, alarga mi vida, pero no es ya ni una fracción de lo que un día fui.

—¿Y si no fuese solo eso? ¿Y si un día despiertas y ya no eres tú, sino él? O una mezcla de ambos, algo parecido a lo que eras antes, más arma que persona —insisto.

—No sabes de qué coño estás hablando —gruñe, levantándose de golpe y alejándose de mí.

—Entonces explícamelo —ruego, acercándome a ella mientras Thal abre un ojo e inmediatamente se hace el dormido —. Ayúdame a entender, por favor. Porque te quiero, pero también tengo miedo. Prefiero esta versión de Drakena, ya eres ahora suficientemente peligrosa, no hace falta que vuelvas a ser la de antes.

Se gira para mirarme, y por un segundo, juro que sus ojos brillan dorados en la oscuridad.

No responde. Sale de la cueva sin decir nada. La veo alejarse, su figura fundiéndose con las sombras de la noche.

—*¿No vas a seguirla?* —pregunta en mi mente el dragón.

—Necesita espacio. Tiempo para pensar. Mis palabras le han dolido.

—*Son la verdad* —me recuerda Thal.

—Precisamente por eso le han dolido, porque son la verdad —suspiro.

Epílogo

El conejo que intento cocinar huele a carbón y un poco a desesperación, aunque al menos no está crudo.

—¿Sabes? En la Academia teníamos una asignatura de supervivencia básica —anuncio mientras pincho la carne con un cuchillo—. La suspendí tres veces. El profesor decía que era capaz de convertir agua hervida en veneno. Ahora entiendo por qué.

Drakena se ríe y se seca el sudor. Lleva tres horas ejercitándose con la espada y la mano derecha responde a la perfección.

Han pasado ya tres meses desde que encontramos este lugar. Tan escondido en un valle entre las montañas, que ni siquiera las águilas se molestan en volar sobre nosotras. Es húmedo, bastante frío y huele a moho, pero es seguro. Aunque eso de seguro es mucho decir cuando el Consejo de Acero tiene nuestras cabezas valoradas en suficiente oro como para comprar un reino pequeño.

—Thal, ven aquí, pequeñajo —llamo—. La cena está lista. Bueno, más o menos. Vale, creo que está comestible.

El dragoncito levanta la cabeza. Está jugando con un montón de piedras que ha estado coleccionando de manera obsesiva. Tiene ya el tamaño de un poni con alas. Un poni con alas que a veces escupe fuego solo por diversión.

Olisquea el trozo de conejo que le ofrezco y me mira con esos ojos plateados que parecen juzgarme de continuo.

—*Puaj. Huele raro*— se queja en mi mente.

Lo mastica una vez, dos, y a continuación, lo escupe de manera delicada en el suelo.

—Los dragones prefieren carne cruda —explica Drakena, cortando con la espada un trozo del venado que cazó esta mañana y lanzándolo al aire para que Thal lo coja al vuelo.

Lo desgarra con una ferocidad que me recuerda que no es una mascota, sino un arma muy peligrosa con forma adorable. Devora la carne en segundos, lamiendo la sangre de sus garras con una calma que sería perturbadora si no fuese tan jodidamente mono. Cuando termina, se acerca a mí con la barriga llena y se desploma a mi lado, apoyando la cabeza en mi regazo.

Durante el invierno, la noche cae con rapidez en estas montañas, como si alguien apagase de pronto las velas de una sala. Mientras Drakena echa leña al fuego, me explica una vez más que el Consejo no nos buscará en esta época del año.

—Mañana cazaré algo más grande —promete—. Un ciervo, quizá. O un jabalí que he visto trotar por el valle. Si lo ahumamos bien, nos durará un buen tiempo.

***

Me despierto horas más tarde con dolor de cuello y sin rastro de Thal y el pánico que se apodera de mí es indescriptible.

Hasta que le veo.

Está dentro del fuego.

No cerca del fuego. No junto al fuego. Dentro.

Las llamas lamen su cuerpo, envolviéndole como una manta. Duerme profundamente, su pecho subiendo y bajando con respiraciones que hacen que las llamas dancen cada vez que echa el aire. No se quema. Al contrario, parece absorber el calor.

—Hostia puta —jadeo.

—Lleva ahí una hora. He tenido que poner más madera —explica Drakena desde las sombras.

No la había visto, está sentada contra la pared, observando cómo duerme el pequeño dragón.

—Empezó acercándose poco a poco, luego metió una pata, a continuación las dos, y al final simplemente se tumbó ahí —continúa.

—¿Y eso es normal? —pregunto extrañada.

—Para un dragón, sí. Tú no lo intentes. El fuego no es destrucción para ellos. Es vida. Es como su casa —explica, y hay una nostalgia infinita en su voz—. Azeriax dormía en hogueras enormes.

Me siento junto a ella, apoyando la cabeza en su cuello.

—¿Le echas de menos? A tu dragón, a Azeriax.

—Cada día —admite sin dudar—. Pero es un eco dentro de mí ahora. Un dolor viejo. Como una cicatriz que te duele cuando va a llover.

—Qué poético —bromeo, acurrucándome junto a ella.

Suspiro y se me escapa una sonrisa mientras Drakena acaricia mi pelo.

Anoche, Thal descubrió las luciérnagas.

No sé de dónde salieron en esta época del año, pero ahí estaban, flotando en la entrada de nuestro refugio, como estrellas caídas. El pequeño dragón las persiguió, saltando, fallando, volando, y cayendo de bruces en la nieve más veces de las que puedo contar. Se entretuvo durante horas.

Cuando por fin atrapó una, la miró con fascinación, luego, abrió la garra y la dejó ir, murmurando algo sobre que era demasiado bonita como para quedarse con ella.

Ese dragoncito tiene un corazón de oro.

Y creo que vamos a estar bien.

A pesar del Consejo, a pesar de Voren, a pesar de Azeriax durmiendo bajo la piel de Drakena, al que a veces siento como si fuese un zumbido lejano.

A pesar de todo.

Este pequeño dragón que deja con vida a luciérnagas porque son demasiado bonitas como para quedarse con ellas, no se convertirá en el monstruo de las visiones.

Y Drakena tampoco.

No si puedo evitarlo.

Thal se mueve dentro de la hoguera. Sueña. Quizá caza luciérnagas imaginarias. O puede que sueñe con el día en que sus alas serán lo bastante fuertes como para cruzar el mar.

El fuego crepita. Él se estira y, por un breve instante, finjo que somos una familia normal en un mundo normal.

Pero la vibración oscura bajo la piel de Drakena me recuerda la verdad.

La guerra no ha terminado.

Solo está dormida.

Como el dragón antiguo que habita en su interior y espera su momento.

—FIN—